
3 1761 07309744 6

CLAUDIO DE ALAS
(JORGE ESCOBAR URIBE)

La Herencia de la Sangre

PROLOGADA POR DON
JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY
COPILADOR TESTAMENTARI
DEL MALOGRADO POETA —



EDITOR: A. ESCOBAR URIBE

BUENOS AIRES

Talleres Gráficos de VITA y Cía. — 2114 - Alsina - 2118

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Psalmos de Muerte y de Pecado...... (Agotada)

Fuego y Tinieblas..................... (En venta)

Tercera edición - Buenos Aires

Arturo Alessandri...................... (Agotada)

La Primera víctima de la aviación en Chile................................ (Agotada)

PÓSTUMAS

El cansancio de Claudio de Alas..... (En venta)

Cuarta edición

Visiones y Realidades................ (En venta)

Primera edición

La Herencia de la Sangre............ (En venta)

Tercera edición

EN PRENSA

Psalmos de Muerte y de Pecado

(Sobre la pobre mesa hospitalaria donde Jorge Escobar Uribe (Claudio de Alas) escribió sus últimas poesías, encontráronse, inéditos los manuscritos de la novela que tenéis en las manos. Próximo al suicidio, pocos minutos antes de esgrimir el arma que le cerró las puertas de la vida, aquel exquisito poeta de Colombia consignó en varias cartas a su hermano Alfredo y a su amigo Koek-Koek, el deseo de que fuera don Juan José de Soiza Reilly su Copilador Testamentario. Cumplida por éste la misión de reunir en volumen «(El Cansancio de Claudio de Alas)» las poesias del lirico errabundo, el Copilador no creyó satisfecho su deber sin antes dar a luz este libro, donde Escobar Uribe puso la parte más noble, más bella, más humana, más apostólica de su vida romántica...... ..

PRÓLOGO

"La herencia de la Sangre" no es, por cierto, una novela para señoritas. ¿Quiere decir, entonces, que es un libro inmoral? No... En literatura no hay libros morales Ni inmorales. Ya se ha dicho que sólo hay libros malos. O libros buenos... Y este

libro es bueno. Es, además, un libro sano por los ideales que predica y por las melancolías que contiene. La pluma que lo ha escrito se humedeció, a menudo, en lágrimas de Cristo, en dolor callejero, en penas del suburbio, en angustia heredada. Sin embargo, insisto en mi declaración preliminar: no lo deben leer las señoritas. Es un libro que sugiere más de lo que dice. No hay en él una sola palabra ajena al vocabulario de la Biblia. No hay en él una sola descripción de escenas raras de pecado y de vicio. No! Es un libro escrito en lenguaje rítmico sobre vidas usuales... Si en ciertas páginas surge la divina visión de una mujer desnuda ante la cual un hombre se arrodilla lleno de admiración, vuestro pudor no se recate, puesto que en aquella desnudez ingenua, ese hombre sólo admira la belleza de la maternidad que es pura como la santa boca de una santa...

Pero no lo pueden leer las señoritas, porque es un libro de verdad desnuda. De verdad sin arreos... Y en América la moral de las niñas exígeles probar, públicamente, que ignoran lo que saben. La moral de ellas consiste, todavía, en aprender a escondidas lo que debieran aprender en la escuela... ¡Errores de la pedagogía maternal! Las madres, en vez de preparar a sus hijas, desde niñas, para las contingencias de la vida, mostrándoles el peligro, frente a frente, para que puedan defenderse de su estrago, las mantienen a obscuras. Crecen solas. Aprenden a tientas. Y al borde del abismo, caen como el niño que llevó a sus labios un veneno de miel.

Claudio de Alas escribió esta novela en Santiago de Chile. ¿Podré afirmar, sin ofender a Chile,

que los personajes de este libro son chilenos y de alcurnia elevada? ¿Me asistirá el derecho de repetir algunas confidencias de Claudio sobre los protagonistas de su drama? No... Pero, cúmpleme confesar que el autor de "La herencia de la Sangre" se paseó con su obra bajo el brazo, por todas las casas editoras de Chile. Ninguna quiso aceptarle su libro.

"Es hermoso, — le dijeron. — Sin embargo, no es posible editarlo todavía, porque la alta sociedad de Chile va a indignarse ante la descripción de sus defectos".

Los cándidos editores no eran justos. La vanidad los puso ciegos. Los "defectos" que Claudio de Alas fustiga en su novela, no son defectos solamente de Chile. Son defectos humanos... Pero los editores le dijeron:

"Mucha gente va a darse por aludida en su novela".

Esta frase pudorosa es el mejor elogio que puede tributarse al libro. Claudio de Alas ha trazado, con golpes de pincel muy firmes y muy fieles, la fisonomía moral de los tipos vivientes, palpitantes, que animan sus capítulos. A muchas de sus mujeres de lujo y de pecado las reconoceréis como amigas y las reconoceréis por la estela de sus frases o por el perfume de unvestido... Hay hombres cuya imagen os asaltará a los ojos al volver una página, sin que el autor os diga su apellido...

* *

Trátase de una novela sociológica. Ha sido escrita con emoción. Mejor dicho: fué escrita con pasión de poeta y valentía de médico. No es, pues,

un libro inmoral. No puede ser inmoral un cadáver desnudo. Ni las piernas de un Jesús en la cruz. Ni Afrodita en el baño...

Por otra parte, habiendo sido Claudio un poeta mental de exquisito buen gusto ¿cabe suponer en él la creación de algo feo?

Su autor concretóse a poner sobre la mesa disectiva, un cuerpo enfermo para analizarlo. Su mano al esgrimir la pluma, esgrimió el bisturí con la sabia paciencia de un operador que revuelve las pútridas entrañas en busca del invisible cáncer que las mina y destroza...

* *

"La herencia de la Sangre" estudia, como de su título se infiera, los dramas de la avariosis europea que trajeron a América los conquistadores, difundiéndola en el nuevo continente como una herencia trágica... El dolor de esa herencia que resurge a través de los siglos, álzase en las páginas de Claudio bajo el influjo de su pluma maestra. El amor más casto y más perspicuo, se doblega bajo el cataclismo del contagio, como una flor de seibo bajo el hacha del viento.

Y no se crea que el autor de este libro se entretiene por corrupción de espíritu en el análisis del mal. Ante dos padres, inclinados sobre la cuna rosada de un niño que llega a la vida con el estigma de la muerte, el autor se estremece de rabia. Y solloza...

Hay en "La herencia de la Sangre" un admirable personaje — el doctor Grott — que parece la encarnación del mismo Claudio. Escribe un libro sobre el "Terrible Mal". Escarba en lo más hondo

de la sociedad, deseoso de prestar un servicio a la ciencia. Busca el mal para encontrar el bien...

"El doctor — dice Claudio — hacía la autopsia de las generaciones actuales para que las venideras entraran a la vida cantando el Himno de la Buena Sangre; y no enfermas, raquíticas, vencidas de antemano... A las sociedades que se forman, hay que mostrarles sus males escuetamente, para que los comprendan, para que los eviten"...

* *

Léase, pues, este libro sin el bajo prejuicio de creerlo inmoral porque sus besos de amor hagan arder la piel. El ideal que movió la pluma honestísima y austera de Claudio, fué el ideal de un soñador. Un soñador que hubiera deseado ver la vida más bella y los seres más probos. Oíd su propia confesión puesta en boca del médico:

"El doctor Grott quería que la raza nueva fuera potente. Una raza apta para todas las batallas del adelanto; raza constituída para resistir todos los oleajes. Y no una raza formada de decrepitudes, degenerada por las pústulas y las atrofias; minada por el vicio; vencida por las pasiones abjectas; envenenada por los gérmenes que sus mayores alimentaron con sensualismo, con alcohol y con histeria".

Y, luego, agrega:

—"Así pensaba él; así pensaba **porque sus sueños eran los de un redentor**... Amaba a la humanidad y ese amor tenía principio en su propia raza. Para eso escribía un libro cruel y triste como el diagnóstico de una epidemia."

Idéntico móvil alentó "La herencia de la Sangre". Es un libro cruel y triste, pero de una belleza tan grande como la pesadumbre que contiene... Se publica tal como fué escrito. No lo he corregido. No intenté el sacrilegio de tocarlo. Eliminar un adjetivo áspero hubiera sido enfriar el calor de su prosa espontánea. Agregar palabras a una frase cortada, rota adrede, habría sido como iluminar con luz eléctrica las frases de emoción subverbal que abundan en el libro...

En resumen, esta novela viene a probar la sinceridad del gesto con que Claudio de Alas se nos fué de los brazos... Encontró el mundo demosiado enfermo. Demasiado incurable... ¿Para qué vivir? ¿Para qué predicar una moral que por venir del cielo, es extranjera entre los habitantes de la tierra?...

"Los jóvenes de ahora, dice, no viven la vida. Giran alrededor de ella como los roedores en torno a una piltrafa..."

Y él, para no girar cual un cuervo, en torno a esa piltrafa, prefirió disolverse en el humo de un tiro, como un bote que se hunde a la luz de un relámpago...

Juan José de Soiza Reilly.

Buenos Aires, Enero 18 de 1919.

I

Imperaba en el dormitorio esa soledad silenciosa que hace temblar el alma de los tímidos.

Tendido en la cama como sobre eun nube, el enfermo parecía soñar. Soñaba sin dormir, con los ojos cerrados. Sus párpados se entreabrían a intervalos, dándole al rostro algo como un funesto tinte de "ejemplar de clínica".

Yacían sus labios partidos y resecos, como si una terrible fiebre los quemase; labios cenicientos y doloridos; labios que parecían implorar a gritos un bálsamo de alivio a su sequía.

Cerráronse largo rato sus pupilas y bajo ellas, hondos cercos campeaban sobre la blancura de la piel, haciendo sombrío ese semblante. Durmióse...

Ella, de puntillas y mirándolo con atención

profunda, caminó hacia la consola rinconera, sobre cuyo mármol, jaspeado de rosa, reposaba la lámpara cubierta por una pantalla de sedas y de blondas. Puesta la mano sobre el velador, mirólo a Él, por un instante, y, lentamente, como si hubiera temido despertarlo, amortiguó la luz. La estancia quedó sumida en tonos indecisos.

Había en el ambiente un pronunciado olor a remedios, desinfectantes, y sobre la pequeña repisa de laca, suspensa en uno de los ángulos, casi imperceptiblemente, musitaba el reloj cual una sorda voz de la penumbra...

Eran pasadas las once.

Deslizándose a semejanza de una sombra, llegó hasta las cortinas del balcón y aseguróse de que estaban bien corridas. Después, llevó una mano a sus cabellos, y alargando el cuello albo hacia la izquierda, se miró en la luna del ropero repujado de grifos y de flores.

La doméstica había salido silenciosa.

Ella miró una vez más el cuerpo del marido, y lenta, profundamente pálida, divinamente rítmica, atravesó la espesa alfombra azul, con lirios rojos, majestuosa y bella como una Juno triste de rubia cabellera...

Al llegar a la puerta, la nieve de su mano oprimió el verdor del cortinaje y aun tuvo una mirada para el lecho. Fué una mirada com-

pasiva, interrogante; enorme como un mar inabarcable.

Suspiró profundamente y como resignada. Un quejido tembloroso y largo, salió de los labios ardidos del enfermo. En los de Ella aleteó una palabra ansiosa que no alcanzó a volar. El edredón, color de perla, experimentó un movimiento por el influjo de las piernas de El, que se estiraban bajo ese supremo cansancio de los cuerpos agobiados y doloridos.

Ella, que ya iba a trasponer la puerta, se contuvo; miró atenta el amplio lecho, y, vacilante entre salir o detenerse, esperó un segundo oprimiendo el verdor de la cortina con la blancura de su mano.

Dormía El siempre.

Sin que sus pasos llegaran a levantar rumor alguno, atravesó el umbral, entornando las puertas tras de sí. Muda e inmóvil quedó, por un instante, en el pequeño saloncito, mirando con atenta vaguedad la puerta que daba al corredor.

La sirviente estaba allí, parada. Su mano sostenía un candelabro. Tras mirarla interrogadoramente, bajó la cabeza, y humedeciendo sus dedos en saliva, arrancó la pavesa de la bujía. Después, avanzando un poco hacia la blanca forma de su ama, preguntó en voz baja:

—¿Mandaba la señora alguna cosa?

—Nada — repuso Ella, como arrancada de intenso pensamiento. — Voy a reclinarme un poco aquí mismo... Puedes retirarte. — Y como acordándose de algo

—¡Piss!, se me alvidaba: A la una despierta a la enfermera. Le llevas te; y al portero, que espere al doctor sin dormirse. No te olvides de servir el te a la enfermera.

—No señora. ¿Nada más?

—Nada. Puedes retirarte. Buenas noches.

Y Alba, ya sola en el "petit" salón, tibio y suntuoso, estiró su talle con cansancio al mismo tiempo que los brazos. Exhalando un largo suspiro, miró sus manos transparentes, y mientras se las estrechaba, friolenta, pausada, pensativa, con la blanda esbeltez de una favorita hastiada, dejóse caer de rodillas sobre mullido y antiguo sillón de brocado carmesí puesto cerca del balcón.

Tendió la cabeza sobre el respaldar, y grandemente abiertas las pupilas, quedóse mirando el "plafond" pintado al fresco. Quedóse inmóvil, blanda, en un desconyuntamiento de todos sus miembros. Era bella, era pálida, era triste en su belleza...

Tipo de antigua hebrea; pálidas las mejillas y la frente, como si un claror de luna las bañara; la cabellera, de un rubio como de viejo

bronce, ceñida al uso de las patricias de la vieja Roma; sellada la boca por un rictus de dolor y de ternura, y verdes los ojos, verdes como dos estanques sombríos; luminosos y cargados de promesas pasionarias... Ojeras muy hondas los circuían.

Larga "matinée" de seda crema, festoneada de encajes, envolvíala vaporosamente, haciéndola aparecer como una ninfa arrebujada en nubes...

Suspiró, encogiendo bajo el sillón una de sus piernas, mientras estiraba la otra. Al impulso del movimiento se diseñaron sus caderas, como un triunfo de morbidez y de opulencia: eran robustas, convadas, obsesionantes como las de Afrodita...

Y así también su seno, que se dilató con el suspiro, ondulaba rítmico y erguido. Era aquel seno como dos bravas turbulencias adormecidas bajo sedas y blondas tibias. Seno de pasión...

La luz suave del globo, suspendido a la techumbre, la bañaba vagamente.

Llevándose las manos a la nuca, bostezó, y como al influjo de repentino recuerdo, levantóse, limpiando, con el dorso de las manos marfilinas, la humedad que el bostezo había hecho en sus pupilas. Perezosamente llegóse hasta el balcón, abriendo uno de los postigos. Todo

el día había llovido y llovía aún. Los vidrios estaban empañados por el agua que chorreaba por sobre ellos, en gotas pausadas y tristes, como un llanto... Escrutó la calle. Estaba solitaria. El asfalto brillaba como un espejo de sombras, en cuyo lustre proyectaba la luz del foco de la esquina de una manera temblorosa, la sombra larga de los postes y las casas.

Su nariz, habíase pegado negligentemente contra el cristal.

Corpulanta y suntuosa, frente a sus miradas, erguíase la silueta de un gran edificio. El agua chorreaba, formando largas manchas al correr sobre el blancor de la muralla. Contra la esquina, empapado por la lluvia, surgía un gran cartel:

"MEFISTÓFELES

Viernes 17 de Julio..."

La función sería a la noche siguiente.

Sus enormes ojos melancólicos se posaron sobre las negras letras del annucio, con esa semi inconsciente atención con que miramos cualquier cosa cuando grandes preocupaciones se nos enroscan en el alma. Pasó por su cuerpo como un extremecimiento, y tras él, lentamente, con la intangible insensibilidad de un dulce sueño que va llegando del Allá invisible y re-

moto, al leer una y muchas veces la palabra "Mefistófeles", soñó en el Gran Teatro, y su ensueño fué creciendo como una radiante alborada que surge de entre brumas espesas...

Cruzó, sordo y rápido, por la esquina, un coche de plaza.

En su fondo sombrío resonaban carcajadas y voces ebrias, de hombres. También la chillona e interrumpida por la tos, nerviosísima, de una meretriz, que canturriaba un trozo de "La princesa del dollar".

...Una de las plumas de su sombrero, temblorosa y blanca, se veía casi fuera de la portezuela y así también su mano, ceñida con fino guante.

Alba, estaba como obsesionada en la contemplación del cartel lírico. Mirándolo, veía el soberbio coliseo aristocrático. Veía su vestíbulo marmóreo, y a esa hora, lleno de las sombras de la noche. Veía las grandes columnas griegas del frontispicio, y viéndolas en sus ensueños, le pareció como si se desprendiesen de su base para venir a conversarla del "ayer", como a una vieja conocida...

Insensiblemente, cual si un denso recuerdo evocatriz la invadiera, rememoró "aquellas noches"... La angustia, con su cara lívida, no había entrado a los salones de su casa todavía... Estaba casada, hacía ya cuatro meses.

Casi cinco... Eran las primeras funciones de la temporada. Recordaba el cuadro que el Gran Teatro presentaba allá cerca de las diez. Los carruajes, flamantes, con sus cocheros de gran librea, formando largas filas con los automóviles, sobre el asfalto de la plazoleta. Los caballos exhalaban vapor, pisoteando el suelo nerviosos. El grupo de "pipiolos", de bronce, de la pila, arrojando plateados chorros de agua, que, estremecidos por el viento helado de los Andes, caían con murmurio cristalino. El cielo, como una amenazadora conjuración de nubarrones negros. El vestíbulo, de enormes columnas de mármol, resplandecía de luz, entre cuyos reflejos aleteaban las mariposillas de alas negras... Vió llegar la multitud: altos señores con el cuello de los abrigos subidos, y enguantados de blanco; soberbias damas de grandes peinados, perfumadas, y pendientes de sus hombros semi desnudos, capas luengas de tonos claros; descendían de sus carruajes, y, para subir el mármol de la escalinata, levantaban un trozo de la falda crujiente y vaporosa, mostrando el principio de duras y esbeltas pantorillas, prisioneras bajo el misterio de la media finísima...

Después, el "foyer"... La luz derramándose en blondos torrentes; las majestuosas escaleras de mármol, guardadas por el gesto rígido de

sus estatuas; caballeros de "frac" y "smoking", paseándose, atentos a la entrada de las damas. Un coronel de la república, arrogante y fuerte, que desfilaba bajo los pliegues de su larga capa color ceniza; inquisidora la mirada y erguidos los obscuros mostachos; sonrisas de falsa amabilidad y manos enguantadas que al pasar dicen: "buenas noches", de manera ostentosa.

Los cortinajes color de grana de las puertas interiores; la temperatura dulcemente tibia; la gran sala radiosa, repleta de sederías, de joyas rutilantes, de trajes negros y de aristocráticos perfumes...

Asientos que se mueven en el fondo de los palcos; la orquesta, como una mancha larga y obscura que se estremece y exhala notas inacordes de violines y de trompas; toses aquí y allá; gemelos, sonrisas y saludos ceremoniosos de una falsía hermosamente disfrazada; límpidas calvas de viejos elegantes y otras calvas prematuras. Exhibicionismo; feria de galas, de amores, de deseos y de envidias sordas y profundas...

Y arriba, allá, muy lejos, la pobreza: los huérfanos del lujo, del "confort" y los honores: la "galería". La masa informe y obscura, en un enorme hacinamiento de cabezas, cuyos ojos indescifrables, parecían mirar a los de

abajo, ávida, irónica, tal vez rencorosamente... Aquel rebaño suspendido le había parecido siempre a Alba, algo como un gran montón de gente fétida, soez, y asalariada, con la localidad en cambio del aplauso: la "claque" miserable...

Pero su pensamiento pasó rápido por sobre ese conjunto, y como mariposa que cruza el charco para posarse en una flor, recordó su entrada de vencedora de aquellas noches...

Las puertas de su palco, primera fila, abriéndose calladamente; su aparición ante la sala, a modo de una Reina de la elegancia y la belleza; altiva y gloriosa, cruzado el bronce brillador de sus cabellos de fina diadema de perlas y záfiros; sus pupilas color de ola, mirando desdeñosas y ufanas, en tanto que sus manos estiraban, con descuido, la piel de Suecia de sus guantes. Y Él, su Víctor, elegantísimo, tras Ella; condecorada la solapa del "frac" por rara orquídea; fuerte, hermoso, y demostrando, en su sonrisa satisfecha, el orgullo que sentía siendo el dueño de su Alba, la bella, la suprema, la deseada, la que era mil veces desnudada por los ojos de los hombres envidiosos, como Él le había dicho al oído pellizcándola la cadera mórbida, una de aquellas noches, allí, en el mismo palco, cuando la luz moría, amortiguándose, muriéndose...

Y su ensueño continuó, como si fuese un vaporoso crescendo de recuerdos bellos. Su imaginación miró la batuta del director, melenudo y erguido, que se alzaba con la solemnidad de un cetro... Parecióle escuchar en ese instante el doloroso gemido de los violines, unido al del contrabajo y las violas, y oyó la melodía de los clarinetes y las flautas, y el grito vibrante de los pistones y las trompas, y con el corazón estremecido, sus ojos creyeron ver que las gigantes cortinas del proscenio se entreabrían como dos alas de púrpura, y que "Mefistófeles", en la tenebrosidad de su caverna, prorrumpía en su rugido infernal, y... En el instante mismo de ese pedazo de su ensueño, a manera de una sarcástico alarido de la Vida, en la esquina solitaria, bajo la lívida luz, resonó melancólico, casi siniestro, el silbido del policía de guardia cuya silueta, encapuchada y negra, se paseaba somnolienta, reflejándose sobre el asfalto, en tanto que los hilos de la lluvia lo bañaban implacables. Aquel silbido, helado y triste, atravesó bruscamente su alma, haciéndole retirar el rostro de los cristales como en un estremecimiento de súbito terror. Cerró el postigo, casi de un golpe; suspiró dolorosamente, y, náufraga, hasta en sus menores ensueños despedazados, fué a dejarse

caer de nuevo sobre el gran sillón de raso, teniendo el alma como rota...

La luz esmerilada del foco, suspenso del "plafond", irradiaba como si fuera un claror de luna sobre su frente lívida y sobre los tonos metálicos de sus cabellos. Dejó caer su bella cara entre las manos, y quedó inmóvil, vencida por sus dolores, con los ojos cerrados y los codos apoyados sobre la dura morbidez de sus muslos levemente separados.

¿Pensaba? ¿O, acaso, lloraría? ¿Sentíase vencida por el sueño o el cansancio? No. Pensaba... Hacía la rememoración de un año de su vida. El sueño supremo. El año de su pasión insaciada... Recordó sus amores. Habían sido un radioso florecer de sentimientos... Lo había conocido a El desde niño. Ya hombre, se había ido a Europa, sin que entre ambos se hubiera cruzado una sola frase de amor... Dos años hacía desde su regreso. Fué a visitar su casa; había llegado más buen mozo que nunca, lleno de una distinción cautivadora; raramente elegante y pleno de vida...

Al hablarle de París lo había hecho con cierto desencanto. ¡Cuántos placeres no habría conocido! ¡A cuántas mujeres no habría tratado! ¡Qué triste le pareció entonces su patria! ¡Y qué bella la había encontrado a Ella!

Días después lo habló en aquella soberbia "matinée" en casa de las de... Sí, fué allí...

Y como tocada por tibio y dulce contacto de algo impalpable, lejano, recordó su declaración en aquella misma fiesta; esa declaración suya, llena de raras frases que nuca había oído de labios de los muchos hombres que se le habían declarado. Iguales todas: repitiendo las mismas palabras vulgares y casi imbéciles, de siempre; como aprendidas en "El Secretario de los Amantes", o en cualquiera de esos otros libros donde la idiotez instruye a la incapacidad...

Todos iguales; todos haciéndose los románticos y diciéndole con una melancolía lacayil que era la más bella de todas y que por ella se morían...

¡Estúpidos! ¡Estúpidos! pensó... Mas El, su Víctor ¡qué distinto a todos esos!

Prisionera entre las ridículas doctrinas del pudor social, era cierto que aquel día había tenido que decirle "que no podía responderle nada, que no daba crédito a sus palabras, que El debía haber dejado algo... por allá", y otras sandeces hijas de las costumbres carcomidas y de ese falso pudor que guillotina las costumbres naturales. Ah! pero sus deseos! Sus deseos hubieran sido tenderle en el mismo instante sus manos a sus manos, sentirse ceñida

por El, besarlo rabiosamente y decirle, en frases ahogadas por la emoción, que Sí. Que era toda suya. Que la pidiera. Que lo deseaba. Que lo adoraba...

Y, sin embargo, los amores habían durado todo un año. Un año que para los dos fué interminable, porque sus bocas, que se confundían en besos clandestinos algunas veces, allá cuando nadie los veía, cuando quedaban un momento solos en el gran salón de la casa solariega; cuando Ella iba a dejarlo hasta el descanso de la escalera. Esos besos anhelaban los dos tenerlos ante todos, tenerlos autorizados por la sociedad, la ley y la religión... Como marido y como esposa...

Se alzó de un salto. Había llegado hasta ella un prolongado quejido procedente de la alcoba. Traspuso de puntillas la puerta, y así avanzó hasta rozar, con la seda de su bata, el ancho respaldar del lecho del enfermo. Alargó con cautela el busto provocante para mirarle la cara. Dormía sin moverse. Los reflejos de la luz iluminaron el edredón sin llegar, sus tonalidades apacibles, hasta el semblante demacrado. Respiraba con tranquilidad y tenía los labios entreabiertos. Labios teñidos por una extraña lividez...

Lo contempló durante un minuto; ansiosa, y como viese que no se moviera, que no se

quejara, poco a poco fué retrocediendo atenta la mirada y de medio lado, hasta llegar a la puerta en cuyas cortinas detúvose para mirarlo por un instante más. Al hundirse de nuevo en el sillón exhaló un ¡Dios mío! dolorido y casi imperceptible; pasóse la mano por la frente, y como recapacitando sus recuerdos rotos de repente, comenzó a vagar de nuevo en ellos...

Sí, aquellos amores habían durado un año interminable. El matrimonio había llegado al fin... Fué un acontecimiento social. El, de altísima clase; rico, seductor y enamoradísimo de Ella, cuyos timbres de familia no eran menos altos que los suyos, y cuya riqueza estaba en equilibrio con la de El...

Fueron unas nupcias suntuosas, brillantes. Concurrió la élite social a la ceremonia, que fué en el Palacio Arzobispal; la "matinée" estuvo regia. Los diarios tuvieron largas crónicas. La Gran Plaza estaba repleta de lustrosos carruajes. Los tocados, lujosísimos. Una gran concurrencia de curiosos. Los guardias de caballería enguantados, custodiando el orden y bajo los primeros rayos del Ocaso de aquel día de Sol, primaveral y cálido, el "coupé" de amor con insignias de azahares en los jaquimones del tronco soberbio, rodando ante las miradas sardónicas de los transeuntes, hasta llegar al

término de la Gran Avenida, allá, a la Estación tronante y poblada de viajeros... Y allí, tras el ¡adiós! de los padrinos, que es como un sonriente canto de Himeneo, subieron en el tren, que era, para ellos, como un bajel de amor tibio y suntuoso, corriendo raudamente entre las sombras de la noche... Se perdieron en ese tren que era raudo como su dicha de ayer, y avasallador como su pena de esa noche... Y recordó en seguida aquella su luna de miel; luna radiante, luna que fué como un glorioso florecimiento de goces ignorados y de ternuras presentidas.

Allá, en el fondo de las florestas del "Fundo" lejano; lejos de los convencionalismos hipócritas; entre los saucedales sombríos y lujuriosos, a la orilla del riachuelo coronado de espumas, que deslizaba sus murmullos entre los mimbres y los juncales en flor; por las alamedas altas y desiertas, pobladas por música de alas y música de trinos; por las campiñas de trébol aromoso y verde; bajo los viejos robles del jardín lleno de rosas y azucenas. A la hora de la siesta ardorosa, tendidos sobre el césped; entre la pompa de los crepúsculos radiantes y bajo las noches estrelladas y profundamente azules. Noches provocativas...

Cuando ella se sentaba sobre sus rodillas,

y así, muy ceñida a El, confundiéndose los alientos, sentía la fiebre de sus besos; besos nuevos que nunca había soñado y que la hacían vibrar en una intensa llamarada de deseo; besos que serpeaban sobre su cuello, sobre su seno, sobre sus párpados, sobre su boca, entre la confusión de frases dichas al oído, frases rotas, quebradas por la pasión. Frases siempre oídas pero siempre nuevas...

¡Ah, esas noches incomparables!, en que languidecientes sus cuerpos y sus almas, tras un "te adoro" enorme, se adormecían con los labios entre los labios; ceñidos por un profundo beso, en tanto que la luz de las estrellas los bañaba y los rayos soñadores de la luna, se besaban con las flores del jardín lleno de aromas y misterio...

Se estremeció todo su cuerpo como un quejido de placer; sus pupilas aparecían cargadas de llamas y su pecho hinchábase como una gran onda tempestuosa...

Suspiró con angustia, y lentas lágrimas rodaron por el alabastro de sus mejillas como si hubieran sido la voz sagrada de los deseos guillotinados...

Al levantar la cabeza, miró con miedo. De pie, ante la puerta que daba al comedor, aparecía inmóvil la silueta de un hombre que metido dentro de un largo abrigo con cuello de

astracán y con el sobrero suspenso en la mano enguantada de gris, la contemplaba en un silencio casi atónito, sagrado...

Se alzó de un salto como avergonzada y avanzó un paso hacia él. Sus pupilas ardían. Su carne aleteaba. El hombre era el doctor Alfredo Grott, que venía, a cumplir su visita médica en la alta noche...

Reponiéndose, comenzó a decir:

—¡Oh, doctor, usted perdone. Estaba tan distraída... No lo había sentido.

—Así lo comprendí; no quise atreverme a perturbarla. No hay para qué entristecerse, señora. La cosa no tiene la gravedad que usted se imagina. — Y Alfredo Grott, el joven médico, al mismo tiempo que estrechaba la mano de Alba, después de haberse despojado la suya del guante, decíale estas frases, que siendo de consuelo, también lo eran de disculpa por su entrada silenciosa al saloncito.

—¿Cómo está? — preguntó, haciendo el tono serio y con leve fruncimiento de cejas.

—Ahora duerme — respondió Ella, en voz baja, y con acento dolorido. — Esto es terrible, doctor. ¡Esto es terrible!

—No se angustie usted, señora. Es un mal facilísimo de curar; el "más fácil" de todos. Con los remedios que le hemos aplicado esta

mañana, dentro de diez días lo tendrá usted en pie, sano y contento. — Y sonrió.

—¿Así lo cre usted, doctor? ¿Y esas manchas en la cara? ¿Y esos dolores que dice que siente en los huesos y aquí? — y con su mano de dedos largos y nevados se tocó el cráneo, cerca de la nuca, haciendo un gesto atormentado.

—Son cosas naturales de la enfermedad — repuso el doctor, al tiempo que se sacaba el guante de la mano izquierda, agregando con ese interés clásico de los médicos: — A ver; vamos a verlo.

—Pero si está durmiendo, el pobrecito objetó ella, como queriendo detenerlo con el tono tierno de la voz.

Alfredo Grott pensó un instante, y decidido de pronto, volvió a decir:

—Veámoslo — y dejando los guantes y el sombrero sobre una de las sillas, avanzó, después de haberla invitado a Ella, con el gesto de sus ojos, a seguirlo.

Alba marchó tras él hasta la puerta de la alcoba, ante cuyas hojas se detuvo el médico para que fuese Ella la primera en pasar. Uno tras del otro, avanzaron, pagando las pisadas, hasta llegar al borde del amplio lecho...

Alba se acercó a la consola en que la lámpara brillaba, y sin quitar sus ojos del doctor,

alzó la luz. Después volvió cerce del enfermo. Alfredo Grott, estirando la mano fuera de la manga de su abrigo, buscó bajo las ropas, con un cuidado extremo, un brazo de Víctor. Este se estremeció cual en sueños. Como para llegar pronto al fin, Grott exclamó en voz alta:

—¿Qué tal se siente usted, amigo don Víctor?

Tuvo un haaa! prolongado el joven y abrió las pupilas somnolientas, mirando sorprendido al médico.

—¡Hijito! — dijo Alba y corrió solícita a El, doblándose casi hasta rozar su cara. Le explicó que era el doctor y que llegaba a saber cómo seguía...

—¿Cómo sigo? — dijo, despierto ya del todo. — Sigo bien. He dormido mucho. He dormido como... — y tomando una mano de Alba cariñosamente: — dale más luz a esa lámpara, mi hijita. ¿Qué hora es?

—Es temprano — respondió Ella, agrandando la luz de la lámpara.

El doctor oprimióle la muñeca para tomarle el pulso. Le miró el rostro con atención y en tono apacible, confiado, comenzó a preguntarle:

—Y esa garganta, ¿cómo va?

—Siempre me duele — respondió el enfermo incorporándose sobre los almohadones. —

He sentido un sabor horrible con esas gárgaras todo el día.

—Ya pasará eso, amigo. — Cerró el joven los ojos como para decir que "sí", de una manera resignada. El doctor, entonces, lleno de cortesía: — Si usted, señora, me hiciera el servicio de acercar la lámpara... — Alba, solícitamente, acercóla. Alfredo Grott la tomó de sus manos, colocándola sobre el velador, en el cual se veía un frasco en cuya etiqueta podía leerse: "Cuatro cucharadas por día".

Estuvo un momento preguntando al enfermo si no se le habían calmado los dolores del cerebro y de las piernas.

—Sí, los desvanecimientos de cabeza... — y no pudiendo más, con un cierto embarazo, le hizo comprender a Alba que los dejara por un instante solos. Ella bajó los ojos con marcado pudor, y salió, cerrando las hojas de la puerta, con cautela. Los ojos brillantes del enfermo la siguieron, y ya cuando hubo salido, dirigió al médico una sonrisa inteligente, que por éste le fué correspondida.

—Vamos a ver eso — le dijo el joven facultativo, y con la mano suave levantó hacia un lado los finos ropajes que cubrían aquel cuerpo macilento...

—¿......?

—Siga con los lavajes. Lo más calientes

que pueda resistirlos. Después pasaremos a las inyecciones — y agregó como para tranquilizarlo: — creo que ya no necesitará más cauterizaciones. Régimen. Régimen, mi amigo!...

El joven pareció darle las gracias con el gesto.

Era el caso de Víctor Bernal uno de los más funestos y raros que pudiera darse.

Su cuerpo, blanco y duro, aparecía lleno de ulceraciones; infecto, mordido aquí y allá por la garra implacable del "Mal terrible", del mal universal...

Al través de sus arterias circulaba el trágico virus, como si fuera un río de podredumbre que, no teniendo dónde convergir, se había desbordado por su piel en forma de focos purulentos... Esa era la enfermedad de Víctor Bernal, y su carne bajo ella, parecía desleirse, sucumbir trozo a trozo, en medio de una marcha de dolores...

Alfredo Grott habló algunos momentos más con él, y recomendándole reposo absoluto, se despidió. Alba esperaba ansiosa en el saloncillo. Sus pupilas de dolorosa, lo interrogaron en una gran mirada.

—Pronto lo tendrá usted en pie, señora — sonriendo con afable confianza, le dijo el médico, y agregó — ahora hago usted que venga

la enfermera y que lo atienda según sabe; y usted, señora, duerma y no se entristezca. Buenas noches — y, atento y gentil, sonriente el moreno rostro de bigote recortado, tras de tender la mano a la pobre atribulada, atravesó el saloncito alfombrado. Era un hombre reposado.

En la puerta se detuvo para hacerle el último saludo en una reverencia. Ella, triste, desolada, sin una sola alteración en su semblante lívido, quedó allí en medio del saloncito lleno de luz, extática y muda, como si fuera un bello fantasma.

II

—Sí, mi amigo, el mal está en todas partes: usted lo encuentra en las altas esferas, como entre la miseria del populacho. Las estadísticas de hoy día son aterradoras. El ochenta por ciento del país está contaminado. Esto no es comparable sino con Turquía y Francia... Si la medicina mundial no logra contener esta gran marea de podredumbre, las generaciones futuras serán un montón de miseria, de decrepitud y de contagio. Aquí cada día se extiende más y más la infección. Siguiendo así las cosas, un día los médicos diremos al enfermo antes de que él nos diga una palabra: "aquí tiene usted la receta: mercurio, yoduro de potasio, sublimado corrosivo". ¡En fin, qué se yo...! Que la raza está minada terriblemente, y que puede llegar una hora, en que no queden de ella sino sus escombros, con esta sentencia ante la historia: "avariosis"...

Y Alfredo Grott, echando una pierna sobre la otra, electrizadas las sombrías pupilas, nervioso, y atusando los cabellos de su frente, quedó mudo ante su amigo el escritor, que casi envuelto entre las humaredas de sus cigarrillos, lo había estado escuchando atento y grave. Conversaron un rato más sobre el terrible asunto.

El profesor Grott, como especialista en la materia que era, dábale a Gabriel Herran detalles sobre los diversos caracteres de la enfermedad, haciéndole conocer sus orígenes, los que se perdían en la historia del mundo. Le contaba las afirmaciones que hacía la ciencia, de que el "Mal" había legado a América entre las arterias de los conquistadores; en los besos de aquellos soldados aventureros y en la simiente de aquella nobleza arruinada, como también en la de esa otra aristocracia de los presidios que Sus Magestados Católicas enviaron a las selvas descubiertas por el Gran Genovés...

—Sí, eso nos trajeron — afirmó el escritor: — fanatismo, fanfarronería, sífiles y un bello idioma... En cambio nuestros salvajes, no les rindieron sino tres cosas legítimamente puras y ninguna de las tres podridas: ellos dieron sus territorios opulentos y vírgenes, su sangre hirviente, roja, limpia como las catara-

tas de sus montañas, y la ferocidad de su independencia ingénita y gloriosa.

Díjole también Alfredo Grott muchas cosas sobre el "Mal" en la ciudad. Le habló de los estragos que hacía en las clases miserables, desamparadas y hasta ignorantes de su contaminación. Le contó, con detalles terribles, algunos "casos", varios de ellos tratados en su "clínica" del Hospital, y por último le habló del "Mal" en las clases elevadas: en la élite...

Gabriel Herran abría los ojos abismados al oír, del médico, nombres conocidos, acompañados de comentarios en los que como dos epílogos siniestros, obraban el "aceite gris", cuando no la cuchilla profiláctica desgarradora de carnes perdidas por el estrago del microbio. Cambiaron algunas palabras irónicas, ya de pie ambos, sobre un asunto público, y con un "au revoir", cordial y sonriente, se tendieron la mano.

* *

Cuando Gabriel Herran ponía el pie en el último escalón de mármol del grande y central edificio, en que estaba el consultorio de su amigo, era cerca de mediodía. Abotonó el largo abrigo negro, hundió las manos en los guantes y con el cigarrillo recién encendido, entre los labios desdeñosos y sensuales, fué a colocarse en la próxima esquina — corazón de la ciudad.

Las tinieblas densas y lluviosas de la noche anterior habían sido rotas por un Sol tibio y resplandeciente: Sol de invierno. El cielo, diáfano y de un azul desvanecido. Las cumbres andinas, bajo las cimas de sus nieves, portentosamente blancas y altivamente bellas. El pensamiento de Gabriel Herran llegaba hasta ellas; jugaba sobre su albura yerta, como si fuera un águila de grandes alas hechas al precipicio, y soñador inquieto, se alzaba sobre la altura y se perdía allá, hacia la Pampa lejana y solitaria, bañada por el Sol y circuída por el infinito...

Soñador por raza, era, también, un supremo realista, forjado en los ásperos yunques de la vida. Y, por eso, comenzó a mirarla cómo pasaba por su lado, majestuosa y sonriente, bajo los párpados dorados de aquella mañana postrimera de julio. Las esquinas eran como un movedizo jardín de juventud elegante y alegre, que celebraba, como todos los días, aquella hora clásica y rosada, contemplando el paseo de la belleza femenil en medio del comentario de aventuras de media noche, de críticas picantes y de una que otra tristeza, que si se anunciaba, era raudamente, como el vuelo de un pájaro inoportuno y molesto que se esfumaba en el horizonte.

El tenía analizada a esa juventud "vulevar-

dier": era como la de casi todas las grandes capitales; distinguida, reidora, e inofesiva casi siempre. Por costumbre, ociosa; de la elegancia, hacía algo semejante a un vicio de imitación; en sus pensamientos era fútil, falta de ideales positivos, ignorante de las grandes cosas de la Ciencia, del Arte y de los grandes dolores universales; en una frase: desierta de ilustración en su gran totalidad. Había en ella, era verdad, muchas inteligencias altas, por atavismo de familia, pero esos cerebros, a semejanza de flores arom;ticas y blancas en medio de la naturaleza, perecían tristemente en el naufragio inevitable y anónimo de la vida rutinaria de la gran ciudad; como así también, entre los acordes del concierto chillón de las mediocridades distinguidas, insolentes y triunfantes, que eran los que constituían el montón...

Gabriel Herran conocía, entre aquellos mozos, a muchos que suspiraban, casi con dolor, por hallarse en una vida más intensa, más inteligente, menos encadenada y de más variedad: que tuviera emociones altas, que despertara el cerebro hacia el idealismo, que hiciera sentir dentro de sí, el espíritu; que no estuviera aprisionada entre carcomidos convencionalismos, reveladores de atraso; que predispusiera a las grandes pasiones, a la lucha y a la victoria; que, en una frase, no fuese la monó-

tona vida de la noble ciudad andina, en que los jóvenes acomodados no tienen, para la expansión de las energías y sus ensueños, sino la vida social que termina por cansarles; los pocos clubs, que los hastían, o los comprometen; las cantinas que los envenenan y grotescas orgías que los destruyen y los envilecen, pero que van a ellas, porque no tienen más que hacer; porque se aburren terriblemente; porque no cuentan con un mal "cabaret", con un solo café "chantant", con un "restaurant" donde hallen libertad; en fin, con ningún lugar de los que la vida moderna reclama y las costumbres de la civilización pone en los grandes centros, a pesar de los gruñidos, que rancios prejuicios de moralidad teológica, lanzan, no obstante haberles entonado el Siglo su miserere definitivo; pero que, a pesar de eso, como los chisporoteos que brotan entre los escombros de un incendio formidable, surgen aún viviendo del pasado, como si fueran escuálidos fantasmas que vistos en su tamaño natural no asustan sino a los niños y a la estultez sugestionada. Pero Gabriel Herran, pensaba, con cierto regocijo, que la evolución tendría que venir en breve; y que, como toda fuerza contenida, su aparición sería un formidable estallido: algo así como una resurrección radiante, incontenible y triunfal...

Y mirando allí estacionada e inerme a esa vigorosa juventud, Gabriel Herran se hacía la síntesis de cómo ira a ser su despertar. Pero le daba tristeza verlos con esa monotonía imbécil en las esquinas; todos unidos y como bajo la sugestión de la misma y cansada ronda; siempre igual, siempre con coloridas del mismo tono; uniforme como el péndulo de un reloj que marca los siglos...

Habían algunos que demostraban una cual penosa resignación; otros lanzaban bostezos en medio de una falsa risa; otros había con la mirada hecha estupidez, como la misma estupidez de la existencia que las circuía, y otros parecían reprocharlo todo...

¡Cómo sería el despertar! Cuando los convencionalismos desmoronados por el soplo de Europa, Norte América, Buenos Aires, en fin les permitieran hablar con sus altas amigas de sociedad en la calle, sin que nadie los comentara, sin que se escandalizaran ni de ellos ni de ellas; cuando pudieran descubrirse ante cualquier "chanteuse", y darle una flor sin que le griten: ¡corrompido!

Y ya en pleno siglo moderno, pudieran pasearse en carruaje descubierto al declinar de una rumorosa tarde de Sol, y de lujo, al lado de una "ilustre" y gran "cocotte", cuya carne fuera bella y así como de bella, de envidiada

por esas que han perdido la opulencia de sus formas, sobre los yunques desolados del matrimonio, o en los desiertos de la histeria.

¡Ese sería el pleno despertar; ese!, pensaba el escritor. Cuando la libertad de los instintos no fuera una esclavitud envilecida por el miedo de lo convencional; cuando la juventud no fuera amenazada por la expulsión de la sociedad; cuando a ninguno se le amedrentase con hacérsele reo de excomunión, como a punto estuvo de serlo el joven escritor, aquel cuyo único delito consistió en lanzar un libro de verdad y de valor, que para unos fué una delación y para otros acusación, y que su autor, en un bello y asesino sarcasmo, lo arrojó a la faz de todos los turiferarios de las costumbres, bajo el nombre de "El Inútil"...

Pleno siglo habría de ser para esos jóvenes, dueños de toda la vida por el derecho mismo que ella les da cuando no fueran excluídos en medio de aspavientos de sacristía del mundo de los morales; es decir, de ese mundo en que no existen hombres, sino semi hombres.

En que no se vive la vida, sino se gira alrededor de ella, como los roedores en torno de una piltrafa... Pensaba, también, Gabriel Herran, que muchos de aquellos gentiles muchachos eran indignos e incapaces para la evolución. Unos, por ser retrógrados, inconscientes

del progreso, negativos a todo lo incomprensible para ellos, agresivos contra todo lo inalcanzable para sus almas planas; otros, también había conocido Gabriel Herran, que no merecían la evolución, por ser sus cerebros de una imbecilidad nata, capaz, en ciertos casos, de llegar hasta la ferocidad; otros, los había que guardaban miedo a sus novias y a sus mamás, y algunos, también, que se aterrorizaban ante las sentencias de sus confesores que los amenazaban con las penas del infierno. Estos eran casi todos ahijados del cura... El conjunto de todos éstos, era lo mismo en la florida multitud; pero, en cambio, eran los más insolentes contra la civilización, la libertad de las almas y el derecho de las acciones.

Esos, eran graves y mesurados, metódicos, tomaban agua mineral cuando se les ofrecía una copa en el bar, iban a los teatros los jueves y los domingos, eran muy pulcros; antes de conocer a alguien, preguntaban quién era; sabían muchas historias; con las damas hablaban de modas, colgábanse una medalla al cuello; pertenecían a algún Patronato piadoso; tenían sus concupiscencias; amigas muy reservadas, y nunca habían debido a nadie; no trataban a ningún extranjero que no fuera rico o de la diplomacia; comulgaban, sin falta cada

mes; saludaban atentamente a los grandes personajes; leían el folletín de los diarios y usaban el dinero en portamonedas. Gabriel Herran gustaba mucho de tratar con esa especie "edificante" y pecaminosa, para darse el regocijo de estudiarlos como a Ignacios de Loyolas prematuros...

Encendía el segundo cigarrillo el escritor, en el transcurso de tiempo que se hallaba allí, cuando una voz cariñosa y de él conocidísima resonó a sus espaldas.

Era la voz aristocrática, grave y franca de Renato, su grande amigo, amigo gentil, inteligente y leal, que su corazón había encontrado en medio de su hosca soledad de peregrino, y de su carácter por unos no comprendido, por muchos idiotas de distinción tomado a risa, y por algunos miserables acribillado, mordido y calumniado, a influjos de la emulación, de la incapacidad o de la envidia... Pero esos eran pocos y todos de perfecta alma canalla. Con Renato se comprendían antes de tratarse. Con esa suprema ingenuidad que sólo florece en los grandes corazones, se lo habían confesado al conocerse. (Las almas enanas son incapaces de ninguna revelación, pero sí de todas las delaciones). Y se querían, siendo casi inseparables. Y por confidencias espontáneas, conocían la historia de sus propias vidas. Sus vi-

das eran intensas. El credo de los dos era el mismo: idealistas, reidores de la adversidad, pasionarios de la belleza y desencantados de muchas cosas y de muchos seres...

Amantes del Arte, cuando no era bastardo; compasivos de los dolores de la vida y despreciativos de todos los grandes "asnos" que viven, cuando éstos trataban de disfrazar su condición, pretendiendo hacer el "canard" de la inteligencia...

No negaban ninguna fe, ni tampaco afirmaban ninguna. Como Sienkiewicz decían: "ignoro, ignoro, ignoro". Mezclábanse, era verdad, al tumulto muchas veces; esto era para no contrariar las costumbres, pero, entonces, cuidaban de poner a sus almas la máscara de la mediocridad, para que ésta no los atropellara con su fuerza animal. Pensaban sentían y soñaban. No eran de la especie de los estúpidos alegres. Tampoco eran seres raros, ni mucho menos fatuos; pues ellos comprendían muy bien que no siendo independientes, en la acepción absoluta del vocablo, tendrían que sufrir las embestidas del rebaño domesticado, unido y satisfecho, para manifestar, en un todo, los sentimientos de sus almas exquisitas y el vuelo de sus mentes soñadoras.

Los dos se comprendían transfundiendo en uno solo sus pensamientos, y sus idealismos,

tratando en la intimidad algunos otros, selectos todos ellos, inteligentes, y eso les bastaba. Renato de Vera, era en la ciudad uno de los de altísima estirpe. Familia blasonada era la suya, destacándose en su genealogía un largo desfile de marqueses, de oidores, adelantados y de altísimos hidalgos que allá en los resplandores del siglo XVI y XVII empuñaron con gloria la pluma, y la espada bárbara de la conquista.

Renato de Vera, vaciado por completo en las más modernas ideas, poseído por el verbo divino de Víctor Hugo y el de los clásicos del Renacimiento, hacía caso omiso del esplendor de su abolengo, mirándolo con el mismo desdén con que miraba los pergaminos guardados en las arcas de hierro de su padre, con una religiosidad de tabernáculo. Cuando Gabriel Herran iba a casa de su amigo, algo como un soplo del pasado lo invada. Todo en aquella mansión era tradicional y saturado de antigua nobleza. Era el único hijo. Su padre era el tipo perfecto del hidalgo antiguo: recto en todas sus ideas, rutinario en sus costumbres, despreciador de las modernas generaciones y pródigo para aquellos en que el brillo y el buen nombre de su raza fuera envuelto. La madre, evocaba en toda ella una de esas viejas duquesas de la Regencia de Francia: era altiva, era bella su ancianidad, sentía repugnancia por

la plebe, amaba a su hijo por sobre todo y a Gabriel Herran también por saber que era el amigo más sincero de su hijo. Cuando el escritor se hallaba ante la madre de su amigo, en la vaga penunmbra del gran salón de la casa solariega, ante los antiguos retratos de los antepasados, en medio de los muebles de brocado azul y oro; ante el viejo piano con incrustaciones, le parecía mirar en aquellas paredes color granate y tachonadas de lises de oro, sombras de antiguos conquistadores, armados de punta en blanco, silenciosos y augustos, ante el silencio de sus propios blasones allí mismo colgados. Y era entonces cuando Gabriel Herran, apasionado de todo lo viejo que fué grande y bello, creía mirar en las canas de la madre de Renato, las de una antigua castellana amante de Dios, del Rey y su consorte...

Y estos pensamientos se los comunicaba al hijo y a la madre. Renato reía con cariño y ella, la gran dama, suspiraba como si su alma tuviera la nostalgia de aquellas épocas asesinadas por la civilización. Los dos amigos saludáronse y comenzaron a conversar. Le hizo una rememoración de todas las cosas que sobre el "Mal" terrible le hiciera el doctor Grott. Renato, aficionado a los estudios médicos y conocedor profundo de la sociedad de su patria, no sólo se las confirmó sino que le contó varios casos

y además le repitió las palabras "sifilógrafo" de la ciudad cuya cli en la "high-life"; en esa clase en qu su-pone puedan florecer las pústulas y los reblandecimientos producidos por la infección, tanto bajo los "corsets" de raso, como bajo las levitas espléndidas...

Este médico decía al diagnosticar a cualquiera el "Mal terrible": "Ha pasado usted a la categoría de un hombre elegante", o "de una mujer", si lo era. Y el mismo día le aplicaba la primera inyección de azogue líquido.

—¿Veis ese que va allí? — le mostró Renato al escritor.

—Sí.

—Pues ese, es un "averié high-life". Tenía un hermoso pelo y lo perdió. El ojo desviado y esa cicatriz en la mejilla en forma de escuadra, es resultado de...

—¿Y tú me dirás que ese hombre ya está bueno? Nada de eso. El "Mal" puede hallarse únicamente adormido y mañana hacerle explosión de nuevo. Ahora ve a ver a su último hijo. Lo conozco: es una especie de gato, por lo raquítico; las piernas le salieron torcidas y se le escurre la baba...

El hombre iba un poco lejos; lo saludaban casi todos y él les respondía mirándolos con su ojo desviado, repulsivo y casi trágico. Re-

nato agrególe a Gabriel Herran con cierta ironía:

—París le hizo el obsequio, querido amigo... Rieron ambos. Un vendedor de violetas les ofreció. Compraron un gran ramo, al influjo de una idea concebida de repente, que tuvo sus vacilaciones pero que al fin los decidió. Era ir... En el mismo momento pasó por frente a ellos, sobre la acera opuesta, una mujer. Era ella, era la adúltera, era la mujer de un banquero imbécil y mezquino, era la amante del amigo de Gabriel Heran. Era estatuaria, pálida, de sombríos ojos y con labios sensuales como los de una Lucrecia Borgia; era grácil, la cabelera tumultuosa y obscura; las cejas espesas y los movimientos rítmicos y provocadores. Renato de Vera, como su amigo, amaba más que a las vírgenes, a las mujeres casadas, y éstas parecían comprenderlo, porque eran ya muchas las que habían gemido bajo sus caricias. La apuñalearon con la mirada ardiente cual mordedura de pasión, y ella también los apuñaleó con sus grandes ojos pardos como los de una corza, radiantes y lánguidos bajo el ala del gran sombrero negro coronado de plumas blancas y lloronas. El marido de esta mujer era un perfecto bruto; ella era una condensación de estremecimientos insaciables y Gabriel

Herran era un confidente entre los dos amantes...

La mañana desfilaba ante ellos cual una gran ronda florida y rumorosa. Parejas de mujeres bellas con ojazos negros y provocativos; unas arrebujadas entre la tiniebla del manto, misteriosas y poéticas; otras de gran tocado, diseñando la plenitud obsesionante de las formas, al medir el paso entre las opresiones del traje De pollerita corta, mostrando las pantorrillas, jovencitas núbiles de caras sonrosadas, delatando en sus miradas encendidas y en sus ojeras hondas, recónditos incendios y anhelos no cumplidos... Otras en plena juventud; altas, garridas, mórbidas y palpitantes bajo sus atavíos de suprema elegancia... Y todas, todas, cruzando ante los hombres apostados a las paredes; cruzando ante ellos como una voluptuosa victoria de formas y de ritmos, como un vértigo de belleza, como un desfile del deseo hecho mirada, hecho silencio, curva, temblor...

Renato soludaba a muchas de esas reinas, pues algunas veces le entraba la hipocondría de ser hombre de sociedad. Al escritor le encantaba mirar esos triunfantes desfiles con su amigo, porque éste le contaba múltiples historias que casi siempre terminaban en un supremo escándalo de besos, cuyos ecos no pasaban

más allá de los suntuosos cortinajes de las estancias cómplices...

El auge del paseo languidecía como una cadencia de notas ardientes, y enervadoras. Tras la ronda de la alta belleza, tras el giro de los pies calzados con botas finas como piel de guantes, tras el giro de las turgencias veladas por las costosas telas, y las albas manos con real ornato de pedrería, tocaba el turno a la hermosura proletaria y barata; a las grisetillas elegantonas y finas, de mirada inteligente y pecadora, que dejaban el mostrador, el taller o la oficina, para ir a almorzar, alegres, rápidas, clavando ávidas sus grandes ojos en los escaparates de las joyerias y de las casas de moda... — seguidas por las miradas de estudiantes pobres y de viejos conquistadores; de esos cuyos peinados son un problema y cuya dentadura es una obra de arte...

Renato y Gabriel Herran giraron un poco haciendo algunos saludos, dijeron levemente dos o tres bromas al amor que pasaba, apuraron un poco de veneno bajo el nombre de "aperitif" en un "bar" elegante, y por último cuando ya los tranvas pasaban repletos y la multitud se dispersaba bajo la mañana luminosa como una inmensa confusión de aves que emigran, los dos amigos se fueron a "eso" de las violetas que les traía la imagen de un al-

muerzo en tibios comedorcitos. El de la casa de aquella linda amiga sentimental, que gustaba de los besos y que con tan bella languidez sabía servir ese vino de reflejos de oro, en tanto que su boca de pérfida escarlata reía blanda risa, o prisionera del silencio, evocaba el trémulo aleteo de los besos precursores...

III

—¡Una más! Sí, cómete una más, mi hijito!... Están deliciosas... ¿Te gustó? Cómete otra, ¿quieres?...

—Trufff...

El vino era de los más dorados y espléndidos del Rhin. En la plateada bandeja cercana a la mantequillera, las ostras descollaban provocativas bajo las verdes tajadas de limón. El mantel era de una tonalidad de rosa, y bajo la luz magnífica del mediodía, que se estrellaba sobre los vidrios rojos y verdes del **vitreaux** suspendido entre sus caras, la vajilla y el **bacarat** sonoro de las copas, parecían radiar.

Víctor, intensamente pálido, pero sin aquellas manchas de un rojo siniestro, se sentaba al lado de Ella, envueltas las piernas en opulenta piel de oso polar.

Aun cuando la mañana era un festival de resplandores, por el ambiente circulaban ra-

chas frías, así como si fueran los hálitos de las cordilleras heladas y distantes en medio de la luz. Por eso, en el aristocrático comedor, ardía silente y enrojecido el seno de hierro de la estufa. Eran los primeros días de la convalecencia.

Hay un algo inexplicable que a todo enfermo le hace dulce este tránsito de las enfermedades, cuando de gravedad han sido ellas. Ve la vida más blanda, menos vil, más inocente. Sintiéndose uno débil, parece que el alma se le torna buena y que los miembros descoyuntados anhelan manos blancas y suaves de mujer, que bajo los besos de un tibio Sol de atardecer los levanten y acaricien hablando cosas encantadoras y sencillas... Algo así como contar un cuento de esos, que tras unas tos, comienzan así —: **Este era un rey que tenía tres hijos**... en tanto que la hora de la amarga cucharada de remedio llega a nuestros labios... Las convalecencias son dulces porque las almas tienen sueños blancos mientras duran ellas. Un hombre convaleciente de un mal, que ha sido mal de muerte, es como el niño que comienza los primeros tartamudeos de la vida; no la conoce y por eso es bueno. Parece que quien pasa una gran enfermedad, rozando con las plantas las negras fronteras de la tumba, al llegar a la convalecencia, co-

mo a una playa que, si peligroso, es salvadora, siente que su alma se ha depurado del cúmulo impenetrable de los venenos de la vida.

Por eso, las manos blancos, suaves y amorosas, llegan al corazón del enfermo que renace como una tibia lluvia de piedades...

Víctor Bernal, sentía en el fondo de su corazón quemado, por el aliento de incendio de París, una bella paz, un blandor, un algo divinamente bueno, que en medio de su vida tumultuosa jamás había sentido. Después de la última ostra que su boca corbiera, quedó silencioso; perdidos sus grandes ojos negros en los vidrios del **vitreaux,** al través de los cuales el día transparentaba sus fulgores alegres y dorados.

—¿Te sientes muy mal, hijito?...

Con ese mimo que en los labios de una mujer bella parece un dulce acorde de música sagrada, le interrumpió el silencio. Ella, al mismo tiempo que dos de sus dedos, largos y pálidos alzaban acariciadores un trozo de pelo de la frente. La sirvienta, ceñida de delantal inmaculado, entró con la sopera bruñida y vaporeante.

Era una muchacha de ancas provocadoras que guardaba su bravía virginidad, como un regio regalo, para un dependiente italiano, bruto y de una hermosura de cromo cursi; una

especie de San Luis de pueblo por su cara. Tal era el mozo.

Llenó los platos y salió, mirándose a la pasada en el espejo.

* *

—Come, mi hijito — díjole Alba, poniéndole el mango de la cuchara entre las manos.

El pareció salir de larga meditación. Había estado pensando en su enfermedad. Las cauterizaciones habían sido dolorosísimas. Hacía una semana que la aguja hipodérmica picoteaba implacablemente sus carnes doloridas, de tres en tres días. Los depurativos iban y más iban escurriendo como un martirio, por su garganta llena de las cicatrices de las úlceras. El régimen ese del doctor, ¡qué cruel! ¡qué feroz! —como le había dicho a Alba. — Todo era malo, todo le hacía daño; aquello era vivir como un idiota, sin ninguna de las pocas fanifestaciones de la vida, materiales. Y con hosca nerviosidad interior, la independencia de sus costumbres sibaritas se sentía oprimida, humillada ante la voz del médico a quien pagaba...

Desde aquel día que el profesor Grott, con raro gesto, sonriente al mismo tiempo que serio, le había dicho después de examinarlo por todos lados: "Amigo, la cosa es seria, tiene usted...", y había enunciado el nombre del **Mal**

terrible, agregando en seguida: "La manera como en usted se ha presentado es rara; esos síntomas solamente aparecían en la Edad Media. Se conoce que esa Ella, era de otra raza. Usted ha dejado que le tome del todo". Fué desde entonces, desde aquellas palabras de Alfredo Grott, que ya, bajo el completo avance de la enfermedad, se dió a inquirir el origen de su envenenamiento. Un vuelo de mujeres, bellas y pecadoras, lujosas y exquisitas, perfumadas, ardientes y aristocráticas en su vida de lijeros amores, desde aquel día comenzó a desfilar como una ronda vaga y encapotada en vapores de champagne por su recuerdo ensombrecido.

Alice Gendyn, la bailarina de Río Janeiro, cuando de Europa venía para su patria? ¿Esa, cuyas contorsiones eran como las de un reptil? No, esa no; si taenía un cutis de seda! Además su cuerpo de bacante era inmaculado; la voz eran cristales que hablaban; y sobre todo... era la favorita de aquel ministro diplomático inglés. Era imposible! Eleonora la italianita, esa del coro de la Opera, rubia y finísima como un **biscuit** de Hamburgo? ¿Esa que lloraba de placer?...

Tampoco; era la mujer del bajo Giusseppe, y el bajo Giusseppe era un hombre tan sano como un buey de selva.

Margot la compatriota, aquella de los grandes ojos, esa que por romanticismo usaba camelias blancas como la Gautier, la tuberculosa divinizada, y se hacía llamar en francés? No, su estatuaria gordura de bella bestia, su voz timbrada, su gran número de parroquianos... No, imposible también.

¿Amparo? Amparo la española **chanteuse,** la de la elegancia soberbia, esa que le había dicho en la segunda de sus cenas, dándole un sorbo de champagne con su propia boca: "Quiero como recuerdo tuyo, un collar de perlas?"

¿Esa? Ante el recuerdo de esa, todas las veces que lo había evocado, como una quemadura, un confuso pensamiento acusador le invadía el alma. ¿Por qué le habría dicho siempre eso de "sus crónicos constipados"?

¿Por qué esa ronquera cuando bebía champagne y esa palidez terrosa en las mañanas, como la de El? Mas, a pesar de todo, ¿iría a reclamarle? Era una tontería. ¿Probárselo? Era una imbecilidad pretenderlo. Entonces?... Entonces sufrir las consecuencias de su pasionismo siempre en ruta para lo nuevo... Y pensaba también el por qué de su ansia de aventuras. Tratar de justificarlo le era imposible. Callaba mejor, porque una explicación con su conciencia no le hubiera traído por resultado

sino declararlo culpable según los convencionalismos establecidos por el mundo. Los amigos... Y sobre todo, los amigos casados... ¡Esos eran! Esos que ya sentían el hastío de sus mujeres. Y ese viejo refrán de que en la variación...

Ese refrán también era cómplice. En fin, que lo positivo y realmente cruel, infame y triste era que por su cuerpo, de una manera terrible, incubaba el **Mal terrible,** y que la pobre Alba, la bella supremamente, que lo adoraba con un amor casi de histérica, sufría también las consecuencias de sus desvíos de bastidores..., o mejor dicho, de temperamento... Sus ideas así vagaban cuando Ella, con ese blandor más de madre que de amante por lo tierno, le había puesto entre las manos la cuchara incitándolo a comer, como a los niños enfermizos.

⁂

Ola enorme de vida entraba a su sangre y a su espíritu en aquel día de luz; allí ante la mesa de roble, pesada y señorial por sus tallados imperiales. Allí, corrompido por el ósculo de la vida, pero amante y amado. Plena su alma de esperanzas y sintiendo entre la roja corriente de sus venas, algo como una gran legión de salud que a pasos dobles entraba por todo su organismo...

Todo le era grato esa mañana. Y ante todo teniéndola a Ella allí; su Alba, voluptuosa, bella y suavísima como una de esas mujeres orientales que asesinan besando, que narcotizan con sus miradas insaciables, que son una dualidad de ángel y serpiente... Ella, siempre a su lado. Sintiendo en ese instante mismo sobre su brazo, el roce de su brazo mórbido; sintiendo contra el muslo de su pierna débil, el muslo duro y nervioso del de Ella; sintiendo cerca de su pecho, el aleteo turbulento de los pechos de Ella, y cerca de su mejilla enflaquecida, el halo de su aliento presuroso y cálido como salido de un extraño volcán...

Había dicho el doctor que si formalizaba todas sus prescripciones, en quince o veinte días tal vez podría salir a la calle; eso sí, para tomar el aire y el sol. Nada de trasnocharse, ni mucho menos tomar excitante alguno. Y las ostras de ese día? ¿Una docena de ostras le harían daño? No: si son muy sanas y de mucho alimento. Las ostras son como los besos; así lo dice Felipe Trigo en **Alma en los labios**. Riendo, al par que el brazo, blanco y largo se le tendía por sobre el hombro, le contestó Ella. La miró Víctor oprimiéndole la mano con dulzura y lentamente apuró un poco de vino del Rhin con agua mineral.

—Alma en los labios! — dijo, mirándola con

lentitud. — La tienes tú en los labios, Alba.

Lo abrazó Ella y lo besó en largo beso de castidad y de tristeza. Estaba ojerosa, y en su mirada había honda desilusión.

—¿El señor, se servirá café? — preguntó la doméstica.

—No, nada de café — le respondió vivamente Alba.

—Con agua, muy claro — en súplica y abrazándole el talle, objetó El.

—¡Tonto! Tienes que hacerme caso. ¿No ves que el doctor ha dicho...

No le dejó el enfermo concluir lo que iba a decir, porque, en fuerte y repentino abrazo, la besó en la barbilla, siguiendo al beso leve mordedura, que hizo sonrosar la palidez de Ella.

Callaron; los dos pensativos. Por sobre el amor con que lo amaba, pensó Alba, nada, nada existía más alto que El. Su corazón, su temperamento carnal y sus ideas eran todas de El; fuera como fuera, estuviera como estuviera...

Sabía ella muy bien que aquella era una enfermedad que habíale asaltado la carne en medio de una fiebre de besos que no eran los de Ella. Sabía que era un **Mal** del que los hombres hablaban con reserva y que, sirviéndose de vagas figuras, nunca nombraban por su nombre verdadero... Sabía que era algo ver-

gonzoso, según le pareció cuando su madre, la gran matrona austera, al saber la existencia de ese Mal en Víctor, indignada había dicho: "¡inmundo, desvergonzado!"

Y, sin embargo, su amor volaba por sobre todo, para que, como una crisálida de blancas alas ardorosas, se posase sobre El, aun cuando supiera que era un cadáver sobre lo que se posaba. El cielo se refleja en las charcas. Su amor era adoración y sentía en su alma el florecimiento de ternuras nuevas, de besos más intensos, de lazos más estrechos, siendo toda suya en cuerpo y alma, cuando el cuerpo de El pasaba por esa transición de podredumbre y su alma por ese enorme caos de tristeza. "¡Es mío! Y como sea, yo lo quiero"; le había respondido a su madre cuando ella, adusta y poniendo trágico el rostro de pálidas arrugas, había exclamado con una voz semejante a sordo grito de anatema: "¡inmundo! ¡Eso te ha traído, sufre ahora!"

Habían llorado las dos, era verdad, en tanto que El lloraba en la gran alcoba, bajo el filo del bisturí y el ardor del cauterio; habían llorado las dos aquella mañana luctuosa, pero las lágrimas de su madre, la altísima señora, habían sido lágrimas por el dolor de la angustiada hija, por la desventurada de aquellas nupcias celebradas por ella, que se iniciaron tan

felices, mientras que las de Ella, sus dolientes lágrimas, vertidas sobre el pecho de su madre como una lluvia de diamantes y sollozos, esas habían sido por El, por los dolores que El sufría, por la tribulación que tan en breve llegaba a sus amores... Invencible como el contagio, trágica como el Desengaño...

Para reanimarlo en su decaimiento, pidió un diario, y comentando las noticias, le leyó la vida de sociedad. Nada hubo que lo animara a El de tales noticias. Todas esas **comidas** y **matinées** y visitas de visitas, y **fives o'clock tea** y **soirées,** eran, para su tedio, cosas vulgares, monótonas y hasta falsas, que la sociedad de su patria, la mayor parte de las veces, hacía por presunción deslumbradora, por un convencionalismo de familia, muchas otras. Cuando Ella le leyó los matrimonios que estaban por realizarse, en sus labios, cenicientos, vagó sarcástica sonrisa. Iba a decir algo, pero no quiso por no molestarla a Ella.

—Lee las noticias de Francia — le pidió melancólicamente. Nada hubo que le interesase tampoco. Quería fumar. Sí. Fumar sus amorosos cigarrillos del Egipto lejano. Pero ¿y el régimen; ese régimen feroz?...

Quedóse mirándola por un momento, y como ella también lo hiciera, terminaron los dos por sonreirse, y, mudos, pero como en explo-

sión súbita y sensual, sus brazos se ciñeron en abrazo nervioso y los labios de El entre los labios de Ella, celebraron la misa de los grandes besos...

Los senos de Alba, como dos alborecentes palomas perseguidas, quedaron palpitando con angustia. Y para los dos ese beso fué triste; porque Víctor Bernal sabía que su beso era beso enfermo... Y Alba, al recibirlo, tenía que domar el grito de su sér, sabiendo que era así...

La mirada de Víctor Bernal, tras aquella conjunción suprema de las bocas, se tornó lánguida, apagada; como la de un buey que sufre impotente. Apuró el vino del Rhin con agua, que llenaba la copa brilladora...

Ella también se sirvió vino. Puso atención en los encajes de su **chambre,** y con mirada que era como volcánica, lo miró, lentamente, compadecida de El, entristecida por Ella misma.

Sus manos habían quedado opresas, con languidez, y sus dedos unos a otros, jugueteaban sin encontrarse sus miradas.

—Oye — exclamó él, de repente, y continuó en voz pausada y cariñosa — si yo muriera ¿qué harías tú?

Como herida, soltóle Ella la mano y abriendo atónita sus grandes ojos de ola, le repuso:

—¡Calla! — y sonriendo — ¡Tienes unas co-

sas!

Reiteró El, tomándole la mano de nuevo:

—Sí, oye; si me muriera, no es porque crea que me voy a morir, ¿qué harías tú, ya muerto yo?

—Víctor! — se inclinó Ella y le dijo casi pegada la frente a su hombro — si me vuelves a preguntar eso, lloro... Dame un beso, malo dame — y antes de que El accediera lo besó Ella rabiosamente, en los ojos y sobre el bigote.

—Si tú te murieras, ¿sabes lo qué haría?

—¿Qué harías, mi hijita?...

Como un intruso que llega de repente, fué rota la respuesta por una campana del gran reloj que afuera en el corredor movía su péndulo implacable...

—La una! — fingiendo sobresalto prorrumpió Alba. — Tienes que tomar el remedio...— Alzó su forma de contornos amplios, y ya tendía su mano sobre el frasco, cuando se abrió la puerta y apareció solemne, grave, completamente enlutada, la gran dama; la madre de Alba. Fría la mirada, y a pesar de los años, llena de brillo. Saludó. Alba, dejó el frasco, apresuróse a su encuentro y besóla. El le tendió la mano cariñoso y aparentando un anhelo que no sentía su alma. No ignoraba que aquella

dama había tenido insultos para su enfermedad; que lo calificaba de podrido y que si allí llegaba era con el único fin de ver a Alba, y observarlo a El.

En la última entrevista que tuviera con Ella, ésta le había dicho: "¿Qué diría la pobre de tu madre y tus hermanas si supieran cómo estás?" El, después de mirar sus ojos escandalizados, con indiferencia, contestó: — "Mi madre diría únicamente lo que una madre dice para su hijo enfermo, y mis hermanas en ningún caso vendrían a imponerme ningún reproche como los vuestros..."

La gran señora, austera y devota, que más que en los médicos creía en las novenas, y más que en todo, creía en su confesor, un venerable y robusto canónigo, ante las frías palabras de Víctor, había respondido con un profundo: "sea por Dios" que fué cual embozada afrenta para El.

Aquel día llegaba, si no tierna, sí apacible; porque con voz amante le preguntó cómo seguía; si experimentaba una mejoría, una reacción sobre su debilidad; si el doctor augurábale una pronta reposición, y, sobre todo, si sería duradera ésta...

Víctor, poniendo el tono firme, le repuso a todas sus preguntas con una sola respuesta seca y concluyente:

—Dentro de dos semanas estaré en la calle bueno y sano, mi querida señora.

—Sí, mamá; ya está bien — dulcemente agregó Alba llenando la cuchara de remedio.

Como para mostrarse indiferente ante su suegra, el joven apuró el amargo líquido sin una alteración. Se levantó en seguida y pidióle a la señora diese noticias de su convalecencia a la familia. Todo aquello para El era molesto. Hubiera querido, desde que le comenzó la enfermedad, estar sólo con su Alba; sin las visitas de la gran dama, ni las de los hijos de ella, ni las de sus amigos, ni las de nadie...

Hubiera querido curarse solo, o morirse solo. Los médicos y nada más. Aún más, reduciendo: Alfredo Grott solamente. El sabía muy bien que aquellas manos que cariñosas llegaban a estrechar las suyas de enfermo, salían después teniéndole lástima a Alba y recriminándolo a El. Sabía que su suegra lo miraba como a uno que ha cometido un delito; como si hubiera enfermado por espontáneo gusto. Sabía que su nombre era comentado entre el cuchicheo de los altos círculos sociales, andando de boca en boca la sátira y hasta el ultraje, pero eso sí, envuelto siempre todo entre las sederías de la frase elegante y el ademán simulado. Y después de saber todo eso, sentía tristeza por Alba, desprecio de ese mundo do-

rado, circunspecto, distinguido y orgulloso como hallando un desenlace supremo y hermoso para todo, pensaba en irse a Europa apenas estuviera restablecido. A Italia; allá, a un rincón nevado de Suiza; Niza o a cualquier parte. Era rico y era libre...

Mas todo no era aquello. Su gran tristeza, su pesadumbre martirizadora, inconsolable, consistía en haberle entrado la ponzoña entre su sangre cuando con más belleza le abría su regazo la Vida...

Cuando su cuerpo fatigado por los toscos refinamientos de las grandes cosmópolis y su alma soplada por todos los desencantos, buscó uno como refugio en la quietud del matrimonio. El, que había llegado de la terrible **Ville Lumiére** después de haberse sentido náufrago a través de sus **boulevares**, en medio de las grandes cataratas de la belleza, la había visto a Ella y la había amado y la había hecho suya y se había sentido adorado por Ella y se había sentido feliz; envuelto como de repente por un renacimiento de ilusiones y de ternuras sinceras. El, ese "él" mordido por el **Mal** entonces.

El trágico **Mal** silencioso que invade entre espasmos y abrazos, sin que se sienta su llegada, sin que llegue a suponerse que también pueden cubrirlo las batistas y las sedas y los

postizos y las sonrisas del salón...

Era ahora, pensaba acongojado, cuando había de llegarle el veneno asqueroso. Y en verdad, parecía haberlo esperado a que dejara el vértigo de todos los libertinajes; parecía haber estado al acecho de su felicidad... Como un asalto traicionero del Destino, como una dentellada cobarde de la Vida...

Alba fué con su madre hacia el pequeño **boidoir** de confianza. La gran dama adelante: lenta y erguida. Allí, la una tuvo frases desbordadoras de ternezas, frases de dulce perdón, frases desoladas como las de una dolorosa resignada y pasionaria. Tuvo frases para él. La otra, grave la voz, rígido el ceño de antigua patricia, desgranó palabras de compasión, algo así como réplicas severas de confesionario; exhortando a la hija a que fuera juez que impone castigo; otras condenando al yerno como a reo de pecado imperdonable. Doña Esperanza de Aguilar, era una de esas damas arcaicas que hablan de la plebe, del Rey, y de la nobleza. "Que anunciaban los veredictos inapelables de la providencia". Que hacen pompa de viejos abolengos donde brillaron Comendadores, Adelantados, Marqueses, Oidores y grandes caballeros de horca y cuchillo; abolengos de los que hablan cuando están, a eso de la media tarde, en el adusto salón de la casa seño-

rial, ornado con gobelinos de batallas, ovales espejos de Venecia, viejos retratos de señores con largas leyendas, chimenas de azulejos y un piano incrustado de carey y madreperla.

Doña Esperanza de Aguilar había sido bella. Fué reina opulenta y orgullosa del polvoriento mundo de su juventud. Tenía siete vástagos brillantes, y a las cuatro de la tarde rezaba la novena de la Virgen del Perpetuo Socorro...

Tenía un hermano Prior del convento; otro coronel retirado, y era una de esas mujeres que pasan por la vida como un gran Sol y que al apagarse en sus fulgores, se consagran a vivir del pasado, como viviendo de un crepúsculo radiante y lejano, hasta terminar por convertirse cuando los crespones de la viudez las cubren, en dos cosas: en viejas gemebundas, o en ancianas esfinges...

Doña Esperanza de Aguilar, sin revestir ninguno de estos dos caracteres definidos, era recta, altiva y austera cual una vieja abadesa conventual de aquellas que vivieron en pleno siglo XVII.

Amaba a Dios, a sus costumbres y a sus hijos. Vestía siempre dé riguroso negro y sus dientes no eran postizos...

IV

Era Alfredo Grott el gran filósofo de la ciudad; es decir un soberano especialista en podredumbres...

Brillantes fueron sus estudios en su patria, y al consumarlos traspuso los mares, y allá, en las grandes clínicas francesas y prusianas, dió fin a su jornada cientfica, nutriendo su cerebro en las cátedras supremas de Pasteur y en las de Tournier, esos dos finos magos de las miserias humanas; y así como su cerebro bebió ciencia en las profundas fuentes, su mano se hizo maestra tomando parte en las bellas carnicerías quirúrgicas con que Doyen asombraba a la Europa. Al llegar a su país, pasó a ser el profesor Grott, y realizadas sus primeras operaciones y tratados sus primeros casos, algo como un nimbo de consagración rodeó su nombre y fué entonces cuando le llamaban "el maestro", y dijo la sociedad que su escalpelo hacía milagros. Patólogo de primera magnitud y artista en el arte de despedazar para salvar,

era él. A estas condiciones, unía la de ser un psicólogo formidable. Su penetración y su talento penetraban al misterio de los centros nerviosos, como si la lámpara del Genio lo alumbrase en medio de sus sombras. Alfredo Grott era genial. Y como tal, tenía enemigos, y detractores envidiosos en torno de su fama. Todos los galenos fracasados, todos los que por estultez nata, o por mediocridad reconocida no habían podido llegar a nada, momificándose en la ruina por falta de víctimas, esos parecían estar confabulados perpetuamente para conspirar contra él, negándole su ciencia, disputándole sus éxitos, y hasta calumniándolo en sus procedimientos científicos. Mas, todo en vano; esta gran guerra de rumiantes, nunca llegó a carcomer las bases de su fama y mucho menos en arrancarlo de su indiferencia de maestro. Un privilegio tenían únicamente sobre su genio: el de hacerlo reir compasivamente, cada vez que con ruido de quijadas rabiosas giraban en torno de su nombre. Su clientela la formaban las más altas familias de la metrópoli; los mandatarios, los grandes banqueros, la burguesía omnipotente...

Pero Alfredo Grott, que era humanista, nunca eximía de las primicias de su ciencia a las clases miserables; llegaba a ellas con el desinterés de un redentor y ponía sobre sus desgra-

cias sus manos y su mente de una manera misericordiosa, nobilísima, cariñosamente, como si fuera un ferviente apóstol del dolor de la Materia...

Y era todo esto lo que indignaba a sus colegas, que casi en la generalidad constituyen una banda de mercaderes de la desgracia, patentados con el privilegio del asesinato impune y todavía pagado.

Por la elegancia del consultorio del profesor, desfilaba continuamente algo como una misteriosa caravana de neuróticas, de histéricas y de contaminadas por el "Mal". Todas eran distinguidas, todas eran de la "créme" social, y todas bajo la mirada electrizadora del profesor, rendían las frentes pálidas, entregándole como a un confesor, el fondo de sus males extraños y secretos...

Era casado, con una bella mujer a la que salvó estando casi en agonía. Ella lo amó como a su libertador y no teniendo qué entregarle a cambio de su obra, le entregó su corazón, su nombre y su belleza; todo de una manera espontánea, tal como el tributo que se rinde a un Dios...

A la manera de un jardín suspendido entre desnudas rocas de mármol, el profesor escondía, entre las arideces de su ciencia, su alma de artista; era un literato exquisito y hondo. Sus

creaciones eran todas tristes y sombrías, semejantes a gritos quejumbrosos lanzados por el sufrimiento, en medio de una noche desolada...

Su fe, como la de todos los grandes científicos, reducíase a creer en la naturaleza y en la ciencia.

En esos dos infinitos veía representado a Dios, en la charca, como en la nube; en los vuelos de la inteligencia, como en la inmovilidad de la materia; en la gran vibración de las estrellas y los soles y en las transformaciones infinitas de todo lo que es Naturaleza.

Dios, para él, era una palabra que hacía la síntesis del Universo. La figura divinizada de Jehová, no producía en su sentimiento y en su razón, más que algo como el eco moribundo de una leyenda hebrea que se desplomaba...

Y a pesar de esa manera de pensar, Alfredo Grott no era de la banda de los materialistas absolutos y groseros. Concebía el espíritu en la materia misma, algo como su esencia misteriosa y eterna...

Y por sobre todo este alto credo, Grott era humanista; compasivo ante los arranques dolorosos de los cuerpos y pensador ante las tristezas de las almas. Era cerebro y corazón en grado máximo. Sacerdote de dos cultos: el del Sentimiento y el de la Sensación...

Fué allá, en París, donde conoció a Víctor Bernal, cuando éste llenaba con su nombre opulento, el ambiente elegante y aventurero de la Gran Ciudad de la Luz.

Víctor Bernal era entonces lo que en lenguaje "boulevardier" llaman un gra nleón. Paladín de amores de cuarenta y ocho horas. Derrochador de miles de francos y pródigo de caudales de vida, hacía época en el mundo de los bastidores y de la alta "cocotterie" en aquel entonces...

Grott lo trató íntimamente: llegó a quererlo. Los grandes extraviados, son siempre queridos por los grandes equilibrados. Sabido ese afecto por Víctor, fué por lo que se llegó a él, el día fatal de reconocer la pavorosa aparición en su organismo. Más que al facultativo, se acercó al amigo, y éste, como a tal, lo trató desde aquel instante sombrío, en que, animándolo a no impresionarse le dijo después de largo examen: "está usted averiado, querido amigo, está usted averiado".

El "Mal terrible" había hecho su entrada en aquel cuerpo con la violencia de una como explosión traidora. Todos los humores malignos de esos tejidos y de esas arterias, parecióle a médico que se habían revelado en un súbito movimiento de destrucción, tal como si estuvieran contenidos de mucho tiempo atrás, tal

como si no hubiesen podido dormir por más tiempo.

Hay charcas que permanecen ignoradas bajo una vegetación sin consistencia.

Por eso el gran médico había advertido al amigo que "era un caso raro"; más propio de otros tiempos, en que la enfermedad devoraba como una fuerza brutal y avasallante, y no de los de ahora en que sus dentelladas son lentas, medidas y dominables fácilmente, pero siempre fatales.

Y la pupila maestra de Grott, había comprendido, desde ese primer reconocimiento, reconocimiento largo y casi solemne, que el "Mal" venía de París...

Que allí era donde había pentetrado a ese cuerpo fuerte por raza y desarrollo, como un lobo que durmió largo sueño para despertar feroz, implacable y rugiente. Hay enfermedades que son feroces. Con su clara visión pensó que el ataque debía hacerse implacable; también, como el mismo "Mal", era indispensable poner en acción todos los grandes recursos, por violentos y dolorosos que ellos fueran. Era preciso proceder con energía inapelable, sin tener corazón para escuchar el grito dolorido, sin tener sentimiento para apreciar la angustia del espíritu.

La enfermedad llenaba el cuerpo del joven

"dandy" de París en ese día, esposo enamorado de una belleza, a la manera de marea que crece para ahogarlo y destruirlo todo.

Por tal, era como una imposición trágica, entrar a la batalla con empuje sin cuartel, rápidamente; usando de las más poderosas y modernas armas; a vencer antes de que el "Mal" tuviera invadido todo aquel campo. Atacar venciendo. He ahí la gran máxima.

Por eso es que Alfredo Grott desde el primer día, se había portado inflexible. Su medicación comenzó con inyecciones y gárgaras; con cauterios ardientes como el fuego; cauterios que siguieron a la cuchilla cortadora de los focos de aquella grande y trágica explosión de tumores contenidos y terribles...

El régimen y los procedimientos y la voluntad indomable para las aplicaciones del sistema curativo, hicieron que Víctor Bernal entrara bajo la mano del grande profesor, en una etapa de reposición, que fué, al estado de podredumbre en que se hallaba, como esplendente golpe de Sol en medio de la lluvia: una "eureka" de la ciencia.

La lucha fué formidable, pero el sifilógrafo venció al fin, haciendo desaparecer los caracteres siniestros de la enfermedad. Aquella garganta que ulcerada estaba, volvió a su estado de vida; produjo de nuevo voz clara y vibran-

te y esa voz era como un grito victorioso, y ya no hubo en ella dolores ni tampoco esa cavernosa ronquera. Las marcas horripilantes que como purulentos gritos de acusación habían surgido sobre la blancura de las carnes, cicatrizadas quedaron. El decaimiento del sistema nervioso reaccionó, comenzando a reaparecer las fuerzas. La irritabilidad de los ojos, ya no se volvió a manifestar como antes, al primer golpe de luz intensa. No le dolieron más las articulaciones al enfermo. Se calmó el hedor de su aliento. La caída de la cabellera espesa y ondulada pareció contenerse. Se fueron extinguiendo sus insomnios de inquietud y de raras visiones. Renació su alma de aquel mortal decaimiento poblado de lúgubres ideas, y por último la palidez grisosa del semblante desapareció poco a poco. Pálida se mostraba ciertamente aquella faz, mas era una palidez no pavorosa como la cenicienta de los críticos días...

La ciencia y el interés del gran especialista vencieron, como la luz, en ese combate de la salud y de la muerte. Los primeros días de curación fueron terribles para el enfermo; fueron de dolor. Lentamente la medicación se tornó menos cruel. Hubieron cuatro semanas en que tuvo que resignarse a la desesperante prisión de las sábanas, mas en seguida, como

una primavera llegó la convalecencia con su sonrisa tibia y llena de férvidos aromas. Y ya después de ésta, tras esos dos meses de régimen estricto, Víctor Bernal volvía a ser el enérgico, alegre, elegante y hermoso Víctor Bernal de antes de la caída traidora. Eso sí: su cuerpo había descendido en ocho kilos de peso. Sus pupilas habían adquirido un raro mirar de melancolía y su rostro estaba cual enmascarado por esa rara palidez que siempre deja el "Mal" como si fuera un fantasma. Pero estos detalles eran como tres timbres estéticos que venían a realzar la aristocracia de todo él. Alba se lo hizo notar en aquella primera tarde en que salieron hasta el Gran Parque de la Cosmópolis.

Era bajo uno de los crepúsculos invernales, en que parece morir el día como si fuera un ebrio mercader de oriente que vestido de púrpura se sucida entre una loca dispersión de todos los colores de sus telas y los brillos de sus joyas.

Víctor estaba bueno y Alba era feliz por esto. El paseo de aquella tarde fué para los dos molesto. Como entraran en medio del desfile de carruajes, los saludos comenzaron desde el primer momento a señalarlos. Y tanto Ella como El, veían en cada saludo de esos, algo como una felicitación que, atendido el género del

"Mal", era irónica y hasta procaz. Hay saludos que son puñaladas. Víctor creía hallar en cada mirada de sus amigos, una como exclamación curiosa, debido al hecho de verlo vivo y con el semblante sin señales... Pues él conocía a ese gran mundo elegante y supremo en su distinción; él sabía muy bien que allí había leprosos enmascarados; que a los leprosos descubiertos les gritaban: leprosos! El sabía que bajo muchos de aquellos sombreros existían calvicies producidas por el paso arrasador del "Gran microbio"...

El sabía que entre toda esa gente cruzaban muchas barbas que eran como telones alcahuetes que encubrieran cicatrices de reveladoras... El sabía que allí pasaban muchas sonrisas de dientes postizos cuyo origen era el estrago del mercurio y del yoduro. El sabía que pasaban también espaldas encorvadas de una manera sospechosa y extravismos de pupilas y de labios asimismo sospechosos...

El sabía que todo aquel mundo enguantado, erguido en el fondo blando de sus carruajes, circunspecto y sonriente, ocultaba también fango entre los torrentes de su sangre y drogas salvadoras en sus huesos y sus vientres. El llevaba las dos cosas. Acostumbrado al vértigo de la mascarada, les sonreía a todos y preci-

samente para aquellos que hubieran necesitado una frase profiláctica, tenía una sonrisa de más saludable preferencia. Víctor Bernal entendía a la Vida y a los hombres...

En una frase: estaba habituado a la comedia pérfida y grotesca. Su existencia se había deslizado igualmente por los salones que por los teatros. Desde que se familiarizó con unos y otros, supo sonreir ante los cómicos y ante la sociedad. Era un hombre del siglo. Mas, no por su manera perfecta de comprender las cosas dejó de perturbar su espíritu aquel primer paseo después del éxodo siniestro...

Le fué como el exhibicionismo forzoso de una gran miseria que redime por el esfuerzo, extraño y pagado. Tuvo tristeza de sí mismo y sintió cólera contra el criterio social, al que consideró estúpido y cobarde, como un criminal que ejecuta a otro criminal poniéndose guantes blancos para ello...

Alba, la vellísima, la victoriosa de las dominaciones unánimes, no veía como él el conjunto de las cosas y las almas. La suya era de El por entero. Lo amaba más que nunca; lo sentía como redimido de la tumba; su cuerpo ardiente presentía ya, un viento de energías detenidas como las rosas presienten las tempestades. Apreciábalo ya sano y fuerte; lo sentía El suyo incomparable de medio año atrás. El

suyo, que apagaría los incendios contenidos de su cuerpo bello Y a esa idea, sonreían sus grandes pupilas de mar, y en sus labios se anunciaban unos como temblores de besos devosadores Por sus senos, como por sobre dos olas preñadas de tormenta, y por sus caderas, como por sobre dos liras sonoras y rotundas, parecía pasar en ritmos quemadores el Cantar de los Cantares de la bella Sulamita...

Porque Ella era plena de Vida; porque sus artierias eran un caudal puro y ardiente; porque sus nervios brivaban al gran ritmo de la juventud; porque en su corazón había palpitaciones presurosas, de vuelo de palomas en derrota y porque en su alma con luz reverberante de Sol en el "cenit" del infinito, radiaba el fuego de su amor por Víctor; por su enfermo Víctor... Enfermo, pero de Ella. Todo íntegro de Ella!

Pensaba y sentía así; revelándole esa manera de pensar y sentir en frases de dulzor supremo; en cuidados que eran mimos de provocación; en caricias que definitivas hubieran sido si El no hubiera estado tan delicado. Pero qué más que tenerlo ya bueno? se decía mirándose al espejo dos noches antes de aquel día del paseo.

¿Qué más que tenerlo ya bueno? y ante todo suyo, sólo de Ella, apto para los besos su-

premos... Y principalmente con la experiencia adquirida...

Porque era evidente, tanto Ella como su madre, podían asegurarlo de antemano, que con tan espantosa lección, Víctor Bernal dejaría de ser calavera...

Un andrajo de celaje rojo, vagaba aún sobre la fragua del ocaso, como si hubiera sido el último rastro sangriento de un herido que pasara, cuando al trote del gran tronco de "Kochneys", llegaron a la casa; palacete de dos pisos en aristocrática Avenida. Como galgo que salta, el lacayo descendió y doblado el espinazo bajo el imperio de la costumbre y el salario, quedó de pie ante el estribo del carruaje. Pasividad convencida.

—¿Queda la victoria enganchada, o se pondrá el "coupé"?

—Ninguno de los dos. Desenganche. Y como en espontáneo movimiento de amor, las manos de ambos se tomaron con amante pasión y lentos, bajo el diálogo de un suspiro largo de Ella y un suspiro largo de Él, subieron la escalera por la guía de alfombra carmesí. Fué Ella quien quitándole el derecho a la doméstica, le recibió el sombrero a Víctor. Sin detenerse en el saloncito atravesaron el gran salón y saliendo al corredor por la puerta de cristales entraron a la alcoba. Desde el "plafond" de azul

Regio era el baile. Ya declinaba el Invierno. En los horizontes lejanos como una corte floral que se anuncia, se presentía la marcha invasora, perfumada y radiante de la Reina Primavera... Era aquella fiesta como un Miserere luminoso cantado al Invierno yerto que moría entre sus lívidos sudarios. Mar de resplandores formaba la luz en la gran morada del señor aquél: todo naufragaba en haces de oro. Luz eran las salas, los corredores y los patios enflorados. Luz los semblantes y los trajes de las damas. Luz las copas cristalinas, rutilantes por los oros del "champagne". Luz, blanca luz era la que daban los manteles en las mesas opulentas del "bufet". Y la música, como una gran confusión de melodías luminosas, vagaba entre la luz de las miradas, entre la luz de las sonrisas y entre la luz radiante de los focos.

En vértigo de sedas y de blandos movimientos cruzaban las parejas sobre el blandor de las alfombras de Bruselas... Era el vals. Las nevadas pecheras de los "fracs" desafiando la nieve de los pechos agitados bajo la coraza de los corsés; los talles mecidos por los talles; los brazos oprimiendo las alburas como negras sierpes, al choque inquieto de las dobles miradas. Era todo como una sensual confabulación de armonías, de blondas, de giros,

de amores, de risas, de ensueños y de citas, de farsas y boatos, de sonrisas, de apariencias, de proyectos y de... cuernos! En el grande y soberbio salón del palacio, pleno era el placer distinguido, en tanto que en la calle el frío mordía entre los aullidos de un viento venido de las cumbres encapotadas en la tiniebla de la noche... La reacción de Víctor Bernal era casi completa. Por complacer a Alba había accedido a ir a ese baile. Sentía por ella algo semejante a una adoración idólatra, después que pudo estimar todo lo que había sufrido cuando él yacía bajo la postración terrible de su "Mal"... A la infinita pasión con que él la amaba antes de su caída, al levantarse de ella, se unió la gratitud; y esto hizo de Víctor Bernal un violento fanático de su mujer. Vivía íntegramente para Ella. Sin embargo, aquella noche se sintió molesto; mas esto fué al principio de la fiesta únicamente. La enfermedad asoladora parecía haber ejercido sobre su alma una especie de transformación. Comenzaba a experimentar algo cual un hondo desprecio por la sociedad... Durante su enfermedad había conocido la falsía de sus afectos, y después de ella comenzaba a entrever la perfidia de su corazón.

El saba muy bien los comentarios que como un hervidero de bajezas se habían alzado

en torno de su nombre cuando gemía bajo los tormentos de su mal. El sabía que se le increpó y hasta llegó a calumniársele y a vérsele como a un delincuente por haberse casado sabedor de su emponzoñamiento... Así lo decían...

En eso consistía la calumnia; y por eso, y por ver ahora ya con la frente alta y el cuerpo firme, cómo la misma sociedad lo rodeaba para lamerlo, era que comenzaba a despreciarla con una especie de asco. Sin embargo, la alegría de la fiesta lo invadió como un contagio, y tuvo risas y tomó parte en el baile y fué el mismo gentil y triunfante "león" de otros días; y ya completamente bajo el dominio del vértigo, se dió a libar "champagne" con sus viejos amigos y entre cigarrillo y cigarrillo, mordiendo una galleta, o mordiendo algún nombre con los dientes de su "esprit" y su ironía. Mientras tanto, Alba pensaba en él prisionera entre la marea del baile; vagorosa y luminosamente bella en medio del torbellino, tal como si fuera un astro blondo caído en medio de un jardín lleno de temblores. Estaba divina en su tocado de gran "soirée". Su traje era de raso vaporoso, envuelto en una como red de viejos oros. Sus cabellos imitaban un yelmo griego de bruñido bronce ceñido por una faja de perlas y rubíes. Todo

su cuerpo palpitaba bajo las telas; su seno era una onda preñada de turbulencias; sus caderas al mecerse bajo el ritmo del vals, eran como dos grandes clamores de lujuria; sus pupilas irradiaban, semejando a dos lagos profundos y bañados por un sol de mediodía; y en la púrpura carnosa de sus labios, cantaba gloria una ronrisa en que los besos estaban prontos a volar...

Víctor Bernal bebía "champagne" mientras ella bailaba, y cuando no bebía dábase en hacer la corte a la esposa de un amigo, que era bella, que era voluptuosa, y que Víctor sabía estaba cansada de su marido, porque no era más que un vejete corrompido cuyas fuerzas no alcanzaban sino para hozar en los cuerpos de muchachitas impúberes. Renato de Vera también estaba en aquel baile y había sido por una vez la pareja de Alba, volviéndolo a ser, una vez más, en los momentos mismos en que Víctor hacía confidencias definitivas a la esposa de su amigo, poseído de la decisión que da el "champagne" espumoso. El, Renato, elegantísimo bajo el "frac", con la hermosura heroica y férrea que tuvieron sus antepasados guerreros y conquistadores, la ceñía a Ella, llevándola en medio de la cadencia suave y lentamente, bañándola con la mirada dominadora, mirada de acero, como la de su padre. El ami-

go de Gabriel Herran era esbelto. fuerte y arrogante; parecía un joven caballero medioeval, hecho para llevar el casco y la coraza de la guerra y los torneos. La prosapia de su sangre y el orgullo de su alma, se adivinaban al mirarlo. Entre sus labios dormía un gesto de ensueño; la palidez de sus mejillas y un surco prematuro sobre su frente amplia, lo delataban como a un adolescente que ha vivido con intensidad. Los ojos de las mujeres lo miraban con languidez...

Alba lo había conocido esa noche. Víctor mismo fué quien se lo presentó, recomendándoselo como al hijo de uno de los más grandes amigos de su padre. Y Alba había sentido un leve estremecimiento cuando aquella mirada cayó, como una luz metálica, sobre la suya; y algo cual una impresió nerviosa recorrió su cuerpo de Diana, cuando se sintió ceñida por aquel brazo suave y poderoso como una boa. Y enmudeció bajo el influjo de su palabra que era acariciadora, quemante, impregnada de insinuaciones y florecida de pensamientos raros y audaces. Renato le habló primero de la sociedad, a la que no se mezclaba por temerla como a una emboscada; le habló del desencanto de la Vida y de su única redención: el Amor. Y al hablarle del amor, se lo presentó como algo hecho de llamas y de temblores;

desposeído de romanticismo; de ese sentimiento que siempre termina con el tedio, que es el Cementerio del Amor... Se lo pintó impetuoso cual un tumbo del océano coronado de espumas; ardiente como un hálito de lava; idealizado por el abrazo supremo; divinizado por el peligro... Así le habló Renato de Vera del amor, a Alba. Le habló, como hablaba de él, su amigo Gabriel Herran; como en sus confidencias se lo había descripto, como en sus creaciones literarias lo cantaba. En la verdad y en la belleza.

El corazón de Ella tembló aquella noche sin quererlo. Y Renato también tembló, oprimiendo aquel cuerpo, y en el fondo de su alma pagana sintió que pasaba una garra voraz que hizo palpitar toda su sangre, sintiendo al mismo tiempo que en sus oídos clamaba la pasión con voces imperativas y llenas de esperanzas... Entonces fué cuando se dijo, como comunicándose un tenebroso secreto a sí mismo: "¿Si ella llegase a ser mía? ¡Si lo llegase a ser!".

Si Ella!...

En esplendor languideciente declinaba el baile, pero todo brillaba, todo era luminoso y dorado en aquella recepción de la opulencia. Dorada la luz que iluminaba los salones dorados; dorada la sociedad que los llenaba, doradas las frases que volaban de las bocas, dorada

la fama de las gentes de la casa, dorado el "champagne" que espumeaba entre las copas. En los muebles y en los marcos de los espejos y los cuadros habí aoro. Oro tenía el millonario satisfecho y estúpido, estupidez que era elogiada por los mercenarios de la sociedad dorada. De oro eran todas las sonrisas, y "Los oros de la Vida", llamábase el último vals, que la orquesta preludiaba como un anuncio a la agonía de la fiesta. Anunciáronse "lanceros", cuando Alba le recordó a Víctor que era hora en que debía partir. "Tú lo mandas, querida", murmuró El, con esa obediencia que más parece un mandato en boca de algunos maridos que no han claudicado imbécilmente ante la debilidad de las faldas; debilidad que, sin embargo, es una fuerza. Víctor Bernal, no obstante adorar a Alba, no pertenecía a la especie de los esposos borregos.

—Fíjate que ya casi amanece, hijito — exclamó Alba a su oído con voz suplicatoria.

—Vámonos — le respondió Víctor con desdeñosa complacencia.

Se despidieron: El, apretando las manos que se le tendían afablemente, y Ella, perpetrando ese gran delito contra la higiene, esa manifestación en que duermen las infecciones y los contagios; esa ridiculez, hija de las costumbres atrasadas, el beso dado y correspondido en

las mejillas y en las bocas de las amigas.

Y en tanto los lanceros, cual una armoniosa carcajada, que cerraba la recepción con el triunfo de sus notas, ellos descendieron la gran escalera de mármoles y ónix, náufraga en luz resplandeciente; adornada por sus estatuas y por la guardia de honor que hacían los lacayos galoneado y serviles en su orgullosa condición de perros. Un portero llamó, con imperioso grito, el carruaje de la pareja. Hubo en el instante estremecimientos de caballos y cocheros. Especies hermanas en animalidad, y ante la gran portada del palacio, detúvose, a los breves momentos, el reluciente "coupé" de la pareja, semejante a un nido de amor. Su interiore de raso rosa, blando, tibio y perfumado. Y Alba penetró en él como si fuera un montón de espuma, perdiéndose en la sombra. Siguióla Víctor, que estaba lívido y con las pupilas nubladas, como por un pesado nubarrón de borrachera. Tronó la portezuela con hueco sonido, y bajo la luz doliente de las últimas estrellas, envueltos en el frío de la alborada, muda Ella, mundo El, cruzaron las avenidas desiertas y embozadas en los mantos de la niebla.

.. ..

.. ..

Silenciosos entraron a la gran alcoba nupcial. Ella había tenido que ayudarlo con su

brazo a remontar la escalera, porque sus miembros le pesaban bajo las decadencias del alcohol. Las alfombras de aquella estancia eran espesas y de colores pálidos. Al centro destacábase el gran tálamo, el lecho de los amores, cuyas colgaduras parecían guardar ecos de besos ardorosos y gemidos entrecortados...

Era anchuroso como para retorcerse ampliamente; lo sostenían cuatro colmnatas de ébano, y en sus respaldones aparecían talladas dos ninfas con los dedos sobre los labios en señal de silencio. El resto del mobiliario era de madera de haya; todo él suntuoso y elegante. En uno de los ángulos se alzaba un gran ropero antiguo cuya luna estaba sostenida por garras de grifos... El balcón, como las dos puertas laterales, estaban ocultos por espesos cortinajes de brocado malva y oro, y la luz era tenue y apacible; era una luz cual de santuario; propicia a la pasión; provocadora a consumar los ardientes sacrificios de Afrodita... No era esta la misma alcobo en que dos meses antes, Víctor Bernal se debatía entre las torturas de su trágica enfermedad, ulcerado y macilento...

La camarera había acudido a desvestir a la señora. Alba, no aceptó sus servicios; se desnudaría por sí misma. Tambaleante cerró Víctor la puerta y arrancándose la ropa más que quitándosela, se arrojó al lecho y se durmió

tras algunas nerviosas vueltas; con ese sueño letárgico y lleno de visiones e incoherencias que produce la ebriedad.

Del baile había salido firme, pero su debilidad, apenas tonificada por los remedios salvadores, el movimiento del carruaje y el brusco cambio de temperatura, habían influído sobre su cerebro de una manera definitiva.

Alba sufría al verlo así; era la primera vez y sabiendo que no se le había producido esa beodez por vicio, sus ojos le miraron piadosamente y en sus labios no tembló palabra ninguna de reproche.

Acercóse al lecho como al de un niño al que no se quiere despertar; lo vió dormir por un momento y al convencerse de que lo estaba profundamente, caminó hacia el espejo gigantesco, y ante la luna argentada por los suaves reflejos de la luz, se puso a desnudar. El luengo abrigo cayó de sus hombros como el manto de una Emperatriz. Sus manos lánguidas y albeantes, zafaron uno a uno los agrafes de su traje de blancuras y de oros. Quedó suelto éste y a semejanza de dos garzas que se desperezan levantando sus cuellos, sus brazos emergieron de las mangas: blancos, torneados, mórbidos y como cansados. Brazos hechos para ceñirse enardecidos por el amor.

El rico vestido fué rodando lentamente pa-

reciendo a una túnica de nubes. Al llegar a la altura de las rodillas, lo contuvo y sacó una de sus piernas de entre sus revueltas arrugas, después la otra, y agachándose lo alzó para dejarlo con descuido en un sillón, en que el abrigo y los guantes reposaban. Los hombros aparecían desnudos; cruzados sobre su redondez alabastrina por las cintas que sostenían la camisa. Con su "crac-crac", característico, los broches del corsé de raso rosa, se fueron desuniendo; destrabó las ligas sujetas a las medias y quedó despajada de él. Sus senos parecieron erguirse tumultuosos bajo la camisa, y una onda de perfume tibio, turbador como un afrodisíaco, pareció brotar de las blancuras. "Odore di femina", que enerva como las flores salvajes de la India... Ella había leído un cuento francés en que decía el autor, que cuando una bella mujer se quitaba el corsé, era un instante solemne para el amante que veía, porque toda la belleza de las formas brotaba siempre de entre aquella coraza cual una incitadora cascada de secretos perfumados...

Y ella recordaba siempre este cuento cuando se iba a quitar el corsé; sonreía maliciosa y burlona, pensando cómo sería el autor del cuento. Pero esa noche, sin saber por qué, se le ocurrió que el ignoto escritor debía ser como ese Renato con quien había bailado, y se ima-

ginó qué haría si su figura esbelta y fuerte estuviera allí a su lado mirándola, casi desnuda, con sus ojos acerados y quemantes...

Y Alba no supo por qué sintió correr sobre su cuerpo una cálida honda de rubor y algo como un estremecimiento, tal como el que había sentido cuando el brazo nervioso de Renato la ciñó para bailar... Y sin saber tampoco por qué, volvió la cabeza bruscamente hacia la cama, como si hubiese temido que Víctor estuviese mirando su rubor, su estremecimiento y sus ideas...

Hay veces que en la soledad y aun en la sombra, al recuerdo de ciertas cosas o al recuerdo de ciertas ideas, enrojecemos como avergonzados o temerosos. Después de la mirada al lecho, continuó desnudándose y lo hizo deprisa; con cierta nerviosidad involuntaria en medio de la cual flotaba el recuerdo de Renato con el de sus palabras acariciadoras como la lengua de un perro. Quitó el adorno de perlas de sus cabellos y los fué desnudando hasta que rodaron sobre su espalda turgente, cual una catarata de oro viejo. Su belleza de hembra soberana adivinábase plena y poblada de secretos calores bajo la batista casi traslúcida de la camisa que apenas llegaba al nacimiento de la corba... Metió las finas manos por debajo hasta llegar a la cintura y con tacto, se des-

pojó de los calzones que eran anchos y guarnecidos de ricos encajes. Al hacer esto como también al agacharse para libertar los pies, sus muslos se descubrieron casi totalmente. Albas opulencias, duras, y transparentando la sangre ardiente bajo la epidermis. Muslos llenos de blancuras y de ocultas nerviosidades, como fueron los de Cleopatra, como han de ser los de Lina Cavalieri, como debieron ser los de María Magdalena o los de Santa Teresa, la gran torturada de deseos.

Despojóse de las últimas horquillas, descubriendo, al elevar los brazos, los nidos blondos y rizados de sus axilas, junto a uno de los cuales un redondo lunar se destacaba como una obscura mosca posada en una rosa. Lavóse la boca con elixir perfumado y avanzó hacia el lecho. Sentándose sobre su borde se despojó rápidamente de las zapatillas y de las medias que eran blancas y de seda. Al hacer estos movimientos, sus senos victoriosos, indomables bajo la camisa, casi salían fuera de ella. Eran punzantes, mórbidos y alborescentes como dos grandes copas guardadoras de la pasión y la vida. Una mano sobre ellos los hubiera sentido palpitar con el fuego de la fiebre. Levantando las ropas de la cama, alzó sus pantorrillas, que eran esbeltas y bellas como dos ánforas de arte; cubrióse hasta la altura del vientre y ce-

rrando los opos con unción se santiguó rezando algo muy breve...

Tras esto, hizo con la mano en la faz pálida de Víctor, una levísima caricia casi imperceptible; llevó la diestra al botón de la luz... La estancia naufragó en la sombra perfumada y no se oyó más que el rumor de su precioso cuerpo que se hundía en las blanduras y el eco suave de un reloj oculto en la penumbra...

.. ..

En vano pretendió dormir. Estaba nerviosa, acalorada, inquieta y llena de atropellados pensamientos. Cerró los ojos y un montón de absurdas visiones la invadió. Veía la gran sala del baile, desbordante de parejas que bailaban en un violento torbellino, bajo los acordes de una música frenética.

Ella se sentía en medio, hallándose llevada por los brazos de ese Renato que la ceñía febrilmente en medio del vértigo, vértigo en el cual las mujeres y los hombres parecian celajes impelidos por un viento de ormenta... Y cada vez este torbellino diabólico se agigantaba más, no sintiendo ella nada bajo sus plantas; padeciéndole volar sobre alfombras; tomada por aquellos brazos musculosos y pasionarios, comprimido su pecho por otro ileno de palpitaciones; opresos sus labios por unos

VI

.. ..

Se desplomaba el Sol del mediodía sobre la gran ciudad cuando ellos despertaron. Alba inundaba con el torrente temblador de sus cabellos un trozo de la almohada. Estaba bellamente ojerosa y una palidez de cera le invadía el rostro, dándole un tinte aletargado de mística belleza. El estaba lívido, cuasi desencajado, con los labios marchitos y las pupilas apagadas. Con languidez dieron principio a un diálogo sobre el baile... Las frases surgían de sus bocas llenas de flogedad y displicentes. Callaron sin terminar lo que hablaban. Quedó Alba de espaldas formándole a El almohadón con uno de sus brazos mórbidos de cuyo hombro habíase descorrido la roja cinta que sostenía la camisa, dejando así casi al descubierto el uno de sus senos. Sus miradas se perdían como un ensueño...

Era su silencio soñador y reflexivo al mismo tiempo...

Pensaba algo muy grave, muy grave, muy...

¡Qué manera tan extraña y dominadora la de aquel joven que le había hablado en el baile!...

El recuerdo de su figura y el de sus frases le llenaban la imaginación como si estuviera ante sus ojos. Sin ser hermoso, su semblante la había dominado. "Señora, el beso no es para una sola boca; el beso debe ser como una mariposa que se aduerme en todas las flores que la atraen" — le había dicho.

¿Por qué la había hecho rubirzar aquella manera de decir de ese señor?

"¿El beso no es para una sola boca?" Ese hombre era un grosero o un...

Y aquella última frase que le había dicho: "el amor, cuando es misterioso y peligroso, es verdadero amor; lo demás es vulgaridad"...

Si aquel hombre se propondría... ¡Ja, ja, ja!...

— De qué te ríes? — sorprendido, le preguntó Víctor.

—Ja, ja, ja, — repitió la carcajada.

—Dime, de qué ries. ¿Estás loca?

—Me río... No... Nada...

—¿Y entonces?

—Es que me acuerdo de una conversación con una amiga... — y como comprendiendo que había sido indiscreta con su risa, se vol-

vió hacia él, le ciñó nerviosamente y tras de besarlo una y otra vez, mordióle la mejilla como en ansias de estremecimientos... El se sentía terriblemente decaído. Dolíanle el cerebro y los riñones. Estaba afligido con aquella cenicienta palidez de otros días, y sobre todos sus miembros sentía le pesaban como una morta ola de cansancio.

Fué ella la primera en levantarse. Perezosa saltó de la amplia cama; tuvo un largo bostezo; hizo "algo" que no quiso hacerlo delante le El, y para "eso" fué a ponerse tras del alto respaldo de la cama, sin reparar en que el mórbido trozo de sus caderas re reflejaba al desnudo en el espejo del ropero y que Víctor se reía de verlo. ¡Era tan bella! A la una, estaban los dos en el comedor.

Ella fresca, olorosa a colonia y llena de apetito. El, pálido, con profundas ojeras, callado y poseído de un decaimiento raro, soporífero y medio dolorido que le hacía pensar en aquellos días del "Mal terrible"...

Era su alma, en esa mañana, como un mar que ha sido revuelto horas atrás, por ruda y súbita tormenta. Sus ideas se balanceaban en el fondo de su cerebro como calladas olas; sin una alteración, sin un pensamiento, sin una locura tan siquiera... Nada fijo. Lo dominaba una quietud casi mortal que era, a sus nervios,

como la negación de la Vida. Sufría, y su intenso sufrimiento ni tan siquiera estallaba en una rebelión de su carácter, ni de nada. Estaba como embrutecido. Era una rara dualidad de energías y de corrientes; era la fuerza del carácter alzándose en uno como cántico de Vida, y era la vida de los nervios que dormía como en un soponcito asolador de muerte.... Además, Víctor Bernal se preguntaba el por qué de aquel raro sabor de otros días dentro de su boca esa mañana. Ese sabor casi pútrido... Después de terminar el almuerzo, como el reo que va al juez que lo ha de sentenciar, El fué a un espejo de aumento donde miró largamente su cara, su lengua, su garganta y hasta las raíces de su cabellera... Tenía ese terror mudo que nos dan los peligros que pueden volver.... El gran médico, su amigo Alfredo Grott, le aseguraba haber entrado en la senda segura de la salud... Pero sus palabras también le habían hecho saber que el "Mal terrible" era traidor; que con cualquier exceso, con el más leve contratiempo, podía aparecer de nuevo, tal como el fantasma de un muerto, según los espiritistas: se aparecería al evocarlo. Y la evocación de la trágica enfermedad reducíase simplemente a quebrantar el régimen impuesto por la ciencia... El joven se notaba culpable. ¿Por qué haber bebido tan-

to en aquel baile? ¿Por qué durar en él hasta la hora en que palidecían las estrellas? y, sobre todo, y esto lo ruborizó: ¿por qué haberse portado "así" cuando la penumbra perfumada de la gran alcoba, a pesar de las decandencias supremas del alcohol? ¿por qué haberse portado como lo hubiera hecho allí en Babilonia de Francia; allá en París, la Villa de las energías supremas y de los decaimientos infinitos?... ¿Por qué hacer coro a los febricitantes arrebatos de su Alba, cuando él no era sino un convaleciente? ¿Por qué los refinamientos de esas caricias raras, superplacenteras, pero agotadoras, que allá, a las orillas resplandecientes del Sena, había aprendido? Y eso que esas caricias no habían venido esa noche... Pero... ¿Por qué? ¿Por qué?... Mirando su rostro amarillento, sus labios descoloridos, sus pupilas opacas, sus ojeras amoratadas, pensaba así ante el espejo de aumento, Víctor Bernal... Y era aquella lúgubre forma de razonar, como el remordimiento de algo irreparable. Se sentía una bestia, un conjunto grosero de sensaciones vulgares, incapaz de una disección valerosa y definitiva: cobarde y hasta indigno de vivir.

Porque experimentaba la convicción de que en esa noche no había hecho más que arruinarse sobre sus propios escombros... Para qué había ido a ese baile? ¿Por ser amable

con Alba? ¡Por eso! Ella era la única culpable. Sintió cólera de Ella, de la sociedad, de las costumbres, de él mismo, del mundo, y, como si pavorosa batalla se hubiera librado entre los abismos de su espíritu, arrojó el espejo contra el suelo, y demudado, desfalleciente, se abalanzó sobre el balcón, como si desde él hubiera querido imprecar a la existencia y escupirla, mostrándole el puño trágicamente cerrado...

El Sol resplandecía cual un inmenso lampadario colgado de una bóveda turqu... En la calle crepitaba un tumulto de Vida, atronador, innoble. Y detrás de sus espaldas, como una gigantesca flor de carne, hehca deseos, hecha amor, hecha esperanza y fuego, Ella, la bellísima, se alzaba mirándolo muda y sonriente...

Y en tanto que sus ojos, como dos lagos profundos, lo envolvían en cándida mirada, su mente evocadora, cual si reconstruyera los recuerdos de algo que fué bello y que pasó, establecía la causa de tal decaimiento en las fases tormentosas de esa noche inolvidable...

Después del baile, cuando radiaba el aura; presa por el recuerdo de aquel Renato...

Y era su sonrisa, en ese instante, como la lúbrica sonrisa de una Safo triunfadora...

VII

El espantoso "Mal", como el Tiempo, tiene intermitencias. Crece, decae, se estaciona, se agita y es traicionero. A días supremos de Sol y de diafanidad, suceden los nublados lúgubres, y los vendavales que todo lo doblegan y lo hielan... Después viene la luz, el calor, la limpidez celeste sobre la desolación... Así también la enfermedad de nuestro siglo. Hoy la crisis terrible; después la reacción que parece ha de ser definitiva. Mañana la caída imprevista. Lucha. indecisiones, apariencias. La reacción de nuevo... Síntomas fatales que aparecen de repente, como nubarrones en un azur sin mancha... Los nubarrones que se borran y... como todas las cosas de la Vida, la alternativa perpetua, inmutable y eternamente interrogadora como el ser o no ser del pálido Hamlet...

Transitoria fué la decadencia de Víctor Bernal, después del baile dorado en casa del asno aquel cargado de oro... En un lento crescendo

de vida y alegría, volvieron las fuerzas a sus nervios, a su mente y a su alma. El trágico espejo que lo había desalentado haciéndole pensar hasta en el suicidio — refugio supremo para las supremas cosas — fué a su ánimo como alta voz de aliento. Las sombras que encapotaban sus ideas, como una noche amenazadora, se tornaron en cintas de luz, semejantes a la anunciación de un esplendente día. Hubo en su alma, de nuevo, amor para las cosas de la Vida, y esperanza para los días venideros... La consulta con Alfredo Grott revistió las severidades de una gran inculpación, pero tras ellas vino el bálsamo reparador. Era evidente que su conducta de aquella noche, había sido como un brutal retroceso sobre todo lo realizado en el terremoto de su salud. Beber como había bebido, trasnochar de tal manera, consumir un montón de cigarrillos, excitar la imaginación en un torbellino de ideas carnales, a la vista de las mujeres bellas y después... después...

Aquella violenta explosión de caricias en la alcoba suntuosa y sálida, bajo los dominios de las burbujas del "champagne", batido por el soplo de orgías falsas y avasalladoras por lo falsas. Ella lo había domindo esa noche...

Pero había cruzado el peligro, y ya era el hombre enérgico, consciente de sus deberes,

confiado en su reconstrucción; el mismo hombre de antes de los desequilibrios de aquella noche... Alba se sentía cómplice también, pero callaba. Y su silencio era como el recuerdo de algo que acusándola la complacía y la elevaba a pensar en el futuro... Porque aun quedaban entre sus venas muchas llamaradas que apagar; porque sus nervios guardaban muchas revelaciones aún; porque en sus labios aleteaba una marcha furiosa de caricias y en su garganta un concierto inarticulado de voces de placer. Y todo se lo decía la Naturaleza con sagradas voces interiores; voces de anunciación que elevaban por sus blancuras adormidas como súbitas olas de rubor... Y por eso, sus pupilas de brillantez metálica, veían con amoroso velo, cómo en el amado principiaba a vibrar la vida tras el decaimiento desolador.

Era Ella la altísima y la suprema en su belleza, el tipo perfecto y soberano de la raza y de la especie: algo como un gran heraldo del precepto bíblico: "creced y multiplicaos".

Porque sus ansiedades no eran impuras ni mezquinas; porque sus estremecimientos no eran sino la interpretación divina de la Naturaleza inescrutable; porque era la Mujer, no la Bestia... Mas El no era sino el árbol enfermo y desastillado, de sombra insuficiente para el lirio anheloso a desflorarse ante la corpulencia

de su tronco... Víctor Bernal era un hombre conservado, no un hombre sano. Un régimen riguroso, casi martirizante, dominaba toda la ruta de sus actos y de sus instintos. De él no podía desviarse, porque el desvío lo llevaría a la caída. Para hacer la cosecha de las esperanzas, era necesario que tuviera voluntad y valor. Su pensamiento, inspirado en los mandatos de su médico así lo concebía. Su propósito era cumplir. Y cumplió por largas semanas, hasta poder contar los meses, hasta exclamar como en un Hosana! salvador: "he cruzado el peligro, sano estoy"...

De aquel tránsito horrendo no le quedaban sino dos cosas: cumplir algunas prescripciones precisas de Alfredo Grott y algunas cicatrices de color de bronce...

La palidez acusadora pareció irse borrando como las huellas de una alborada lúgubre... No sintió más aquel peso abrumador como una corona de plomo en su cerebro. Las carnes enflaquecidas comenzaron a crecer de nuevo diseñándose los mismos contornos estatuarios de otros tiempos. Huyeron esos repentinis dolores articulares que en medio de la alegría, en medio del sueño profundo, en medio de la quietud y hasta en los mismos letargos del placer lo torturaban como al influjo de una repentina

y yerta dentellada de instrumento de suplicio...

Todos los síntomas fueron quedando aniquilados bajo la mano inquebrantable de la ciencia. El "aceite gris", como una piqueta que derrumba sin tregua en el organismo dañado, fué abriendo profundos caminos de existencia...

Como muchos grandes "bienes", la droga formidable, era un mal: pero un mal salvador... Otros elementos lo contrarrestarían. La terapéutica es inagotable. El triunfo era un hecho, puesto que se había contenido el estrago del "Mal" y sus huellas comenzaban a borrarse.

Alfredo Grott, sentía el orgullo de un vencedor; pues su obra no era una vulgaridad atendiendo que el "caso" de Víctor Bernal no era calificable entre las cosas vulgares. Además, él había entrado a combatir, en medio del propio cataclismo.

Apreciaba científicamente su obra, como una gran victoria de su acierto, de su energía y de sus conocimientos. Y viendo a "su hombre" interiormente, creía escuchar el aplauso de Fourniéres y de otros grandes salvadores...

Pero su orgullo, no era el orgullo miserable de muchos médicos mediocres, no era el hecho de haber levantado a un alto sujeto de la flor social, mereciendo por esto el elogio de una

ilustre familia, las felicitaciones de las grandes gentes y el monopolio de las carcomas físicas de las mismas...

Su orgullo se reducía al hecho de haber tratado un "caso-típico" que en su carácter de humanista convencido y de investigador de los misterios del "Gran Mal", era como un título de redentor en el tenebroso mundo de las averías.

Alfredo Grott, no descendía hasta la bajeza de la "réclame" ensimismada, como casi todos sus colegas.

El era un médico, no era un mercader titulado Doctor; no comerciaba con el dolor: lo aliviaba.

*

Los días opulentos revestidos de lujo sibarita, de risas y de goces, llenaron de nuevo la existencia de Víctor y de Ella.

Volvieron a constituir la pareja triunfal, querida y envidiada del gran mundo a que pertenecían. En los teatros, en las reuniones de la élite, en los paseos suntuosos, el auge de su nombres reapareció, como si hubiera sido una radiante constelación eclipsada por un celaje repentino.

Nadie recordaba ya que él había estado enfermo, y que su enfermedad había trascendido con todos sus síntomas terribles comentándose

como algo malo y culpable cuanto malo... Nadie recordaba, tampoco, los anatemas iracundos que le habían sido lanzados por los augustos labios de doña Esperanza de Aguilar, cuando el "Mal terrible" mostraba su plena podredumbre...

Los mismos labios que profirieron frases de condenación contra el libertino de París, que según ella, "cobarde había perpetrado la desgracia de una inocente", esos labios tenían frases de agasajo y hasta de ternura para el mismo.

Todo lo atribuían a una desventura imprevista y causada únicamente por una fatalidad de la que no era El responsable.

Pues hubo conciencias cobardes tan abyectas en su temperamento de adulación, que llegaron a propalar, asegurándolo, que Víctor Bernal no era sino una víctima de la herencia; que de soltero se había mostrado como un ejemplo de buena vida, y de casado, un esposo ejemplar. Y esta leyenda circuló y se hizo credo en el ambiente, siendo su contenido un cúmulo de bendiciones para Víctor; y para su padre, una inculpación, que a la manera de un insulto póstumo y mentido, la sociedad, de la que fué atalaya de pureza, le escupía sobre la losa de su tumba, cual una guirnalda maldita. Y una de las conciencias que se rindieron a esa creen-

cia, fué la de la incorruptible señora de Aguilar; y así también la de su confesor y consejero, que habiendo sido el más rabioso para condenar a Víctor, fué el primero en absolverlo...

Todo esto era pensado, dicho y propagado en silencio: con suprema distinción, dignamente... sencillamente: hasta de una manera edificante. El no suponía nada de aquel murmullo que su nombre había levantado, surgiendo de nuevo sobre el gran escenario social. De la leyenda de las "creencias" que en síntesis era el trágico argumento de "Los Espectros" de Ibsen, no sospechaba nada. Alba sí, lo sabía; pero su obligación — su madre austera se lo había dicho — era callar... "Callar como una mártir del deber".

—El pobre Víctor no ha sido más que un desdichado. No tiene él la culpa de nada; se casó bueno y sano: limpio como un niño...

El culpable de todo, es el **podrido** de su padre. ¡Ese!

Y frunciendo el nobilísimo entrecejo, así hablaba la gran dama a la hija desdichada, delante de sus hermanas. Meses antes, cuando el yerno infeliz prorrumpía en gritos angustiosos, bajo las mordeduras del cauterio, era cuando se contraía este mismo entrecejo,

repitiendo sus pálidos labios en gesto de condenación: "Podrido. ¡Inmundo!"

"Tú tienes la culpa Alba; sufre ahora, desgraciada!"

Y lloraba compadeciendo a la hija del corazón... Pero alguien — no importaba quien —para tranquilidad de todos, había arrojado la acusación sobre el sepulcro del padre, y eso era suficiente. Tal vez si el cadáver de ese hombre se hubiera podido alzar de su ataúd, sus maxilares lívidos y escuetos, en trágica mueca de ira habrían gritado: "Mentís todos; mentís, no fuí yo quien legué a mi hijo la ponzoña terrible!"

Y como incontrastables testigos de sus frases, hubiera hablado de las desenfrenadas orgías consumadas por su hijo en Europa.

Pues era allí donde estaba el origen de su contagio: allí, en París. Era esa la boca del abismo. Su fondo estaba en los cuerpos descoyuntados de las **cocottes**; en las intoxicaciones que producen sus caricias... de a cien francos; en la carne histérica y traficada de los teatros; en el estrépito de las bacanales; en las bocas de las grandes emperatrices del lupanar, que son como un abrevadero para todos los labios y receptáculo para todos los humores...

Allí estaba la cuna de su mal. ¡No era en los

arrebatos de aquella Amparo donde se había contagiado? El lo fué conquistando entre flores y **champagne** y entre los derroches de su fortuna, que el mismo muerto le legara.

Oro le había legado ese padre; oro y sangre más rica que ese oro. El gastó ese oro y esa sangre entre las grandes meretrices; y llas, a cambio de la riqueza de la una y de la pureza de la otra, le dieron todos los gérmenes de sus histerismos corrompidos, las fatales fermentaciones de sus epilepsias y todo el veneno de sus besos y todas las levaduras de sus venas contaminadas de pantanos...

Eran ellas las culpables; culpables, pero inconscientes de sus culpas...

Ellas, la gran casta multicolor y disgnificada por el dinero; Ellas, las traficadoras semipensantes, que en el agiotismo depravado de sus cuerpos y de sus almas, esparcen la simiente matadora; Ellas, las de los besos simulados, las de las sonrisas numeradas y los enardecimientos regidos por la mecánica; Ellas, las que sus aduladores y sus **protegidos** proclaman como desventuradas, que han rodado y que la medicina denuncia como un peligro proclamado; Ellas, los **ángeles caídos,** cuyo trono es un lecho y cuya corona es una cifra; Ellas, las lívidas "flores del fango", irresponsables de los peligros ocultos de sus pétalos, puesto

que no es otro sino el mundo mismo, quien, como un jardinero hipócrita las siembra y las cultiva; Ellas, las favoritas de todos los desencantados, de todos los envilecidos, de todos los neurasténicos, de todos los nostálgicos, de todos los enfermos, de todos los sanos de todos los fracasados del amor y la pasión que no se venden...

El abrevadero universal de los instintos: el **Gran vientre,** como dijera Zola, — el preferido maestro de Medán; — era esta la pestilente fuente en donde Víctor Bernal había bebido trago a trago, entre **champagne** y entre flores y derroche de oro, el agua fatal: "Mentís todos"... "No fuí yo quien legó a mi hijo la ponzoña terrible". Así hubiera gritado el espectro de aquel padre, al escuchar en el silencio de la tumba, la voz de sus difamadores.

Y tal vez se hubiera levantado para, en un lúgubre impulso de justicia, azotar aquellos rostros con los andrajos de su propio sudario...

Alfredo Grott también supo la leyenda calumniosa; mas filósofo, como también anatomista de las almas, vió en todo ello algo digno del mundo: una correcta manifestación humana propia de todos los tiempos y de todos los siglos, y alerta la gran pupila continuó tratando su **averié,** hasta que hubo un día, en que sobre la repisa del dormitorio del elegante

enfermo, no se vieron más frascos, más cajitas, más gotarios, ni nada de esos cultivos siniestros y olorosos a farmacia, que en cualquier habitación son a semejanza de un mudo grito de desastre de misteriosa desolación o cautelosa voz de alerta para todos...

Implacable y salvadora, continuaba únicamente la aguja hipodérmica, con sus estocadas dolorosas y medidas. Pero el mercurio, también hacía su doble obra: la dentadura que antes era magnífica, lentamente se fué destruyendo, y quién sabe después...

Cada tajadura del dentista, cada extracción, repercutía en el alma de Él, como una marca afrentosa de la vida y como una risa sardónica del pasado.

Pero, silencioso, poseído de una dolorosa resignación que disfrazara de alegría, Víctor Bernal, no puso nunca queja alguna o frase de decaimiento.

En medio de la mar social, iba como un airoso bajel, cuyas velas han sido rotas por el ala de la tormenta.

Su nombre, era a modo de erguido mástil, y sobre él, como enseña de triunfo, de esperanza y prestigio, se alzaba el nombre y la belleza de la amada.

Nadie volvió a recordar que había estado enfermo. El comentario cerró al fin sus fau-

ces mordaces. No se repitieron las preguntas en voz baja, ni las miradas de inteligencia. Todo se olvidó: perdióse como la imagen de una noche lejana y ensombrecida... Las sonrisas placenteras, las frases de sinceridad, las blandas protestas de afección y los saludos reverenciales, fué lo que Víctor Bernal halló desde ese día en medio de su ruta.

¿Alusión a sus dolores? ¡Jamás!

Es condición humana, y sobre todo condición de gente distinguida, hacer el olvido de los males de los otros, cuando aludiéndolos se recuerdan los propios. Tenía, El, el convencimiento pleno de hallarse dentro de absoluto camino de salud, y sin embargo, en lo más hondo de su espíritu una como medrosa sombra se levantaba, haciéndole meditador ensimismado, triste.

Era algo semejante a una lenta caravana de tinieblas, que viniendo de muy lejos, hubiera hecho alto en medio de las desolaciones de su alma...

Las sentía crecer, multiplicarse, agigantarse, cada vez más negras, más implacables...

Y queriendo iluminarlas, sus ideas no hacían más sino cruzar por ellas como relámpagos siniestros. Con la cabeza entre las manos permanecía largos ratos hundido en un sillón, sin hablar a nadie. Sus ojos, que se habían

hecho melancólicos, parecían perderse en algo lejano y lóbrego, que ninguno alcanzaba a traslucir, ni él tampoco revelaba...

Otras veces Alba hablábale en el escritorio y le leía libros de medicina; libros en que estaba escrito todo ese proceso técnico y siniestro del **Mal** que aflige a la humanidad...

Ella nunca se había atrevido a leerlos, porque las solas láminas le daban miedo, o la ruborizaban; pero Víctor le rogaba le leyese, y Ella, doblegaba por la súplica, le leía y trataba de ocultar bajo sus blancas manos, los repugnantes grabados del volumen.

En esas veces, El, con verdaderos arrebatos de ternura, la abrazaba y le oprimía la bella faz entre las manos, y como si quisiera descubrir un enigma en Ella, la contemplaba largamente y en silencio, terminando por comprimirla contra el pecho, como si temiera que una mano invisible quisiese disputársela..

También le había dado a Víctor Bernal por conversar con los médicos, conversaciones que nunca sospechó Ella, y que El celaba que jamás las sospechase.

Pero lo que en medio de todas estas extrañezas más sorprendió a Alba, fué una especie de monomanía que tomó él, preguntándole todos los días sobre su salud: cómo estaba; si no le dolía la garganta; si no le dolía la ca-

beza o el cuerpo; si no había experimentado ardores en la piel; si no sentía los ojos cansados o con mucho calor; si no amanecía fatigada o como triste; si no...

Hasta llegar a aquella noche — lo recordaba — en que quiso mirarla toda entera, en una plena desnudez; había sido esto, simplemente, la repetición de esas nerviosas y exigentes curiosidades de los primeros días, que ella llegaba a consentirlas bajo rígidas condiciones...

Con el tiempo se fueron saciando en él esos antojos, propios de todos los amantes pasionarios: y era por eso mismo que Alba se había visto sorprendida cuando aquella noche de regreso de casa de su madre, le había dicho, tan pronto penetraron a la alcoba, tibia y aromática: "quiero verte toda por completo, amor mío. ¿Quieres tú?" Y con tal ingenuidad de niño se lo había dicho, que ella no pudo impedir que se rompieran los cristales de su risa al escucharlo.

Y todas sus objeciones, todos sus argumentos y hasta sus reproches, fueron inútiles. El, como en los días nupciales, allá en las florestas inolvidables y lejanas, se lo había exigido, lo había implorado, lo había impuesto con sus besos enervantes.

La última objeción que le había hecho, fué

la de la luz: quiso Ella que fuese la amortiguada y de tonos indecisos, que producía el globo de alabastro suspendido sobre el velador. El resistió al principio, pero al fin se había rendido a esa última trinchera del pudor vencido.

Y entonces no le había quedado más a Ella, que acceder...

Bajo los reflejos del pálido globo, sus vestidos comenzaron a rodar como los celajes que encapotaron a un astro, pálido.

La blusa de blondas primero; la falda ajustada y finísima; el corsé, que al caer, dió paso a una como cálida ola de perfumadas carnes; los calzones de seda rosa con encajes crema...

Quedaban las medias, las botas de piel de Rusia y el velo supremo: la camisa colgante de sus hombros alabastrinos. Sentada Ella en el diván Imperio, consintió en que El, puesto de rodillas, le quitase las botas y las medias, y como el artista que levanta el paño que vela su estatua, con sus manos nerviosas y febriles, zafó las cintas de los hombros y rodó a los pies de la belleza la camisa de batista que era casta y perfumada...

Se contrajo toda en sí misma, en súbito estremecimiento pudoroso y de frío; y en tanto se inclinaba acobardada, las pupilas y sus labios entre risas repetían: "Malo, malo. Eres muy malo".

Mientras clamaba así, fué que él hizo la traición: retrocedió de un salto, y antes de que tuviera tiempo de detenerle, dió la luz de las tres azucenas de cristal colgadas al **plafond.**

Radió entonces plenamente toda su belleza, semejante a una maravillosa aparición, de curvas, de turgencias y blancuras.

Primero la contempló como extasiado; en seguida se llegó hasta ella, y sin que pudiera impedírselo, tuvo que dejarlo realizar uno como atento examen de toda su epidermis.

—Déjame, que me sublevas los nervios... Déjame, déjame.

—No, querida; no, querida... — Dejó él de correr sus manos y sus ojos, afiebrados por las opulentas morbideces de Ella, y echándose a sus plantas, poseído de ansioso silencio, abrazó la gloria de sus caderas y púsole el oído sobre el vientre, como queriendo escuchar el eco de un misterio.

Ella lo miraba calladamente con los brazos cruzados sobre el pecho, tal cual una de las vírgenes expuestas en el Circo Romano.

Y así quedaron por anhelosos instantes; Ella, comprendiéndolo todo; El, escuchando sobrecogido de extraña sensación, que era verdad que en lo profundo de aquel vientre

palpitaba la **Vida**, como Ella se lo había asegurado días antes...

Y la palpitación de esa Vida, contra todos los sentimientos, constituiría en el alma de Víctor Bernal un caos de dolorosas y temidas esperanzas...

VIII

Blancas flores, flores de ternura fueron las frases de la gran señora de Aguilar, cuando la hija le hizo la confianza del dulce secreto de su vida...

Estaban en el pequeño y lujosísimo **budoir,** estilo Directorio, y era en la declinación penumbrosa de la tarde, bajo el crepúsculo en agonía, a la hora propicia para las grandes confidencias del corazón y las cosas de la vida...

Mientras Alba se lo revalaba usando de vagas expresiones para ello, expresiones que fueron truncas en el momento de decirlo todo, doña Esperanza experimentaba los transportes y los mimos prematuros de una abuela, en tanto que su hija sentía en el alma la divina sensación de su próxima maternidad.

Un nieto! iría a tener la augusta y serenísima señora... ¡Un nieto! Era ese el sueño más ferviente de su vida. Su alma mística venía acariciándolo desde antaño con una espe-

cie de ansia tesonera y callada.... La Naturaleza, o la Providencia, según ella, había negado ese don a Blanca, su hija mayor, casada desde hacía seis años con un **calaverón** distinguidísimo que dos meses después del matrimonio apreció con más sinceridad los labios de las prostitutas que los de la esposa...

Para la esclarecida dama, llegaba ahora la realización del gran sueño. Sí, era una realidad que en su imaginación austera surgía bajo la temblorosa forma de una cabecita de largos bucles, con pupilas cargadas de caricias y con unos labios muy pequeños y purpúreos que en dulces balbuceos le dirían: "Abuelita, abuelita"...

Alba, la dulce, la pálida, la bellísima de los felinos ojos reveladores de tormentas, a su vez experimentaba la sensación de un advenimiento bajado de la Gloria, como premio divino a sus angustias...

Hecha la confidencia, se quedaron ambas silenciosas, poseídas de esa pensativa quietud que siempre precede a las grandes revelaciones. Entretanto, los ecos de la tarde moribunda llegaban apagados hasta ellas...

Víctor Bernal regresó de la calle y fué recibido por la ilustre dama, con un vibrante cúmulo de felicitaciones y palabras placenteras...

. . . .

Comenzó por decirle — sentándolo a su lado — que **eso**, vendría a borrar todo el dolor y triste recuerdo del pasado... y, usando una de las más conmovedoras sentencias de su confesor, le dijo: "que esa anunciación era justo premio a su mansedumbre observada en medio de la zozobra..." "Bienaventurados los que sufren — agregó de su parte — ese hijo — concluyó la noble señora — será sano, fuerte como sus abuelos, lindo, muy bueno y muy piadoso". De que sería inteligente no se le ocurrió decirlo. Alba, para eximirse de la conversación había salido fingiendo tener necesidad de la disposición de la comida. Cuando en el vientre da la mujer pura, por vez primera la vida se estremece, experimenta un gran rubor de que ello se comprenda. Si las costumbres humanas no fueran tan hipócritas, este hecho sería proclamado con orgullo por ellas mismas. La maternidad es la más verdadera de las heroicidades. Una madre es una heroína, porque elevándose hasta el estoicismo en medio del dolor, perpetúa el dolor... Dígalo el hecho de arrojar a las fauces ciegas y brutales de la existencia una víctima más...

En honra de la buena nueva, la comida fué celebrada con **champagne**, a expreso voto de Alba, cuya belleza parecía haberse agigantado. La señora de Aguilar pareció dejar por

una hora su austeridad cuasi monjil, para tornarse en la dama espiritual, chancera y soñadora de otros tiempos... Allá, cuando las **crinolinas** se deslizaban sobre las alfombras, bajo los ritmos de la polca. En la charla de "sobre mesa" monopolizó la conversación, y en un transporte de ésta, hizo a sus hijos la confidencia de un misterioso presentimiento que la embargaba: no sería un niño, no sería una niña... Su presentimiento consistía en que debería ser un bello alumbramiento de gemelos: hombre y mujer. Ella igual a su madre, El, moreno y hermoso como Víctor...

Rechazó una **cotelet** con gesto distinguido, y como para edificarlos, les hizo la reminiscencia de la plática de un santo misionero que venía desde la Cochinchina predicando la Fe, con una abnegación de apóstol... Recorría los caminos a pie, y unos caníbales se lo habían querido comer...

Víctor Bernal lo había escuchado todo, sonriente y complacido; comentó todas las palabras de su suegra y supo hacer eco a sus afectos.

—Seré feliz cuando pueda acariciar a un hijo. ¡Seré feliz señora! — Así le había respondido varias veces, pero la respuesta de Víctor Bernal era más un grito desolador en el fondo de su alma torturada y triste, que un

voto de contento. En el fondo de su alma había terror; en el misterio de su cerebro crepitaba una hoguera de trágicas ideas; en sus ojos vagaba una nube de tristeza y en su corazón había algo que lo torturaba cual un remordimiento indefinido...

Ese oculto crescendo de sombras, se posaba en su espíritu desde hacía tiempo. Comenzó con una duda y fué creciendo lentamente, agigantándose cada vez más densa, más negra, más opresora; tenebrosa como una tormenta que avanza en la llanura; desconocida como un eco de la soledad y de la noche...

Las frases de la señora de Aguilar le arrancaban regocijo, pero ese regocijo era el de una máscara. Alba, con sus transportaciones de cariño, con sus proyectos para lo que había de venir, con sus delicadezas de **mater** embrionaria, desplomaba sobre su espíritu una inmensa pesadumbre...

¿Sentíase El padre?... Este pensamiento le produjo un miedoso escalofrío. Era cual una amenaza. Por eso, esa tarde, si las dos damas se mostraban felices, El sufría, sufría en silencio; sufrimiento tanto más hondo, cuanto que era irrevelado e irrevelable. Y en ese extraño sentimiento, en esa forma atormentada de pensar en esa como lúgubre neurosis, estaba el secreto de Víctor Bernal... Y su secreto

era ya viejo. Viejo, hondo y amargo como el mar...

.. ..

La altísima señora dobló su corazón al regocijo de la tarde. Era esa noche la más feliz de su viudez y por eso quería complacerlos; los acompañaría al teatro. Bebió el último sorbo de agua de cedrón y expuso la condición de que adonde debían de ir era al biógrafo y no a cualquiera, sino a uno cuyas vistas tenían sanción eclesiástica. Esa noche se daba la función a beneficio de la reconstrucción de un templo. Esto la absolvería de no cumplir, a las diez, con la devoción del **Divino Rostro,** que nunca había quebrantado. Era esta la primera vez que faltaba a la sagrada obligación, pero atendido el acontecimiento que la originaba, su Director la dispensaría de ese **pecado venial**... Así lo expresó a Víctor y Alba, mientras descendían la suntuosa escalera iluminada por candelabros sostenidos por estatuas.

El siervo galoneado y servil de la portería, dobló las vértebras en rendida veneración, hasta que pasó, como un celaje que se va, el último pliegue de la salida de teatro con que Alba se cubría. El **landeau** estaba esperándolos, pero quisieron ir a pie. "Será saludable el ejercicio para Alba" — objetó doña Espe-

ranza. — Lentamente comenzaron a cruzar las avenidas donde la luz sobre el asfalto gris, formaba quietos lagos de reflejos. No era la animación de esas que las grandes cosmópolis ostentan a tal hora; mas la que circulaba, rompía a trazos la quietud uniforme del conjunto...

Víctor, al lado de las damas, marchaba silencioso, ensimismado. Nada lo arrancaba de su inmutabilidad: ni el estrépito de sonidos salvajes que levantaban los tranvías al pasar, ni el trote de victorias descubiertas cargadas ya de jóvenes alegres o de parejas sospechosas que dejaban tras de sí una como estela pecadora; tampoco turbaba su reconcentración los automóviles aulladores y olientes a bencina, y mucho menos, mucho menos, la yunta de burgueses apacibles, satisfechos y abrigados, que ante las vidrieras de las grandes casas de comercio, se extasiaban como bobos en una contemplación de los objetos que se exhiben, pasando horas enteras en una charla comentada, discutida y casi siempre suspirada. Todos iguales, todos metódicos y lentos, semejantes a un desfile de bueyes y de vacas...

Esa gravedad del joven, ese silencio, esa distinguida circunspección, la señora de Aguilar la hallaba muy propia de un hombre que podía decirse iba a ser padre de familia; es de-

cir, una de las columnas más sólidas de la sociedad.

Distinta era la manera de pensar de El: los saludos que hacía al paso eran mecánicos; la Vida que desfilaba y chocaba ante sus ojos, le era indiferente. El pensaba en el terror de su secreto; en el hijo; en ese hijo cuya anunciación estaba en su alma como una voz maldita...

La noche, mientras tanto, parecía vibrar en una orquestación de reflejos estelares. Por el ambiente se desplomaba una cálida onda impregnada de perfumes lejanos. Reverdecían los negros esqueletos de las arboledas en un anunciamiento de follajes; la nieve de las cordilleras comenzaban a derretirse allá en la lejanía, tal como si fuera el traje de una novia que se despedazara; en los jardines estallaban los capullos de las rosas y sobre el azul obscuro de los cielos, la luna bogaba taciturna cual una barca mensajera del ensueño... Hasta llegar al teatro, Víctor Bernal caminó silencioso; y durante el espectáculo, también estuvo mudo. Al oscurecerse el teatro, para dar una de las vistas, Alba le preguntó qué tenía; si estaba mal, si estaba triste; por qué estaba tan raro...

—No tengo nada, hijita; únicamente estoy algo cansado. No te preocupes — repuso, y

de nuevo siguió callado. Estaban en un palco, y El se había sentado en forma que parecía una ocultación. Desde las primeras horas de la tarde de ese día, había estado hablando con Alfredo Grott. El gran especialista lo encontraba bueno, fuera de todo peligro positivo. El régimen y la fatal aguja hipodérmica, tres veces a la semana, era lo único indispensable. Y, sin embargo, de haberle animado así el ilustre facultativo, Víctor Bernal había salido triste de su consultorio. ¿Por qué He ahí la tiniebla de su secreto...

La señora de Aguilar se encontraba casi conmovida por la película que acababa de pasar. Era un drama sentimental entre personajes blasonados... Suspiró por esos viejos tiempos, y en un repentino ímpetu de sentimiento volvióse hacia Alba y le dijo: estos nuestros días en que cualquier canalla con dinero puede imperar, son insoportables. Se retiraron al comenzar la última parte y en el carruaje de gran librea que los había venido a esperar, marcharon hacia la casa solariega. El brioso tronco trotaba sonoramente a través de las calles desiertas. La media noche apenas se iniciaba, y, sin embargo, a nadie se veía. Colonial, cuasi monástico era el aspecto de la ciudad a esa hora. Todo cerrado. Todo mudo. Ni

una ráfaga de música o de luz que brotara de puerta alguna.

Los cafés cantantes, los **restaurants** permanentes, los **cabarets**, parecían al mirar las avenidas desoladas, igual que fueran casas místicas, o condenadas por las leyes. Por eso Gabriel Herran, al ver la juventud inerme, hastiada y nostálgica, pensaba un día en cómo iría a ser su despertar, cuando la plena vida del siglo, como en una apoteosis de rumores y de risas se abriera ante sus ojos...

Las funciones en los teatros habían concluído y la concurrencia que estaba en ellos parecía que hubiera sido víctima de un desvanecimiento. Unico rumor entre la tristeza de ese silencio y de esa desolación que helaba, era el de algunos coches de sitio que iban por entre las sombras como tránsfugas del misterio. Unos pasaban lentamente, eran los desocupados; otros iban bulliciosos y a la carrera, olientes a orgía; eran los portadores de vida para las fauces del prostíbulo...

Como desfilase por el lado de ellos uno de estos vehículos, Alba sintió que en su recuerdo aparecía la imagen de aquella noche siniestra en que la lluvia descolgaba sus hilos sobre el asfalto negro y sobre la tenebrosa silueta del sereno, cuando pegada la nariz a los cristales, miraba el anuncio de la ópera,

haciendo la rememoración de las veladas triunfales...; cuando el que en ese instante iba a su lado, en el mullido fondo del carruaje, gemía en la alcoba por el dolor que le produjeran las operaciones, las vendas, los emplastos y los trozos de algodón hidrofilado pegados a su cuerpo...

Lo recordaba todo... Hasta el coche que cruzó la esquina exhalando desde la obscuridad de su fondo un eco turbulento de carcajadas y el de la voz de una ramera elegante que cantaba un aria de la **Princesa de los Dólares**...

—¡Qué triste es esto! ¡Qué triste! — le suspiró Víctor interrumpiéndola de repente en el desfile de sus recuerdos dolorosos. — Nos iremos a Europa. ¿Verdad, mi vida? — agregó...

—¿Cuando?

—Cuanto antes... Mañana... Dentro de un mes... Aquí me muero... ¡Me muero, amor mío!

El **landó** se detenía sordamente ante la portada del palacete. Cogió él su mano al ascender la escala, quizás imaginándose que fuera la del transatlántico en que habían de partir.

—¿Cuándo quieres que nos vayamos? — le repitió él, al poner las plantas sobre el **hall**...

Ella encadenólo por los hombros, con la mór-

bida cadena de sus brazos, y tras la floración de largo beso, le repuso con los labios pegados a su oído:

—Cuando llegue **eso**; entonces... entonces! —y hubiérase creído que en ese instante, las estrellas radiaban menos que sus ojos...

Gloria cantaba en esa noche la Reina Primavera, en una luminosa sinfonía de brotes, de perfumes y de pétalos...

Gloria parecía cantar, en voces de cariño, el vientre de la dulce, la tierna, la bellísima, la de las verdes y magnéticas pupilas... Gloria del amor, gloria inmensa de los cielos, y las flores, y los besos...

Decidieron tomar el té. Todo en aquel comedor era suntuoso, señorial y severísimo. Creíase estar en la sala de un grande y viejo castillo. La techumbre era artesonada de oscuro roble; la mea enorme y pesada; sillas semejantes a sitiales; la porcelana antigua de Sevres, campeando en toda ella el monograma de la familia, los cubiertos de plata y de plata asimismo la copa en que tomaba la vieja dama, copa decorada con el escudo de armas de los antepasados... Grandes y antiguos óleos descollaban sobre el papel granate tachonado de flores de lis, y para conservar la tradición, un gigantesco reloj de péndulo guarecido entre la penumbra de uno de los rin-

cones, marcaba las horas con campanadas lentas y sonoras, como dobles funerales... Imaginábase al estar dentro de aquel recinto, ver surgir sobre la pesantez del gran sitial de cabecera, la pálida figura de algún frío oidor... el cuello orlado por las golas y con la espada al cinto. Y tal como era el comedor, era la casa toda. Su mobiliario, su ornamentación y sus costumbres que eran leyes.

Todo había venido conservándose de generación en generación, allá desde los tiempos del gran caballero de Aguilar y Montejo, que fué Marqués y Adelantado, como además señor de Calatraba...

Era esto cuando su majestad don Fernando VII, por la gracia de Dios, gobernaba la España e Indias...

IX

Pleno estío.

El mar.

Mañana espléndida y azul: azul como un ensueño, cálida como un beso pasionario. Una ola... Otra. Una más... ¡Otra!

Estas, estrellándose en blancas carcajadas de espumas; aquéllas, llegando blandamente hasta la arena para morir allí, como si fueran los suspiros del gran monstruo, y más allá entre las negras escarpas de los peñascos, otras más grandes que las otras, coléricas, enormes, densas y sombrías. Tumbo tras tumbo, estruendo tras de estruendo... hervores, copos...

Es el balneario aristocrático, es el hermoso **rendez-vous** de todo lo elegante y lo opulento de la gran capital. Semeja la playa larga y dorada, un movible jardín en que florecen la belleza, el **chic** y la sonrisa, como en un amable festival de coloridos, de rumores y de **flirt**...

Los ojos de las mujeres parecen impregnados de ardorosas y recónditas llamas; las cur-

vas se traslucían con blancuras de cisne bajo las claras telas, y en los labios creyérase que los besos se estremecen ansiosos de deseo...

Sobre el verde profundo de las olas, tiembla un plateado reverberar de estrellas. La hora del baño está en su apogeo. En un remanso del balneario se zambullen los hombres. Ellas... los miran con disfrazada avidez y en la intimidad comentan los aspectos. Otras se bañan a la distancia, con algo cual recelo de ninfas a centauros. Allí vibra la algarabia en una loca victoria de risas, de gritos como risas, de chillidos entrecortados, de aspavientos, de curvas templorosas y de alburas. Las telas empapadas de los trajes, se aferran a las formas de una manera atrevida e indiscreta, que hace pensar provocativamente en el misterio de sus blancuras. Viejos corrompidos y mozos sensualistas, van frente a las ondas, en un desfile lento, o yacen estacionados mirando a las mujeres que se bañan, con ojos que sobre sus cuerpos se posan como garras; ojos que las devoran, ojos que las desnudan, y llegan a soñarlas suyas entre las convulsiones y los gemidos de un arrebato de lascivia...

Estos viejos semejan sátiros encanecidos y arrugados, y los muchachos jóvenes faunos. Los primeros, ansiosos de saborear aquellos cuerpos entre las furias de su decrepitud; los

segundos, dispuestos a violarlas bajo la ira de su sensualidad. Unos parecidos a curtidos cocodrilos del amor; los otros cual si fueran audaces aguiluchos de la pasión. Pantorrillas blancas, pantorrillas rosadas, todas plenamente a la brisa y a las olas; unas esbeltas y ágiles como ánforas antiguas; otras torneadas y breves, firmes, hechas para el pellizco; unas con finísimo vello oscuro; otras transparentando los rojos efluvios de la sangre bajo su palidez... Pantorrillas de todos los diseños y de todas las edades; desde las enclenques y filosas de las niñas raquíticas, hasta las mórbidas y largas de las grandes bellezas; desde las musculosas y nervudas de las jamonas rozagantes, hasta las escuetas y torcidas de las viejas escuálidas... Nerviosas carcajadas, gritos cristalinos, brincos y espumas... Senos y caderas bajo las telas opresoras. Unos y otras como grandes exclamaciones de belleza y de ansias... Unas amplias; éstos erguidos y punzantes; aquéllos naciendo apenas; éstos plenos y bravíos; unas con modelaciones supremas, casi espirituales; otros largos y tembleques como piltrafas; unas opulentas y duras como brindándose a la fecundidad; otras núbiles, iniciándose apenas a la Vida; unas esculturales, otras provocativas... Vértigo de curvas. Vértigo de ritmos... Risas, burbujas, suspiros,

Sol... Y ante las olas y ante la batahola, el paseo en la playa ardorosa. En grupos, en parejas solitarias algunas; otras sentadas muellemente. Las pupilas quemando a las pupilas: las sonrisas en lid con las sonrisas... Plumas, gasas, flores, risas, blondas, y el cielo cual un diáfano dombo luminoso extendiéndose por sobre todo hasta besarse allá en el horizonte con las olas.

Gentilísimo paseante era también entre el tumultuoso paseo. Renato, el grande amigo de Gabriel Herran. Año por año concurría su familia a la gran playa, teniendo en ella altísima figuración. El, aquella mañana, iba al través de las arenas mirándolas a todas, con esa su vaga mirada que era cual un dúo de pasión y desencanto. Ella, su Ella, la amada inmensamente por sus sueños y sus ansias, también estaba allí. Tipo perfecto de judía: alta, opulenta, con los ojos obscuros, y como enfermos de pasiones; los labios carnosos y rotundos, hechos para los ósculos que agotan.

Chocaban al paso sus ojos y era ese choque como el mudo grito de un beso reo de la esperanza. Aristocrática y pálida la cara de soñador de El, también acribillaba a las casadas; eran su especialidad; mejor dicho: su exclusiva profesión... Un voraz lobo del mundo conyugal, en una frase. El adulterio en su

concepto, era el más noble, justo, placentero y peor comprendido de los actos humanos. El adulterio era algo lógico.

Tal se lo había dicho a su amigo Herran, una noche en que había visto en el teatro la **Rafale** de Bernstein...

La misma noche, ocupaba un palco aquella rubia fina, breve y de grandes pupilas de corza, que era la esposa de un alemán comerciante en cueros... "Es el más noble de los actos humanos", le decía al amigo, y al decírselo miraba a la fina y nerviosa mujercita, pasándose la lengua por los labios. Ella le correspondió las dos cosas, la mirada y lo de los labios...

El alemán entre tanto, se encantaba con la obra...

Alba se bañaba. Era en un remanso, y abruptas rocas la protegían de los tumbos encolerizados y del ala del ventarrón. Hubiérase dicho el baño de una Cleopatra en las azules ondas de Chipre. Estaba magnífica, suprema. Era una palpitante subyugación entre las aguas. La gloria de sus senos indómitos, rozando apenas los dormidos cristales de las aguas, al aire los ebúrneos hombros, pareciendo brillar con pálidos reflejos de oro, bajo la brisa y el Sol... La cabellera cual un montón de resplandores aprisionados en una red; ju-

gueteaban sus brazos con el agua y sus pupilas verdes, verdes como las olas mismas y cargadas de ocultas tempestades como ellas, amorosas le reían a Víctor, que, recostado a la caseta, echaba con indolencia bocanadas de humo al horizonte. Su prima la acompañaba entre las aguas. Habían sido de las primeras en llegar. Víctor tenía un **petit chalet** en el balneario. Estaba sobre la ladera de una colina escarpada, semejante a una gaviota que allí se hubiera guarecido de la borrasca. Habían observdo desde los primeros días un medido retraimiento para las manifestaciones sociales, esto debido simplemente al estado especialísimo de Alba, que se cuidaba de El, con una especie de idolatría. Eso no obstaba para que cada vez que apareciese en un salón o en paseo, fuera la misma estrella victoriosa de otros días. La sociedad misma parecía mirar con interés, la fausta anunciación; eran desde entonces más efusivas las palabras de sus amigas y más cariñosas las miradas de los hombres. A Víctor se le daban bromas y felicitaciones y de vez en vez, cual un petardo a sus espaldas surgía de los labios de algún escorpión elegante, la frase procaz y aviesa, pero enmascarada de ironía, que lanzaba una alusión hacia el pasado triste...

Mientras Alba con su prima y con una tía,

especie de cetáceo, que las acompañaba, hacía visitas o paseaba por la playa en carruaje, El iba al **Club.**

Iba al **Club** porque aquella secreta y tenebrosa sombra, siempre lo invadía más negra y más pesada cada vez... Necesitaba marearse, pensar en algo que lo dominara, que lo oprimiera para no estallar en un rapto de locura. Este estado de alma a nadie lo quería exteriorizar. El y Alfredo Grott, el clínico formidable, eran los únicos dueños del secreto. Víctor Bernal en el **Club,** jugaba y bebía **champagne**; daba fiestas y siempre tenía a su mesa invitados. Entre los brillos de tal existencia lograba olvidar la mordedura de esa como terrible mandíbula de hierro que le comprimía el corazón; mas al quedarse a solas con Ella, teniéndola delante, apasionada y tierna como siempre se dejaba sentir el dolor, se revolvían las tinieblas en el fondo de su alma...

Y era entonces que lo acometía esa rara mezcla de sentimiento de horror, sentimiento de ternura, sentimiento de piedad, y hasta de remordimiento, como aquel día que en la biblioteca, allá en la ciudad, cuando ella lo encontró leyendo libros médicos tuvo un arrebato de caricias, en el que la tomaba entre sus manos como queriendo descifrar un enig-

ma que lo aterrorizaba en el fondo de sus profundas pupilas; Ella, ya estaba acostumbrada a esas rarezas. Una vez se lo había contado a su madre, y la gran señora le respondió que eso eran consecuencias del **Mal**; terminondo con un cariñoso "pobrecito" que a Ella le había hecho llorar porque desde que se hallaba así, como se hallaba, se había tornado profundamente sentimiental... También le había preguntado otro día a Grott, qué serían esas extrañas cosas de Víctor...

—Un poco de neurastenia, señora... Eso pasa... No se alarme usted...

Así había contestado el gran especialista. Pero él muy bien sabía que no era neurastenia; El sabía el secreto, pero no podía revelárselo; no debía... Esperaba como Víctor Bernal... Esperaba...

Con lentitud dejó las olas y seguida por la prima, que era hermosa, recibió sobre los hombros la sábana que la sirvienta le tendía. Avanzó por la arena. Ya se manifestaba plenamente esa como solemne majestad que el fecundo soplo de la Especie parece imprimir en toda mujer que va a ser madre. Las caderas se habían expandido, los senos parecían hallarse repletos... el paso era medido, y en los ojos se miraba arder un sacro fuego de cariños castos...

Víctor le ofreció la mano para ascender las gradas de la caseta, cosa que Ella hizo con tacto. Ya sobre el piso, le sonrió y como para jugar salpicóle sobre la cara las gotas que temblaban en sus brazos y en sus manos.

Rodaba el Sol a pleno sobre las olas cuando las dos se hallaban listas.

Lo invitaron a El para que las acompañara al paseo de la playa.

Irían en el automóvil que les esperaba cerca. Subieron a él, y bajo clara sombrilla desplegada a la brisa, manejando Víctor, que era diestrísimo **chauffeur**, pasaron ante el desfile, en medio de un triunfo de saludos y sonrisas.

La prima cruzaba por ese peligroso tránsito que va de la colegiala a la mujer.

Era garrida, gentil, de lindas facciones y alegre. Tenía unos grandes ojos, ardientes y sombríos, como los de una mora; tenía manos suaves y nerviosas; tenía unos amores desde hacía dos meses con un gallardo subteniente de lanceros, y tenía también la prima, un leve y suave bocillo sobre el labio, que parecía provocación para los besos. Apenas pasado el meridiano, comenzó el tumulto a dispersarse, los carruajes y los automóviles comenzaron su desfile, y a la primera hora de la tarde, la gran playa estaba solitaria. Ellas ha-

bían sido invitadas a almorzar en casa de una familia amiga.

Víctor, aquella mañana, sentíase contento. La sombra parecía dormir inmóvil en lo más hondo de su alma. En el principio del almuerzo fué espiritual; bromista con la prima, y hasta con Alba misma. El señor de la casa era un potentado de las finanzas, y además un hombre cultísimo. Era joven, y como una contraposición de su personalidad de Creso, llegaba hasta expresar ideales sobre la literatura y sobre arte. En una frase: "casus bellis" en medio de esa respetable casta, en que la inteligencia se reduce a saber multiplicar y los sentimientos a una buena digestión.

Conocía a Víctor desde niño.

En Europa se encontraron, y por mutua afinidad de gustos fueron camaradas en carnales piraterías de entre bastidores, piraterías que en la patria reconstruyeron en una esfera, que si no brillante, sí muy costosa...

Las cortesanas líricas que vienen a América, cobran caro; plásticamente no valen nada, y ante todo, se ríen de los americanos...

Al embarcarse en Europa para el Nuevo Mundo, conciben el pensamiento de una Tierra de Promisión, donde sus cuerpos marchitos y excluídos de las altas tarifas de aquellos centros, alcanzarán en los americanos precios sal-

vadores para llenar las avideces de sus almas.

Cada meretriz de los escenarios es una mujer vampiro; sus cuerpos, por lo común, encierran un muladar. Sus almas, son otro muladar...

Cuando dan un beso, piensan en un billete; cuando hacen un juramento de amor, se convencen de dos cosas: de haber conquistado a un tonto y de haber ganado un capital. Todas tienen un ideal sumo: venir a América, **faire l'Amérique,** porque en América es donde la prostitución alcanza precios más altos y donde es más mala.

Esto pasa en todas las civilizaciones que principian. Dentro de un siglo será América la que exporte meretrices a continentes atrasados.

También a la mesa del Creso se sentaba un escritor. Era reputado clasicista; era un viejo caduco por lo tanto, y tenía ideales fósiles en materia moral, es decir, ideas clásicas.

Sintetizando: era un **Moralista,** o sea un sujeto que tuvo que ser demasiado corrompido para poder estar dentro de ese título virtuoso; título que constituye dos cosas: o un salvoconducto para ser un hipócrita, o un disfraz para ser un idiota.

Un leproso que se ha curado de su lepra

y habla de ella a otro leproso, ese puede ser comparado con un **Moralista.**

Catón, antes de condenar a Roma desenfrenada, se había revolcado entre las charcas de todas sus costumbres.

Para hablar del cieno se necesita conocerlo.

A más de **Moralista,** el escritor era un gastrónomo — virtud que entraba en su moral.— Siendo el potentado un epicúreo, el otro era un casi perpetuo concurrente de su mesa, es decir, un respetable parásito. Sus conversaciones tenían casi siempre el carácter de críticas; como quien dice: de miseria imaginativa, de bastardía intelectual. La crítica es el talento de los idiotas — un gran Maestro lo proclama.

Así como los mudos tienen la mímica para expresarse, los jumentos intelectuales tienen la crítica — agrega.

Aquel día el escritor criticaba la política. Su charla era cansada, árida y llena de miserias, como en sí es la política...

Las señoras le pidieron que variara de tema, como poseídas de un sentimiento de tedio y de asco. Hubo una pausa, y después de ella se reanimaron todas, por haber surgido dos cosas decisivas: el viejo tema del **divorcio** y unas langostas sobre el mantel. "El divorcio es la más grande de todas las inmoralidades socia-

les; es revelarse contra los sentimientos y contra la pureza de las costumbres"—prorrumpió el moralista sellando sus palabras con un trozo del rosado marisco.

Víctor estuvo de acuerdo con él, no por sus ideas, sino porque la mirada magnética de Alba lo acribillaba en una amante interrogación cual preguntándole: "¿tú te divorciarías?"

El potentado intervino y fué para apoyar el divorcio con toda el alma.

—El divorcio — decía — es una necesidad moral, es una puerta de escape para el ridículo; evita la tragedia, y ante todo salva a los maridos desventurados de perpetuar uniones que les resultan o un infierno o un baldón.

Para estos maridos desgraciados el divorcio es una felicidad; no entran en escándalos ni mucho menos en melodramas que son en el fondo una carcajada trágica...

Alguien también que estaba en esa mesa, hubiera podido aplicarle con toda justicia ese calificativo de "marido desgraciado".

Pero la vida está preñada de cínicos sarcasmos...

Fué su misma mujer la que con el grave gesto de una matrona romana, lo refutó arguyendo que en su concepto, "un hombre engañado debía en todo caso matar a la infiel". Y al decir tales frases — cosa rara — no hubo

palidez en su semblante, pero sí tembló su corazón... Víctor condenó esta manera de pensar y el moralista también, argumentando que un asesinato no remediaba nada, que únicamente exteriorizaba la mancha, porque si el adulterio era ignorado, la sangre de la adúltera lo proclamaría.

El moralista, después de expresar estas ideas, llegó a la conclusión de que todo contratiempo conyugal debía arreglarse con palabras, es decir, que si un marido descubría que a su tálamo llegaba otro hombre y se metía bajo sus sábanas, debía reducirse su conducta a continuar ocupando ese mismo lecho o dormir en una alcoba aparte. Eso era lo moral, lo sensato, lo armonioso...

La tragedia, nunca; el divorcio, jamás!

Santábase a la mesa también, un joven semi pariente del potentado. Era **sportman.** En eso consistía todo su talento; más claramente: no tenía talento para algo más alto. Hablaba cuando se hablaba de carreras de caballos; sabía hacerse muy bien el nudo de la corbata; se peinba con goma; comía brutalmente; su musculatura era la de un aleta, y su cerebro el de un asno... Además, lucía un enorme brillante, y por cadena de reloj llevaba un freno; bailaba perfectamente; había leído algunas novelas de crímenes, y tenía una como sospecha de que

existían unos hombres a los que llamaban científicos y a otros intelectuales. En el almuerzo estuvo mudo, con ese expresivo mutismo que es como una rotunda característica de los envidiosos que no pueden medirse y de los estúpidos que no pueden hablar.

Todo lo había escuchado en silencio; mas, cuando el vejete de las ideas morales habló de hacer las cosas en armonía, de arreglarlo todo con palabras, su silencio se transformó en pie, y ese pie, con supremo tacto, se estiró para pisar el de la esposa de su semi pariente, que era calzado de raso...

Ella, con todo entusiasmo, supo comprender este lenguaje, y al hacerlo, decía a su marido que era dulce como una caricia, pero en su fondo falso como una promesa de amistad.

—Ahora — exclamó el moralista a manera de conclusión — si es un manifiesto caso de infidelidad, con toda calma se puede adoptar un único camino salvador: llevar el asunto a un juez de confianza; al culpable se le mete a la cárcel o se le manda al extranjero, y a ella se le encierra en un convento... Todo menos el divorcio...

El pie del **sportman** como si hubiera querido expresar una carcajada, subió hasta la rodilla de la dama y sobre esa redondez hizo presión...

Correspondió ella.

Una risa sarcástica fué la respuesta del potentado a la conclusión expresada por el viejo.

—Pobres esos maridos que tienen que verse en tales cosas — comenzó a decir. — Pobres maridos esos! — no pudo concluir la frase.

Resonó un alarido, y su última hija — una niña de ocho años — rodó del asiento retorciéndose sobre el **parquet** lustroso.

En confusión acudieron todos. Unos alcanzaban agua, otros las servilletas empapadas. Se atropellaban las frases. Corrieron por el médico. El moralista vertió palabras que pedían calma. Y mientras tanto la niña en brazos de su madre, que eran incapaces de sostenerla, se agitaba en violentas convulsiones. Sus dientes comprimíanse los unos contra los otros; por entre los labios que de rojos se tornaron amoratados, brotaba una espuma blancuzca, las pupilas se le cerraban y se abrían quedando en blanco por momentos como si fueran las de un animal moribundo; las uñas se clavaban en las plantas de las pequeñas manos, y los miembros posesionados de una elasticidad aterradora, se estiraban, se encogían, se encorvaban, saltaban como si una corriente eléctrica los martirizara con descargas brutales.

Los paños empapados redujeron en apariencia aquel cuerpo núbil a una quietud cuasi mortuoria. Los músculos de contraídos que esta-

ban, se descoyuntaron como los de un cadáver. Cerráronse por completo las pupilas; un sudor frío corrió por entre los cabellos de seda, escurriendo sobre las mejillas en gotas transparentes; separáronse las dentaduras tras de leves traquidos, y una lividez cerosa, lúgubre cual la de un muerto, cubrió el blando cuerpecito a semejanza de una invasión...

Cuando el médico vino, no la habían sacado del comedor, y en ese momento dormía en el regazo de la madre. Todos, delante de ella, estaban parados, y un silencio impresionante parecía sellar los labios.

El potentado había retrocedido hasta el extremo del comedor y allí daba lentos pasos con la vista al suelo y todo él sombrío...

El médico tomó el pulso a la niña. Era un viejo gracial, con lentes montados en oro. Le alzó uno de los párpados y rotundamente dijo, volviéndose al primero que se hallaba a su lado:

—Eter... Acuéstenla.

Automáticamente fué llevada por la misma madre, que momentos antes celebraba una especie de ayuntamiento con el semi pariente de su marido... Las otras mujeres la siguieron.

El millonario exclamó, ante Víctor Bernal, ante el moralista, y ante el joven de los con-

tactos... que eran los que allí habían quedado:

—Siempre le dan estos ataques...; con el de ahora van tres.

Y continuó en su paseo sombrío, de pared a pared, retorciéndose el bigote; a momentos jugando por el **chatelet** de su reloj...

Los demás, de pie ante la mesa no concluída, callaban pensativos. Fué roto el silencio de repente por el viejo parásito, que exclamó no alcanzándole su imaginación harapienta para decir otra cosa:

—Es terrible la epilepsia. ¡Es terrible!

Y calló aquella salamandra de las letras...

En el instante mismo, Víctor Bernal pareció ser víctima de un sacudimiento. Tendió sus ojos al vejete como si hubiera sido presa de una gran curiosidad; ¿qué dice usted? Es la...

—Sí, la epilepsia, un mal muy común. Se cura muy fácilmente, como usted sabe, pero sus ataques son terribles.

—¿De manera que el ataque de la niña ha sido de epilepsia? — reiteró Víctor.

—Sí, un ataque epiléptico. Pero sanará de ello pronto...

Como despertado el señor de la casa, en ese momento, de la distración de sus paseos, invitó a que pasaran a la terraza para tomar allí el café. Estando en ella todos, Alba apareció.

Su primera frase fué: "está dormidita"...

Víctor, que iba a encender un cigarrillo, al verla a Ella, pareció estremecerse.

Algo como un escalofrío subió hasta su cerebro y tal vez hubiese exhalado una frase de angustia, si las conveniencias no lo hubieran impedido...

Era la sombra, la tenebrosa sombra que llenaba el alma, la que le produjo esa emoción...

El fósforo que iba a prender quedó suspenso en su mano; sus ojos parecieron absorberse en una mirada de pábulo sobre Alba y en sus labios hubiérase creído, al contemplarlos, que un angustioso grito había quedado en ellos congelado...

Era su secreto que estuvo a punto de decirlo en una exclamación desesperada...

Ella al verlo así, cuasi transfigurado, pensó que era la impresión del accidente que lo había deprimido. Por esto se llegó hasta la mecedora que ocupaba, y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo, quedo, muy quedo: — ¿Qué tienes? ¡Pensaría que te hubiera dado susto! ¿Qué tienes? Dime, hijito, ¿qué tienes que estás tan pálido?"

Pareció El recapacitar.

—¡No tengo nada, nada! Es... — y como en repentina explosión: — ¿Quieres que nos vayamos?

—Nos iremos, pero no te impresiones — accedió Ella, convencida de que era lo que le había dicho Alfredo Grott un día: "neurastenia".

Se despidieron de la familia. La prima les dijo, al subir al automóvil, que acababa de ver a la niña y que estaba como muerta.

—Pobrecita — exclamó con esa ingenuidad de las almas buenas.

Vctor Bernal dejólas a las dos en la casa y no atendiéndoles ninguna razón, se fué, sin decirles adonde iba.

Las tinieblas formaban una tempestad dentro de su espíritu, y, como un sonámbulo, marchó con ellas a lo más lejos de la playa; sin mirar a nadie, sin pensar más que en su secreto...

Era verdad que el verdadero expectro de la neurastenia lo estrechaba, pero también era verdad que su secreto era tremendo como una profecía...

Llegó lejos, allá donde los tumbos bramaban y se rompían contra las peñas negras y salvajes. Subió a sus escarpas, y allí, solitario y ensordecido por el grito de las oleadas, pensó...

Epilepsia... Epilepsia... Sentía que resonaba en sus oídos. Sentándose sobre el granito enhiesto, oprimióse las rodillas, entrelazando los dedos, y quedó inmóvil, absorto, mirando

al horizonte, mudo, como si en él quisiera hallar la clave del enigma que le rompía el cráneo. Las olas bramaban hervían bajo sus plantas. La imagen de la niña, retorcida por el ataque, con los dientes trabados, con los labios llenos de espuma y las pupilas blanqueantes, como las de una bestia moribunda, pesaba sobre su pensamiento como las alas enormes y lúgubres de un ave de mal agüero... Él alarido con que rodó al suelo, era en su alma como un eco funeral, una especie de sentencia horripilante. Y la imagen de la madre sosteniendo sobre sus rodillas aquel cuerpecito convulso y casi indomable, lo estremecía...

Él lo había leído todo en los libros de medicina. Alfredo Grott se lo había explicado fríamente y, también, se lo confirmaban las conversaciones que tuviera muchas veces con los médicos. ¡Era la epilepsia! ¡la terrible epilepsia hereditaria!

Era el espantoso legado del **Mal terrible**; sus consecuencias desastrosas; los **expectros** del viejo Ibsen... Él **Mal**, el lívido fantasma del **Mal**, surgiendo a través de la generación. Aquel accidente espeluznante era una de las consecuencias más siniestras de la enfermedad. Los propios **averiés** no lo experimentaban, pero lo legaban; lo legaban en el beso de sus labios contaminados y en los espasmos de sus

cuerpos intoxicados. Lo legaban en medio de un quejido de placer; lo legaban entre la sombra lujuriosa de una alcoba, tal como se lega la responsabilidad de un crimen.

¡La herencia maldita! ¡La herencia!

Y Víctor Bernal, allí, sobre la roca escueta y azotada por las olas, pensaba así, porque sabía, con plena convicción, que su grande amigo, el padre de la niña y marido de la adúltera, había tenido entre su sangre el trágico germen...

Había sido un averiado años atrás...

A eso fué a Europa; a curarse, a limpiar la sangre de la podredumbre recogida en los besos enfermos de las cortesanas de América.

La aguja hipodérmica había herido y más herido sus carnes; los depurativos corrieron por su garganta a chorros, y por eso un día pudieron decirle los médicos de Francia: "está usted bueno". Estaba bueno, era verdad; pero hacía dos años estaba casado. Dos años antes del contagio... Dos años, como El. Y Víctor Bernal, rumiando aquellas trágicas ideas, tal vez se hubiera precipitado al seno de los tumbos hirvientes, si una voz no resonara a sus espaldas; alegre, cariñosa y clara como un choque de cristales rotos.

Era Lucrecia, la prima, la de los ojos moriscos, que paseándose en la playa lo había visto

sobre la cumbre de la roca. Se sentó a su lado, y ambos miraron, entonces, estrellarse las olas, bramando, hirviendo, levantándose en palpitantes copos, como para escupir al infinito diáfano y profundo...

X

Espléndida la media tarde, en apogeo de luz y de bochorno.

Los cuerpos declinaban en una especie de agotadora somnolencia; los labios, como si los ardiese la sofocación, se entreabrían en largos suspiros de sed, y en todas las pupilas se miraba brillar ese como lento fuego anunciador de fatiga.

Era el soplo del Estío, el soplo quemante que parece agostar a las ciudades, y por los campos se difunde como si fuera el alma de la tierra que esplendiese.

En ellos todo ríe, todo luce, todo es pleno de vigor y de belleza. Azules las montañas y los mares, y verdes las llanuras: por entre juncos y entre cañas el raudal de los riachuelos corriendo en linfas cristalinas, rumor y sombra en la espesura, y en los cuerpos y en las almas la ardiente llamarada del Deseo, como si fuera el "Aleluya" de la estación sagrada.

Y la ciudad, en tanto, la gran capital, bajo

la desolación y la tristeza. Como muertas las grandes avenidas; los carruajes pasando de vez en vez por ellas a paso perezoso; como fantasmas sellados por un gesto de modorra, los guardianes del orden, gemebundos en las esquinas; las arboledas doblándose marchitas y empolvadas; los pavimentos pareciendo brotar llamas; pálidos y ojerosos los semblantes, y sobre todo, ese conjunto, con una monotonía de desierto, un cielo azul, implacablemente azul...

En medio de tal cuadro soporífero de la enorme cosmópolis, Alfredo Grott dictaba su obra.

—Descansemos — exclamó Gabriel Herran, que era quien al gran facultativo le escribía. Apuraron un vaso de limonada, y tras de fumar un cigarrillo, siguieron el hilo del trabajo.

Gabriel Herran escuchaba la palabra del gran hombre, escribiendo.

Su papel no era el de autómata que presta un servicio mecánico: Gabriel Herran era el secretario intelectual que piensa y siente. Las frases del científico surgían concretas, matemáticas, certeras, como quirúrgicos tajos de cuchilla. Alfredo Grotto lo que dictaba era un gran libro, la obra analítica y reveladora, forjada sobre los yunques de la verdad y del es-

tudio... El libro de las Miserias Humanas, podría llamarse: El libro del **Mal terrible.**

Por medio de apuntaciones, veníalo preparando desde luengos años...

Su argumento estaba reconcentrado en la más inmensa y positiva de las palabras: el dolor. En él se cimentaba: del dolor había sido sacado, de los hospitales, de las clínicas, de su consultorio, de sus visitas profesionales y de las salas de disección; de ahí: **donde la fábula enmudece** como en trágicos versos el poeta suicida lo cantara. Desde las páginas primeras, los dolores comenzaban a gemir, en un sordo grito contra la pasión y la materia.

No entraba allí la literatura; parecía huir azorada en medio de esas hojas, en que las frases eran como heladas sentencias de la experimentación. Libro escueto y comprobado del médico y no obra del escritor. El gran especialista en los misterios de los centros nerviosos, y especialista en **la enfermedad universal,** iba a poner ante las pupilas del mundo, algo que era cual la historia analizada de sus más grandes miserias corporales.

No para amedrentar, sino para salvar. Alfredo Grott no era el fatuo ni el comerciante de las desgracias físicas: era el humanista, el psicólogo, el experimentador y por sobre todo el compasivo.

Avariosis, llamábase su libro. Y en él se iría a contemplar el **Mal terrible** desde los tenebrosos abismos de sus causas, hasta el horror de sus afectos...

Todos lo scasos allí se retrataban y todos con la yerta desnudez que ostentan los cadáveres sobre los mármoles de estudio. Todos los casos: desde aquel que constituye una simple operación cutánea, hasta aquellos que se pronuncian con la parálisis, o la locura... Una a una iban vertiendo las páginas dictadas por el especialista, la cruel exposición del proceso patológico. Allí desde la entrada traidora del contagio, hasta el aparecimiento del mismo en explosión de gérmenes...

Y después en capítulos que daban frío, lo más siniestro, lo más terrible: la herencia, la ley funesta y legataria de las podredumbres. Era el libro de la gran carcoma humana. Duro y sonoro como el bronce; yerto como el mármol. Parecía iniciarse con algo semejante a un quejido de placer, a una convulsión sensual; y se iba desarrollando, iba creciendo en un lúgubre avance de gritos doloridos, de frases angustiosas, de clamores desesperados; de murmullos de idiotez; de alaridos de manicomio y de medrosos aspectos de sepulcro... Del conjunto general de tales páginas semejaban alzarse un eco triste de multitudes en

agonía... El grito de todas las razas en todos los tiempos...

Giraban allí íntegramente las esferas sociales; desde la plebe miserable hasta el hombre de casta imperial. El virus espantoso llegaba a todas las arterias. Su cuna estaba en el choque sensual de la materia y ese choque es universal. Era el **Mal** de la Humanidad.

Alfredo Grott se hundía entre las sombras de su caos, y como un solemne explorador de desventura, dictaba lo que su ojo observador había mirado; rotundo, impasible, paseándose de una a otra parte de su estudio; en medio del acopio de sus cuadernos y sus libros; consultando aquí, comparando allá; pensativo a veces; convencido de la fuerza de su razón y su palabra; mesurado y profundo como son todos los sabios...

La belleza retórica era sustituída por el árido estilo del diagnóstico; los capítulos eran los períodos del **Mal**; y a manera de trama, surgía el encadenamiento pavoroso que la enfermedad tiene, con otras que destruyen igualmente...

Gabriel Herran hallábase como fascinado por la tenebrosidad de aquellas páginas. Sentía espanto de esos capítulos, y sin embargo, cada conclusión, cada razonamiento, cada ejemplo, era en su alma como la anunciación de un mis-

terio que había sido entrevisto. Su papel de amanuense era más el de un discpulo que oye la palabra del maestro. Había momentos en que sus dedos quedábanse suspensos sobre las teclas de la máquina cual si una medrosa corriente los llenara...

Era esto, cuando se exponían y pintaban los aspectos del **Mal** en ciertos casos, como en ciertas clases. Había trozos en que entraba la sociología; y eran ellos como sombrías etapas, en medio de las cuales se alzaba la silueta del estrago dominando el montón tumultuoso de las turbas. Allí, en ese campo, era donde la ponzoña germinaba con más horrendo vigor; allí en la revoltura del populacho abandonado de las altas clases.

El germen parecía vagar en medio de sus harapos, en medio de su ambiente preñado de infecciones. Allí, las estadísticas marcaban cifras aterradoras de averiados. La causa aparecía clara; el cuadro mismo de su miseria y su abandono lo demostraban.

Muchedumbres envenenadas por el alcohol y mordidas por todas las miserias, desde aquella que se inicia con la falta de pan, hasta la que se muestra con las noches hambrientas y congeladoras. A Gabriel Herran le estremecía la pintura del escenario de los barrios bajos...

La casucha infecta, obscura y estrecha; el hacinamiento como de piara en que viven sus gentes chocando cuerpo con cuerpo, confundiéndose aliento con aliento; el del padre borracho y contaminado, con el de la madre débil y hambreada y el de ambos con el de los niños, dándoles así algo como un hálito de cieno...

La hija que por hambre sale a recorrer las calles para vender al primero que pase, las primicias de su carne núbil. No importa a quien! Sea el que fuere...

Su padre está enfermo, o está ebrio; sus hermanos, su madre y ella misma, tienen hambre; nadie les da nada... ¿Qué hacen? Lo ineluctable: antes que sucumbir bajo la miseria, entregarse sobre el lecho de la prostitución; antes que la caída por inanición, la caída por el dinero; a ser mendiga del mendrugo, es preferible ser limosnera de los besos... Y así, entre el ejercicio de esa feria ambulante, es que el contagio llega, sino en las caricias de uno, en las de otro...

Sale buena de la covacha, y al regresar a ella trae dos cosas: el pan y el virus; el uno comprado con el honor, el otro adquirido mientras lo vendía... Y puede no ser solamente para ella; tal vez en besos castos lo propague

a los hermanos y a la madre misma, como si fuera el único regalo de su vida a que su felicidad tiene derecho.

Otras veces es el mismo padre quien al tugurio trae el germen. Lo ha adquirido en el cristal de las copas en que la noche antes estuvo saciando su ebriedad; en uno de los besos mercenarios que le ha dado la primera que se lo brindó en el contacto; con un amigo, tal vez...

Y así se forma la raza. Lo decía en su libro Alfredo Grott...

Hijos engendrados con una fermentación de alcohol y de infecciones, amalgama de degeneración y de sangre corrompida; nacidos en la miseria y crecidos en el desamparo.

Los unos, viniendo a la desgracia de su existencia, raquíticos y ya cansados; otros epilépticos; aquéllos deformes e diotas; unos con la sombría noche de la locura dentro del cerebro y otros con una charca entre las venas y podridos de antemano; los otros condenados al delito...

Carne de hospitales; carne de presidios; carne para los manicomios. Carne formada de beodez y de corrupción. Carne sentenciada a la tuberculosis y a la parálisis. Carne, producto de la degeneración; carne del populacho desdeñado; carne hija de la desconocida borras-

ca de las masas; carne besada por el **Mal terrible.**

Triste caravana pintada en las páginas de Alfredo Grott. Conocida por él, estudiada y compadecida por él...

Y en las otras clases: en las medias y en las altas clases...

El libro del especialista también entraba allí como si entrara a un inmenso mar de fango cuyas olas fueran de oro... También había estragos en el **confort** de esas esferas...

El contagio, como en la casucha de los barrios bajos, traspasaba las grandes alcobas; traspasaba las colgaduras suntuosas; iba por sobre los almohadones de plumas; se cernía en medio de los besos perfumados... También allí había maridos que llevaban el germen a las esposas y a los hijos, después de haberlo recogido en el fondo de los lugares elegantes o en los labios de cualquiera traficadora de los espasmos...

También había tabernas lujosas en cuyas copas el **virus** se alojaba.

También había amigos cuyo contacto hallábase impregnado de la ponzoña...

Como en al plebe infeliz, allí también se engendraban hijos con fermentaciones de gérmenes y de alcohol. Esas clases, no daban carne para los hospitales, decía Grott.

No rendían tributo a los dolorosos escenarios de la necesidad y la desgracia, pero en cambio se la daban a las clínicas, a los manicomios y a los cementerios...

Las podredumbres allí no estaban cubiertas por harapos: las ocultaban las costosas telas, y máscaras les daban los afeites...

Allí había también hijos raquíticos, idiotas y deformes. La epilepsia y la tuberculosis también mostraban allí sus medrosos fantasmas. La plebe no tenía conciencia de su envenenamiento, por eso lo ostentaba. Las altas clases la tenían, por eso la ocultaban.

El Mal era el mismo: fangos iguales: el uno fétido, el otro aplacado con perfumes en su fetidez...

Mientras la miseria se dejaba podrir viendo desleirse sus carnes, viendo corromperse su sangre cada vez más, sin que a ella llegase una mano decidida a contener el terrible avance, las otras clases pagaban su dinero y por ese medio detenían la invasión sin que nadie lo supiera; contando para ello con la reserva del científico pagado, distinguida y hasta moralmente.

Ahí en ese ambiente, la enfermedad tomaba otro nombre, aun cuando sus aspectos fueran aún más horrorosos que en la miseria.

Eso era correcto, eso era decente, eso era culto.

. . . .

Pero Alfredo Grott, implacable, cual el juez de una causa común, e igualmente triste, dictaba al escritor sus frases desnudas y analíticas sin distinguir las castas ni los casos...

Su libro hablaba de la humanidad. Y al llegar a las alturas sociales, frío e impasible como al tratarse de las turbas, mostraba sus miserias más ocultas.

Por eso Gabriel Herran tenía momentos de estupor bajo el dictado. Su cerebro nunca había concebido que bajo **frac** y bajo trajes de baile, pudieran existir en tal abundancia las facciones del gran **Mal**...

Pero era la rígida voz de la experiencia la que hablaba... Y por eso el maestro, le decía: "Carne igual, carne minada por el mismo **Mal**..."

La una revolviéndose entre el fango, las otras recostándose entre sábanas. Unas aullando sus dolores, otras llorándolos en risas...

Esta, al través de las salas pomposas y entibiadas, aquélla entre la sombra y bajo el frío...

Para el gran médico la humanidad se traducía en una palabra: Materia...

Médico como era de la materia, por eso hacía un libro que hablara de la humanidad.

Y viendo a la parte de ella que formaba su patria, Alfredo Grott sentía tristeza...

Porque el **Mal terrible** cruzaba por todas las

esferas, a semejanza de una gran marea invasora que anunciaba la decadencia de la raza: el naufragio de sus energías, la degeneración de sus facultades, la atrofia de su grandeza en desarrollo.

Y por eso escribía un libro vaciado sobre tendencias redentoras; un libro que iría a ser como una medrosa delación; un libro que no surgiría sobre la palestra pública, para conquistar el lucro como casi todos, ni para implorar el aplauso como la mayoría. Su libro era para el Dolor y por el Dolor...

Despiadadamente lo revelaba en sus más secretas fases, en sus más siniestros aspectos para de esa revelación sacar la salvación.

A las sociedades que se forman hay que mostrarles sus males escuetamente y en toda su plenitud, para que los comprendan y los eviten, pensaba el especialista.

Quizá el Gobierno de su patria al ver en aquellos capítulos toda la inmensidad del terrible estado patológico de las multitudes, saliendo de su inacción, emprendería una cruzada para remediar...

El clínico exhibía descarnadamente el cuerpo contaminado, analizando los órganos podridos, y era de esa exhibición de miserias que esperaba obtener la victoria.

Sus capítulos parecían pedir con trágicos cla-

mores que se salvara la raza del presente para formar así la por venir...

Destruir las podredumbres de la una, para que la otra se levantara sana, limpia y fuerte. Que no fuera a presentarse sobre el escenario de la existencia como el triste fantasma de algo que se dejó destruir por espontánea voluntad; de algo que se miró desmoronar, caer en escombros en medio de un vértigo de molicies criminales...

Que la raza nueva fuera potente, idealizaba el profesor. Raza apta para todas las batallas del adelanto; raza constituída para resistir todos los oleajes. Y no raza formada de decrepitudes degeneradas por todas las pústulas y todas las atrofias; minada por el vicio; vencida por las pasiones abyectas; envenenada por los gérmenes que sus mayores alimentaron con sensualismo, con alcohol y con histeria...

Así pensaba él; así pensaba porque sus sueños eran los de un redntor. Amaba a la humanidad y ese amor tenía principio en su propia raza. Para eso, escribía un libro cruel y triste como el diagnóstico de una epidemia...

Hacía la autopsia de las generaciones actuales. para que las venideras entraran en la vida cantando el himno de la Buena Sangre, y no enfermas, raquíticas, vencidas de antemano, con un destructor legado de infecciones; tris-

tes, llenas de prematuras fatigas y dolores, como si fueran los expectros de una época intoxicada y miserable...

Y al influjo de esas tendencias del maestro, Gabriel Herran, poseído también de un hondo espíritu de observación y análisis, sacaba conclusiones ceñidas al tremendo tema. Si el facultativo había estudiado el contagio terrible en los hospitales, en las clínicas, en su consultorio y en los anfiteatros, él, nauta como era, del gran mar de la vida, lo había estudiado, lo había observado en sus propios hervideros, en los pesebres del beso: los prostíbulos...

Muchas veces eran las que el escritor había hablado con Alfredo Grott, de estos inmundos pastaderos de la bestiaildad...

Y en cierta noche en que el científico quería estudiarlos gráficamente, ambos en calidad de simples concurrentes, habían cruzado por algunos...

Fué entonces cuando el severo profesor le hizo el análisis de tales centros, en su parte médica.

Gabriel Herran lo recordaba, y esa noche sintióse sugestionado por espantable impresión bajo la palabra del médico. Su temperamento no había previsto tales cosas más que en su parte plástica, podría decirse, pero esa noche

sintió miedo y un como remordimiento llenó su corazón ante el recuerdo de las horas de su vida que allí había suicidado...

Porque él como todos los jóvenes, también había tenido noches de desenfreno; noches de esas en que se dejan en medio de un torbellino crapuloso, jirones de salud y de alma...

Cuando ecompañado del profesor penetró a aquellos **rendez-vous**, iba poseído por el sentimiento de la seria observación, y por eso miró las cosas bajo un prisma de absoluta verdad. La casa donde estuvieron, era uno de los más elegantes emporios de la prostitución de la gran capital...

El cuadro, igual al de todas las del mundo...

Mujeres vistiendo lujosas telas; rostros estirados, bajo cabelleras anuncios de peluquerías...

En el conjunto, una piara de hermosas brutas desiertas de alma; ignorantes y presuntuosas. Su elocuencia era una tarifa...

Con una filosofía cruel pero verdadera, a su amigo, se las descufraba el especialista. Primero, la caída de la que casi todas son irresponsables — la vida misma las impele sin que haya una voz que las detenga; — después la feria implacable de sus caricias, en la que toman parte todos los que quieren. Y era ahí, en esa bestial compra-venta — decía Grott, —

donde se producía el fermento del gran **Mal**... Después, ya cuando son inaptas para continuar en ese infeliz noctambulismo de depravación, lo irremediable: el hospital con su seno poblado de penumbras y gemidos...

Más tarde, quizá la plancha yerta de la sala de disección, la carnicería donde son destrozados los parias sin que se diga de sus ojos entreabiertos y sus cuerpos miserables y postulosos, ni una sola palabra de compasión o de recuerdo...

Y después sin un llanto, sin una plegaria, sin una campanada tan siquiera, la fosa común, el lóbrego y nunca saciado pudridero de los vencidos anónimos...

Cuando Grott llegó a esa conclusión, en el cerebro de Gabriel Herran apareció la pavorosa imagen de aquella gran tumba adonde tal vez llegarían muchas de las que aquella noche estaba viendo envueltas en las cascadas de la luz, palpitantes entre los ritmos de la música y el choque de las copas...

Y con tristeza le parecía ver rodar a la negra profundidad, sus cuerpos de mercado, rotos en parte por la cuchilla de estudio, y en otros por sus enfermedades...

Allí, pensaba el escritor como cautivo de un tétrico visionismo: allí celebrarían la orgía postrera; allí, en una macabra confusión de fé-

mures y brazos, de cráneos y costillas, unos y otras enredados y atropellándose. Allí sería la última bacanal de ellas, de las que cruzaron por la vida vendiendo sus cuerpos y despedazando sus almas...

Allí, a la azulosa luz de los fuegos fatuos, que serían sus lámparas, en medio de la explosión de las entrañas y el revolver de los gusanos, a modo de una música fúnebre y macabra...

Y ellas, llevaron sedas y tuvieron lechos opulentos, y de rodillas ante el Oro, vieron la Gran Muerte...

—Aquí está el germen, aquí están sus manantiales — decíales el científico aquella noche.

Y la mente del frío diagnosticador de miserias, parecía mirar cohibida y misericordiosa al público de la sala en serrallo y a los que se las llevaban...

Bajo las notas de una música cuyos finales tenían por término el paso de una mano mendicante, la juventud sana, la juventud fuerte, la juventud distinguida, gastándose en una loca revolución de bailes y de alcohol...

Las copas abrevadas por todos los labios: los del amigo y los de la amiga, que tal vez, minutos antes, besaron una boca infectada por el Mal...

Así miraba Alfredo Grott el paso del contagio; en las copas de la bacanal y en los besos de las rameras; en las unas, donde abrevaban todas; en las otras, porque eran para todos...

El **Mal** estaba amboscado; perpetuamente al acecho del asalto propicio...

Su entrada era traidora e insensible y hasta sarcástica, porque era, a los reflejos de la luz y en el estremecimiento de los besos...

Dulce y trágicamente, como las dosis de opio que se toman para morir...

XI

Cuando en revuelta danza de oro comenzaban las hojas a rodar y las nieblas a tejer sus cortinajes grises, fué cuando Ellos regresaron del mar.

Era en Otoño.

Al través de los follajes, galopaban silbando las ventiscas; y las noches eran tristes y las auroras eran pálidas.

Alba, ya se hallaba ante las puertas del gran día de su vida de madre.

Su cuerpo hacía el vigoroso anuncio del nuevo sér...

Sus grandes ojos de verdor de ola, radiaban con una misteriosa fiebre, y en sus formas había plenas palpitaciones de madre...

El estaba triste; y su tristeza era opresora como el intervalor de una temida descifración...

Sobre su alma se agolpaban las viejas y mortales sombras que lo sumían en un piélago de visiones dolorosas...

Los días que faltaban para que llegara el de

la anunciación eran contados, y esto a Víctor Bernal lo torturaba más que todo.

Y ella comenzaba a experimentar esos vagos malestares que preceden a la Hora; esos síntomas únicos que son preludios del momento, en que al través del dolor se perpetúa la vida...

Dos días después del regreso del balneario llegó por la mañana al palacete, una grave señora muy robusta y completamente enlutada...

La recibió la señora de Aguilar, e hízola pasar, con cierto misterio, a la alcoba de su hija. El examen que la dama hizo a Alba fué detenido; y su diagnóstico quedó planteado de una manera concreta, como que su carácter de Doctora en obstetricia la autorizaba para ello...

El trance no se haría esperar más de una semana. Recomendó quietud, reposo, huir de toda impresión violenta y pensar en cosas dulces...

La clientela de la que así recomendaba, era de grandes damas. Sus manos conocíance de privilegiadas y sus precios, también. Era una distinguida "comadrona" de la alta sociedad, en cuya vida profesional se ocultaba más de uno de los crímenes del aborto...

Desde esa entrevista, la gran señora de Aguilar sintióse avasallada más que nunca por sus en sueños de abuela. Quiso que las primeras

ropitas del nieto fuesen confeccionadas por sus manos, cuyas venas eran gruesas y azuladas...

Y fué desde entonces que se le vió pespuntar finísimas batistas, mirando al través del cristal de sus anteojos, como si trabajara un gran tejido de cariños en una blanca tela de esperanzas...

La vieja dama sentía en el fondo de su espíritu austero y frío, algo como el primer albor de un astro que había de irradiar con luces tibias sobre las nieves de sus años y las de su cabellera...

Desde la tarde en que la hija hiciérale la hermosa confidencia, sus noches habían sido inquietantas, presurosas las horas de sus días, y en sus plegarias, que siempre habían volado para el esposo muerto, desde entonces — nueva devoción — surgió la presentida silueta del vástago esperado...

En su alma de vieja tenía el sueño de ese advenimiento la fuerza cuasi fiera que tuvo su primer amor, cincuenta años atrás...

Y en tanto que la madre así sentía, Alba, la hija, la soñadora, la bellísima, la ardiente, ceñíase a las prescripciones de la facultativa, con el acatamiento con que se hubiese ceñido a un ritual sagrado...

Veía rodar los días, anhelante; pensando

que cada minuto que entraba en el abismo del Tiempo era el designado para que su hijo entrara en la Vida...

Y así, también, su familia y la de su marido; una y otra esperaban ansiosamente el fausto día, como si el heredero esperado, fuera a ser el primer tronco de una nueva y grande generación...

La señora de Aguilar, queriendo hacer un estrechamiento de cuidados, se trasladó a la casa de Ella. Los más avanzados síntomas ya se hacían sentir; estaba somnolienta, súbitos sobresaltos la invadían, esperimentando, además, extrañas variaciones su carácter; le dolía la cintura; era presa de caprichos casi quiméricos; no tenía apetito y, en cambio, tenía náuseas; y en sus pupilas verdes, ardía una brillantez como salida del más profundo fondo de su espíritu; algo como la luz de sacra lámpara presagiadora de la llegada de la nueva vida...

Víctor Bernal, poseído de una inmutable serenidad esperaba el suceso...

Su alma cuidaba de no dejarse traslucir a nadie.

Ante Ella, se mostraba más amante y ferviente que nunca, y ante los otros, prorrumpía en prematuros mimos para el que había de venir...

Complaciendo un capricho de Ella, llegó hasta estudiar el nombre del vástago, fuese mujer o varón. A Ella la encantó discutirlo en una dulce discusión.

La señora de Aguilar, al respecto, fué inflexible; exigía que al niño se llamase tal como el santo en cuyo día naciera.

Eso sería cumplir con los mandatos del cielo. Así lo proclamó.

Además de todos estos preparativos, Víctor Bernal quiso hacer uno en silencio, sabido de El únicamente. Al efecto, tuvo una larga conferencia con Alfredo Grott. Dióle el especialista respuesta a todas sus preguntas y le disertó sobre ellas...

—Es un mal misterioso — decíale, — tiene grandes incógnitas; y hay muchos casos en que no se produce lo esperado. Esa incógnita, ese misterio, ese algo que nadie podía penetrar, ni el mismo grande profesor, era lo que suplicaba el alma de Víctor Bernal. En ese enigma, estaba su "secreto" y él, era su martirio...

Esperar, esperar y nada más. Pensó...

Uno de los raros caprichos de Ella era el exigirle a El que estuviese continuamente a su lado, lo más cerca posible, ceñido casi a Ella. Lo hacía reclinar en su regazo, y como al niño a quien se quiere adormecer, pasaba la al-

bura de su mano por la obscuridad de sus cabellos, diciéndole ternuras en frases quejumbrosas...

Víctor Bernal accedía a todo; pero esos instantes que hubieran sido los más amantes de su vida, eran como angustiosas treguas de congoja...

Sintiendo la cabeza tan cerca del vientre de Ella, casi percibiendo sus palpitaciones, lo embargaba una especie de extraño miedo; entonces, no se atrevía a mirarle los grandes ojos: bajaba los suyos cual al influjo de una acusación y se sumía en un silencio pensativo...

Otras veces, eran sus propias pupilas las que abarcaban en una mirada interminable, pareciendo agolparse sobre su frente un atropellado bullir de pensamientos, que en el instante de temblar sobre sus labios retrocedían cual una banda de aves espantadas. Y si Ella, notando estos movimientos de su alma, lo interrogaba, El le respondía, pero siempre algo que no era verdad; algo vago que a Ella le hacía pensar con sufrimiento...

En su alma la idea de ser madre vagaba con la placidez de una clara luna sobre el cristal de un lago adormecido. Por eso, en una de aquellas horas de ensueño, en que lo tenía como echado al pie de su regazo, abrazándolo por sobre los hombros, lo atrajo hasta chocar

con sus rodillas y díjole al oído, en una voz como de beso:

—Oye, mi hijo...

El la oyó.

—Dime, ¿estás contento de ser el padre de mi hijito?

Súbitamente zafóse del nudo que le hacían los brazos, y como si no hubiera comprendido alzó los ojos hasta Ella, y preguntóle con sorpresa:

—¿Qué?

—¿No me has oído?

—¿Padre yo de un niño?

—Ja, ja, ja. Pero parece que estuvieras en otro mundo, o que mi pregunta te hubiera sorprendido — le repuso Ella.

Víctor Bernal, poniéndose de pie le repuso que al hablarle Ella, estaba pensando en otra cosa; y como si esquivara una respuesta a la pregunta hecha, se puso a reir con fina risa...

—Responde a lo que te he preguntado, que pareces un tonto — blanda y burlona lo interrumpió Ella.

El no contestó; la envolvió en un abrazo, hundió sus labios en los suyos y siguió riendo...

Y era la risa de Víctor Bernal, sombría como la risa de los moribundos, o la que arranca la desgracia; porque en la pregunta candorosa de Ella, en esa pregunta de blancor de eucaristía, estaba toda la obscuridad de su secreto...

XII

Cayendo iban las hojas otoñales y así también los días.

Y hubo uno, en que a la tarde, cuando el crepúsculo era una inmensa fragua de plomos y escarlatas confundidos y los vientos hacían sobre las avenidas un gran baile de silbos y espirales, Ella sintió un recio estrujón allá en el más oculto fondo de su vientre...

Sus pupilas de ola se pusieron como turbias; inundó la rosa roja de sus labios una onda cenicienta; las mejillas se tornaron en transparentes y su respiración se hizo fatigosa, anhelante y estrangulada.

—Víctor! Víctor! — clamó en un grito de angustia y de refugio.

Parecieron expandirse en violento esfuerzo todas sus formas estatuarias, y sudándole la frente en copiosa lluvia como de perlas frías, rodó descoyuntada en los brazos de la señora
ra, que acudieron al eco de sus gritos...
de Aguilar y en los de su doméstica de cáma-

Víctor se hallaba en la calle.

Los brazos de la anciana, realizando un esfuerzo que jamás había probado, la tomaron por bajo las axilas, y los de la doméstica por bajo de las combas voluptuosas.

Y así cruzaron con Ella por las habitaciones pobladas de las penumbras indecisas de la tarde, hasta llegar a la gran alcoba nupcial, en cuyo lecho desgajaron su cuerpo estremecido y sudoroso...

Había llegado el gran minuto...

Repicaron los timbres; hubo voces confundidas; hubo carreras; hubo puertas abiertas y cerradas; hubo mover de frascos sobre las repisas; hubo llamadas por teléfono, y a las siete de la tarde, cuando más bailaban las hojas muertas en las avenidas, cuando los nublados se distendían y cuando el alumbrar de las estrellas comenzaba, esa señora enlutada, Doctora en obstetricia, atendía al alumbramiento de Ella: la pasionaria y triunfadora.

El trance se inició doloroso y difícil. Sus gritos resonaban clamando piedad y reclamando a Víctor.

Por el rostro arrugado y lívido de la señora de Aguilar las lágrimas corrían en temblante rosario dolorido.

Las puertas y los balcones fueron cerrados y corridas sus cortinas, como tratándose de al-

go inmensamente grave. Por todos lados se agitaban los sirvientes sellados por una mueca de silencio y de premura.

En el **boudoir** cercano a la alcoba de la angustia, damas pertenecientes a la familia, que habían ido llegando, formaban estrecho grupo, hablándose por signos y miradas, las que a cada grito se hacían de amargura...

Revestía aquello el aspecto de un drama que sin verse, difundía sus rumores espantables...

En la estancia la luz radiaba a cataratas. A un lado del gran tálamo la profesional, cubierta por blanco batón, sudándole los carrillos y remangados hasta los hombros los gruesos brazos velludos, se agitaba en una lucha, que era de tecnicismo como de cuidado.

Del otro lado, la señora de Aguilar prodigaba a la doliente emanaciones de éter; y metido dentro del hueco de uno de los balcones, con la cara invadida por un lúgubre gesto de tragedia, mudo e inmóvil como una esfinge, Víctor Bernal, que había acudido desde el Club, donde se hallaba, al llamado del teléfono; miraba aquel desgarramiento de entrañas, aquella como crucifixión brutal que iniciaba la entrada de la Vida, cual si la misma quisiera anunciar que todo su camino es de cruel como de triste...

A las diez el trance continuaba en el mismo

período de dolores terribles. La Doctora, a pesar de toda su práctica, y doña Esperanza de Aguilar, no obstante toda su experiencia propia y todos sus empeños, habían sido impotentes para que el alumbramiento fuese rápido y feliz.

A Víctor Bernal, guarecido entre la semisombra del balcón, cruzábansele pensamientos siniestros, al ver la dificultad. Su imaginación febriciente, figurábase que aquella demora obedecía a algo extraño y presentido. Sería algo sorpresivo y nefasto; algo acusador y trágico, como era su "secreto".

Y a pesar de los gritos desgarradores de Ella y de sus retorcimientos, que casi la hacían salir fuera del suntuoso tálamo, no tenía valor para acercarse allí; experimentaba un nervioso terror de allegarse a los bordes de aquella cama, en la cual, como un escenario de dolores, creía hallar la clave de su vida...

Sin anunciarse, Alfredo Grott, que había sido avisado, seguido de otro médico, entró al **boudoir,** donde los allegados se congregaban.

Eran ya cerca de las once.

La puerta de la alcoba les fué franqueada en el momento. Sin saludar a nadie, el especialista despojóse de su abrigo, y como la profesional, se revistió de blanca vestimenta.

Habló con ella en tono de consulta; consul-

tó a su vez con el colega que lo acompañaba y pidió algo que había traído...

Aquella caja negra y siniestra, cual un ataúd, fué abierta por sus manos, que a pesar de lo impresionante de la escena, se mostraban calmadas, impasibles como las del verdugo acostumbrado a degollar...

Por toda la habitación esparcióse un olor de desinfectantes, tal como cuando Víctor, tiempo atrás, gemía envuelto en vendas y algodones, mientras Ella, que era ahora la víctima, sufría y deliraba con las noches triunfales de la Opera, en tanto que los hilos de la lluvia rodaban como un llanto de la sombra...

Brilló sobre la luz el **forcep**, produciendo en Víctor Bernal un estremecimiento, y en la señora de Aguilar un grito comprimido.

Alba no veía nada, porque le habían cubierto el rostro desencajado. De Ella, no se miraba sino el triunfo de su cuerpo, cual una gran rosa blanca desgarrada...

La operación fué larga y terrible. Parecía que aquella pequeña forma se aferraba a las entrañas frenéticamente, como si tuviera miedo de entrar al circo de la Vida... Alfredo Grott, ayudado por su compañero y la profesional, maniobraba usando de toda su destreza de cirujano.

Los músculos de su semblante revolvíanse

en profundas expresiones, rodándole los trozos del cabello sobre la frente contraída...

Su compañero secundaba sus esfuerzos y asimismo la profesional, en cuyos labios pasaba un desconsolado gesto.

Mientras tanto la señora de Aguilar, llorando y rogando a Dios, veía hacer aquella tortura, apoyados sus vetustos brazos en la columnata de la cama, para no caer.

Víctor Bernal callaba inmóvil y sombrío entre la sombra del cortinaje del balcón. Su alma hallábase como sobre un cadalso de quebrantos y de ansias. Cada movimiento de los brazos desnudos de Grott le parecía un tajo de guillotina; cada gemido de Ella, una súplica de amparo; y sin embargo, parecía impasible a semejanza de un Prometeo de los amores, encadenado a una roca de negras esperanzas...

Alba se había desmayado. Sus formas pesaban exangües sobre la nitidez de las sábanas, cual las de una supliciada ya vencida. Los brazos nervudos del científico cejaron por unos momentos en su labor terrible; tomó el pulso, puso el oído al corazón y, preparándose a consumar el esfuerzo decisivo, dió una nueva posición a los niquelados instrumentos; hizo presión, dióles inclinaciones medidas; forzó y, al par de un alarido enorme, de una contorsión

suprema, llegó a las miradas de la Vida un hombre más...

Había nacido el hijo.

Con una especie de salto de jaguar, precipitóse desde los cortinajes que formaban su guarida, Víctor Bernal. Trémulos los labios y como congestionadas las pupilas, quiso ver; mas no vió nada, porque el nuevo sér había sido envuelto por las manos de la partera y por las de doña Esperanza, que se habían tornado repentinamente en celosas y prolijas comadronas.

... ...

... ...

La media noche rutilaba en una inmensa procesión de astros, cuando, alguien con el tono de un sacramental anuncio dijo "si se podía pasar", entreabriendo al mismo tiempo de decirlo, las puertas de la alcoba. Era el "confesor y padre espiritual" de doña Esperanza de Aguilar.

En la estancia era la luz tenue, porque no brillaba sino la de uno solo de los focos. El olor a remedios se había tornado por uno de perfumes; y allí, en el ancho lecho de respaldares repujados y blancas colgaduras, aparecía Ella, lívida, pero sonriente, los ojos marinos nimbados por hondos cercos, y la cabellera tumultuosa ceñida por un pañuelo que aliviaba

la fiebre de su frente. Parecía una madona después del suplicio.

A su calor, opreso por sus brazos quebrantados, estaba el hijo.

Más que verse, se presentía por el leve rumor de sus quejumbres... Era algo cual un retoño oculto entre las hojas de una gran camelia ajada.

Nadie habló porque todos habían sido advertidos de no hacerlo.

La saludaron con signos y Ella repuso con miradas.

Víctor sentábase a su lado. Sus pupilas llenas de una angustia inmensa, parecían querer interrogar algo indefinible...

Muda y dulcemente, Alba lo contemplaba, sonriéndole de vez en vez con sus pálidos labios.

Tras algunos minutos, cuando todos hubieron entrevisto aquel fruto del dolor, salieron de puntillas; salieron todos, sin que ninguno alcanzara a adivinar el enigma, que aquella forma endeble y palpitante encerraba entre sus débiles gemidos...

La luz fué casi apagada y Ella, la soñadora, la bella de los grandes besos, principió a dormir el sueño apacible de su primera noche de madre.

La vieja profesional, quedó velando aquel

sueño.

Víctor, silencioso, reconcentrado, teniendo en sus pupilas algo de amoroso y de sombrío, al mismo tiempo, veló también oculto entre las sombras...

XIII

Pasadas las primeras veinticuatro horas, esas primeras veinticuatro horas que tras el alumbramiento son una amenaza y una tregua de dolores, cuando el trance ha sido largo, cuando ha sido de torturas y de angustias como lo fué el de Ella, el esperado peligro del puerperio, el temido peligro de esa fiebre roja, no obstante haber sido previsto por Grott y por la Docta jamona que atendió el caso, no llegó a iniciarse en las entrañas de la bellísima Alba.

Su naturaleza era fuerte, era plena de vigores y era sufrida — porque el amor la hacía así, — y he ahí el por qué tuvo energías para resistir todos los martirios que la mordieron, todas las amarguras que la quebrantaron en esa inolvidable y larga noche...

Se hallaba como muerta, era verdad: dolíale todo; sus labios estaban resecos y como ardidos; la claridad de sus pupilas tenía un bri-

llo de llamas; sus ojeras eran profundas y amoratadas; macilentos hallábanse sus brazos; le dolían la cintura y los riñones intensamente, pero a pesar de todo, en su alma radiaba el sentimiento de la maternidad como una claridad de sol, y era su corazón cual un baluarte para resistir todos los dolores y para apurar todas las angustias.

Porque allí, pegado a la tibieza de sus amplios senos, que aun estaban duros, palpitaba ese caro trozo de su vientre, consolándola con sus gemidos, reanimándola con sus estremecimientos.

Era, ante todo, Madre. A las sensibilidades de su alma uníanse los instintos de su sangre, y aquella criatura era su alma y su sangre.

Por eso, aquella tarde desflorábase plácidamente la flor de su sonrisa en la penumbra perfumada de la alcoba.

Su madre, la anciana y gran señora de Aguilar, usando de sus mimos más tiernos, de sus insinuaciones más afectuosas, hacía por obligarla a tomar el **consommé** que con su propia mano le alargaba.

—Pero si no tengo gana, mamita... No tengo hambre... Más tarde... más tarde. Perdóname, viejita de mi alma.

Así le respondía con una blanda voz de sú-

plica y como si sólo anhelara consagrarse a la criatura, sus labios afiebrados prorrumpían en dulzuras y en halagos prematuros, devorando al par aquella cabecita pequeña, con el claror fiebroso y verde de sus ojos dilatados.

Tuvo que ceder la señora de Aguilar a la negativa de la doliente.

Todo su semblante radiaba como iluminado por una gran hoguera de alegría.

Hallábase feliz. Su carácter austero de Abadesa, se había tornado en risueño y complaciente. Para cada uno tenía una frase de cariño, o una mirada de fecto.

Al fin era abuela! Al fin tenía un nieto, y eso era todo. Tenía el nietecillo de su corazón vetusto: el blanco y alegre nietecillo de cabellera dorada.

Ya lo tenía.

Y sus ojos amorosos de abuela, hallábanlo bello y sano, y fuerte y grande como un hombre; — y hasta piadoso y santo, lo hallaba de antemano.

Y tal se lo decía a Víctor Bernal, su yerno; se lo decía en dulces voces, poniéndole sus manos pecosas y de gruesas venas sobre los hombros:

—Somos felices, hijo mío! Todo ha salido como dispuesto por el Cielo. Ya eres padre

de un niño, con esto quedan borrados todos tus pesares.

Hoy más que nunca me felicito de que seas mi hijo. Y casi lo arrullaba con sus palabras, diciéndole que le pondrían por nombre José de Jesús, como su abuelo; que lo educarían muy bien dentro de la religión y las más puras costumbres, y que había de ser el orgullo de toda la familia: por lo hermoso, por lo fuerte, por lo inteligente y por lo bueno.

—Un dechado de dones, un dechado de dones! — terminaba la vieja señora, acordándose del lenguaje curial y oloroso a cánones, de su Padre Espiritual.

Todo esto lo decía la gran dama a Víctor Bernal, sin acordarse que meses antes, sus labios iracundos habían proferido contra El voces de: "Podrido", "Crapuloso", "Miserable" y que sus pupilas de "Mater Sacratsima" habían fulminado pavorosas miradas cuando su cuerpo taladrado por las úlcers se retorcía bajo los cauterios salvadores...

A todo el frenesí de aquel cariño, a toda esa cascada de esperanzas y proyectos, Víctor Bernal respondía con un afecto, en el que todo se manifestaba, menos ese entusiasmo orgulloso del macho que recoge la cosecha de la paternidad.

Víctor Bernal, contra todo lo esperado, se

mostraba silencioso y pensativo. Su secreto le cercenaba el cráneo, como si fuera una corona de hierro atornillada a sus paredes. Aquel hijo de su sangre, ese viviente producto de sus conjunciones pasionales, pesaba sobre su corazón cual una daga. Tenía miedo de él; tenía miedo por Alba; tenía miedo de todos: tenía, en una frase, el gran miedo del Mañana...

Y era esa la causa, por qué Víctor Bernal, durante las veinticuatro horas que siguieron al angustioso trance, semejante a un lobo que cuida de la madre y del cachorro, se hubiera concretado exclusivamente a mirar al hijo con una atención reconcentrada: a examinarlo, a escudriñarlo, sin hacer caso del asombro de su adorada, sin reparar en sus protestas amantes y sencillas.

El lo quería mirar; mirarlo mucho, mucho! Eso era todo. Lo quería mirar hasta su fondo, en todo él; tal como si buscara el resultado de un problema escrito de mucho tiempo atrás.

Alfredo Grott no había podido decirle nada. También lo había examinado con suprema atención, pero su diagnóstico fué impreciso, dudoso y desesperante para El.

—Esperemos, esperemos — le había dicho. — Nada puedo comunicarle, amigo mío.

Este Mal es muy traidor... Cuando más se

espera resulta lo contrario; cuando menos se espera es cuando resulta.

La respuesta del profesor era lúgubre, imprecisa y poblada de temores para Víctor.

Sufría por eso.

Por eso estaba sombrío; por eso estaba callado; por eso examinaba a aquel niño; condensación de su sangre y de sus ideales.

Y temía, porque sus ojos lo habían estudiado y releído muchas veces en los libros científicos; porque los mismos médicos, sus amigos, lo habían dicho; los grandes maestros del **Mal** terrible lo aseguraban, tomando como base la experiencia. Porque todos los antecedentes se lo auguraban... porque la "Ley de la Herencia" era ineluctable y evidente; segura como la lógica, y trágica como el **Mal** mismo.

Y era a la herencia a lo que temía Víctor Bernal; a la herencia, al germen perpetuado al través de la generación; a los Espectros que expone Ibsen; al legado espantoso de la sangre corrompida.

Temía a ese caso, y en él estaba su secreto; el secreto torturante, que desde que el germen palpitó en el vientre de Ella fué sobre su cerebro y su alma, cual una inmensa carga de tinieblas...

Los días se fueron sucediendo entre cuidados y esperanzas.

La sociedad supo con júbilo la buena nueva.

De ella dieron cuenta los diarios con las frases imbéciles de molde. Es decir: adularon la vanidad social para lucrar con ella.

Las tarjetas de felicitación fueron llegando a manera de una gran bandada de alondras, cantoras de la felicidad.

En la casa todo reía, todo era pleno de regocijo. Resucitando arcaicas costumbres de sus tiempos tatarañosos, la señora de Aguilar regaló a la lacayería con un aguinaldo de monedas, tal como los viejos caballeros de la Edad Media lo acostumbraban...

Además, hizo decir tres misas en acción de gracias; al Asilo de los Huérfanos envió una dádiva, y ya en un colmo de dicha, y de suprema predisposición espiritual, quiso tener su alma preparada y pura para dar principio dignamente a su estado de abuela. Para esto hizo confesión general. Y esa confesión fué larga y fué misteriosa. Se celebró en la misma casa de su Director Espiritual, ya en las declinaciones de la tarde.

Hacía frío. Su antiguo **coupée** tuvo que esperarla mucho; y cuando subió a él para regresar, el cochero observó con asombro que se hallaba grandemente ojerosa y con las claras pupilas abrillantadas por una llama extraña,

que indudablemente era de santidad... No podía ser más que eso...

Después de cinco semanas Alba se levantó del lecho, no para salir fuera de la alcoba, sino para sentarse en el gran canapé.

Hondos rastros había impreso el trance en Ella. Estaba demacrada, profundamente pálida y con los ojos hundidos. La gloria de sus caderas habíase transformado enormemente: no eran ya los bellos flancos repletos de morbidez y de dureza; aparecían disminuídos, blanduchos y tembleques. En su cara se miraban esas horribles manchas color de tabaco, que por tanto tiempo se perpetúan en el rostro de las recién madres. Sus senos, que eran punzantes e indomables, se habían hecho casi fofos, y la copa de su vientre, nido de tantos besos, abrevadero de tantas ardorosas ansias, se había tornado blanca; la piel se hallaba como escurrida y arrugada.

De la belleza perfecta, de la escultura blanca y tersa, de la blanca concentración de líneas y de ritmos, quedaba únicamente la madre: la hembra ajada y quejumbrosa; la belleza dolorida y deformada, apta para amamantar, resignada y amorosa para cubrir de besos a su amado hijo.

Y, sin embargo, Alba aparecía siempre bella, siempre cautivadora y triunfal. Porque sus ojos

de estanque tenían un fulgor apacible e inquieto, al mismo tiempo que hacía pensar en los ojos de las iluminadas del Cristianismo; porque sus manos eran dos azucenas desfallecidas y alborecentes; porque el gesto de su boca era melancólico y dulce cual el de una novicia poseída de beatitud; porque en el conjunto, su hermosura de madre, era espiritual como un claro de luna, era tierna como una Virgen del Ticiano, y era armoniosa como la de Judit desfalleciente...

Flojo peinador de seda y blondas la envolvían; sus plantas nadaban entre las pantuflas de finísima piel, y la cabellera se anudaba a su cabeza semejante a una gran cimera de oro, dejando ver con plenitud el alabastro de su frente y de sus sienes, circuída por venas azuladas.

Alba descansaba en una muelle poltrona, sostenida por almohadones, en tanto que Víctor, a su lado, le leía un diario. Su madre también estaba allí, entretenida en tejer una cofiecilla para el nieto; y, éste, en el regazo de la amada, parecido a un pichón bajo las alas de una garza; ceñido por ricos pañales; movible y ávido oprimía el pezón mucho más rosado que sus manecitas subyugadas por el ansia de la Vida...

Nada se adivinaba en aquel niño que hiciese

pensar en el peligro medroso y esperado por Víctor Bernal... Nada...

Correctamente formado robusto en todas sus apariencias, las facciones muy parecidas a las de su padre; el cráneo de amplias líneas, y la epidermis limpia de toda mancha, de todo signo revelador de la **semilla** pavorosa.

Una especie de esperanza consoladora había echado sus flores piadosas sobre el alma de Víctor, haciéndola tranquila y confiada en el futuro...

Sus presentimientos habían estado al acecho de otra cosa; esperaba la llegada de un trágico espécimen del **mal**: esperaba el nacimiento de una asquerosa criatura, llena de pústulas, con los huesos deformados, con el cráneo abultado como el de un cretino; esperaba una criatura casi putrefacta, monstruosa. Pero ninguna de esas previsiones habíase cumplido.

Por eso, de su corazón huían las sombras; por eso a su cerebro, que se hallaba bajo la tempestad de los temores, había asomado de nuevo la calma, posesionándose de El.

Era un **Mal** misterioso, enigmático y lleno de fases distintas; traía lo que menos se esperaba; y no traía lo que más estaba previsto.

El profesor Grott se lo había concretado de tal manera.

Aquel niño no anunciaba ningún presagio de desgracia. Se le había examinado muchas veces, resultando de esos exámenes, el diagnóstico consolador de que era un organismo sano y perfectamente constituído.

¿Qué hacer entonces?

Lo únicamente lógico, lo natural, lo humano, regocijarse con toda el alma y estar sobre su cuerpecito en una perpetua observación.

Víctor Bernal hallábase, pues casi contento. No había venido su hijo a la existencia trayendo entre su sangre la terrible herencia.

No era, por decir así, el "hijo del averiado", no era esa sangre, la sangre corrupta: contaminada del "pálido" germen, emponzoñada de miseria y de debilidad. No era el hijo producto del **Mal**: raquítico y deforme, carcomido de antemano, predestinado a los remedios, vencido y triste como un símbolo de la Raza contaminada...

Así que todos sus cálculos fatídicos, todas sus horas de tribulación, todos los callados combates entre su razón y su conciencia, quedaban reducidos a la nada, merced a una de esas grandes y ciegas generosidades de la Naturaleza.

Pero, sin embargo, en medio de esa gran diafanidad de sus ideas y sus sentimientos, a

la manera de una interrogación sombría, alzábase una pregunta: la gran pregunta triste y turbadora como el fondo de un lago inmóvil y emboscado...

La epilepsia: el verdoso fantasma lleno de convulsiones, de alaridos y de espumarajos.

El lo recordaba muy bien. Tenía latente en su memoria aquel almuerzo allá en el gran balneario elegante, en casa de su amigo el millonario...

En todo su recuerdo estaba el cuadro aún, con imborrables coloridos...

Veia perfectamente, el cuerpecillo de la niña, rodando tras de aquel chillido estridente y estrangulado; veía sus retorcimientos, veía su rostro invadido de tintes violáceos; veía su dentadura comprimida y sus pequeños labios arrojando espuma... Lo veía y lo escuchaba todo: el sobresalto general, la llegada del médico, la madre sollozante y desolada, la cara sombría de su amigo, el genitor de la niña infeliz y por último, recordaba la revelación de ese viejo paquidermo de las letras, de esa gran bestia de la rutina, el moralista, que con suprema naturalidad lo había dicho: "es la epilepsia".

"Un mal muy común".

Si, la epilepsia. Era ese el punto negro de sus dudas. Ella podría llegar.

Tal vez dormiría en el fondo del organismo de su hijo, acechando, con su cara verdosa y sus labios preñados de muecas y de espumas, el momento de aparecer el día de su primera convulsión: el espantable segundo en que había de alzar su silueta retorcida para clamar en medio de todos, cuando menos lo esperaran, cuando más grandes fueran la paz y la dicha:

"¡Aquí estoy yo! ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! ¡Traigo la Herencia de la Sangre !¡ Soy una de las hijas del Gran Mal! ¡Mis hermanas son la Locura, la Parálisis, la Idiotez, la Degeneración!..."

Y entonces, cuando por la fantasía calenturienta de Víctor Bernal pasaban estas ideas, creía mirar al pequeño vástago, rodando como la hija de su amigo, tras un chillido lúgubre; y como ella, retorcerse y trabar sus dientecillos y volver los ojos como los de un perro agonizante...

Y su alma se oprimía y su pensamiento se ofuscaba, porque de todo El era el responsable; porque El había engendrado ese hijo; porque de su sangre enferma había salido; porque era el resultado palpitante y acusador de su contagio y de toda su vida de desvíos...

Su secreto, ese secreto torturador y ensombrecido como un arcano, estaba descifrado en

parte únicamente. Se mostraba el porvenir vago y obscuro.

Esperar, esperar, esperar... He ahí la gran consigna.

La única ruta, la única solución de ese problema.

El decidió esperar, cumpliendo lo que su amigo Grott le había dicho.

Tal como pasaban los días, pasaban sus observaciones sobre el hijo: cada vez más escrupulosas, cada vez más atentas.

¡Nada!...

El niño se desarrollaba con absoluta naturalidad, bajo las miradas amorosas de la madre y de la abuela...

* *

Haciendo lo que ninguna dama del gran mundo hace, Alba quiso lactar con las propias abundosas fuentes de sus senos al hijo del corazón.

Era muy grande su cariño, y muy grande también el recuerdo de sus dolores para que su orgullo de madre entregara a senos mercenarios y bastardos la nutrición de ese que era una entraña de las propias suyas.

Su convolecencia marchaba plena y vigorosa día por día.

El gran quebranto de todo su cuerpo fué aplacándose.

Pudo ya andar. Las pupilas aterciopeladas volvieron a tomar la expresión adormecida y cálida de otros días; en los labios florecieron de nuevo los purpúreos claveles de antes, propicios a los besos y al amor. Más delgada, pero siempre bella. Cuando su paso recorría la gran alcoba, perpetuamente entibiada por la estufa, diseñaba, aun cuando más suaves, más espirituales, más aéreos, aquellos ritmos en que el Deseo parecía abrir sus cálidas alas, en un gran signo de provocación y de alburas.

Entre sus brazos, siempre oprimido el pequeño adorado, se paseaba, o sentada cubríalo de ósculos.

Era de ojos azules; de un azul sombrío; como un germinar de sedas de oro los cabellos, comenzaban a invadir la cabecita, y bajo la epidermis, de blancor de leche, la corriente de la sangre se adivinaba rica y presurosa.

La familia toda se extasiaba ante el querube.

La abuela tenía celos de que se lo tocaran. Unicamente se lo permitió a su confesor, cuyos labios se posaron sobre aquel alabastro, como si hubieran sido dos vampiros... Labios abultados y carnosos en que se agazapaba la sensualidad; labios amados por la señora de

Aguilar, porque la sabiduría de sus sentencias y el **valor** de sus consejos la sugestionaban... Labios amados por lo que fuere. La figura del niño para todos era un advenimiento. Cada lloro que de él se oía, resonaba en la casa como una nota enfiestada; cada una de sus miradas o de sus gestos apenas esbozados, eran una consigna de regocijo.

Unicamente su padre, únicamente Víctor Bernal, miraba las cosas bajo distintos aspectos.

El sentimiento consciente de la paternidad llenaba su alma por completo: amaba intensamente al hijo. Era suyo. Era un trozo de su propio yo.

Pero en medio de ese amor, en medio de esa ternura, en medio de ese diapasón silencioso de los cariños y de las esperanzas cumplidas, el futuro alzaba su silueta de brumas, haciéndole pensar en esa respuesta definitiva; en esa voz, que únicamente el Tiempo habría de pronunciarla: la Herencia...

La gran palabra triste se ocultaba entre la noche del Destino.

Era impenetrable como las tinieblas y angustiosa y silente como la Muerte.

Esperar, esperar, esperar!...

He ahí todo.

That is the question...

XIV

Pasaron los días. Pasaron las noches... El niño iba creciendo, lentamente, con esa lentitud armoniosa con que se abre un pimpollo. Alba vivía con los ojos y con el alma fijos en aquella divina flor de sus entrañas. Su espíritu de madre no dudaba de la inmortalidad de aquella flor, y Víctor mismo sintió que sus dudas angustiosas se aplacaban, vencidas por la realidad de un engaño científico... ¡La ciencia! Sí la ciencia... Las leyes de la herencia serían, seguramente, ciertamente, como las leyes de los hombres. Leyes que se hacen hoy y que mañana se destruyen. ¿La pena de muerte, no era considerada en los tiempos pretéritos una ley sana, de humanidad, de conservación moral? ¿No fué otrora una ley natural en la conciencia de los probos? Y bien... Ahora, ¿qué era la pena de muerte? Una comedia trágica, que honraba al condenado con la corona del martirio y que coronaba a los jueces con los cascabeles del ridículo.

Y la herencia de la sangre, la trasplantación de las taras de un padre a las venas de un hijo, ¿no era también una ley ridícula que pudo asustar, como la pena de muerte, a los médicos ingenuos y líricos? La medicina, pensaba Víctor, se ha basado desde los tiempos de las divinidades gentílicas, en ensueños y en sueños... El primer médico fué un astrólogo. ¿En qué consistía la ciencia de Esculapio? En examinar a los pacientes y aguardar al día siguiente para recetarles las hojas de las plantas en que soñara aquella noche... ¡Las leyes de la herencia! Ridiculeces de sabios como Lombroso, que habiendo creado leyes de frenopatía, estableciendo los rasgos fisonómicos de los delincuentes por herencia, le presentan un día la fotografía de un hombre, que Lombroso estudia, analiza examina y luego exclama:

—"Es la cabeza de un asesino, analfabeto, hijo de alcoholistas y de criminales..." ¿Y de quién era aquella cabeza? Era un retrato del mismo Lombroso, a quien le habían cambiado el aspecto de la cara, pintándole una barba...

Víctor, pensando, sonreía, lleno de esperanza.

—¿En qué piensas? — le interrumpió Alba, envolviéndolo a El en una mirada amplia y suave como una clámide romana.

—En nada, linda... — pero pensaba en lo ridículo de sus sospechas y de sus angustias.

Se puso de pie, besándola en medio de la boca. En seguida, dirigióse a la cuna del niño, que dormía, arropado en una nube de encajes...

—Despacio, despacito — musitó Ella, — que no se derpierte! Hoy ha estado muy inquieto...

En puntas de pie, cauteloso, Víctor, sonriente, se acercó a la cuna e inclinó la cabeza para contemplar al niño dormido...

¿Qué vieron sus ojos para que exhalara un grito tan espantoso, tan horrible, tan loco, que llenó de pavor toda la casa? Alba, lívida, temblorosa, tendió los brazos hacia la cuna, mientras Víctor, en rugidos sollozantes, se estrujaba la cabeza con las manos...

—¿Qué? ¿Qué, Víctor?... ¡Por Dios!...

—¡Oh! ¡Míralo!... ¡Míralo!

El niño dormía, plácidamente, pero la carita habíasele llenado de unas pequeñas manchas de color inconfundible, cual manchas de nicotina en una tela blanca...

—¡Míralo! ¡Míralo! El mal... ¡El Mal terrible!... Así empezaron mis llagas...

Lloraba enloquecido, mientras Ella incrédula ante la catástrofe, se engañaba a sí misma, besando al pobrecito y diciendo: ¡No! ¡No! ¡No!...

XV

Pero, la ley triunfaba por encima del amor. La naturaleza, bastardeada por los hombres, se vengaba de ellos...

XVI

Una carta:

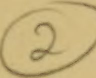
"Alba mía: No puedo más. No puedo más... La vida es para mí peor que la muerte. El alma me pesa fuera ya de mí mismo, como un molde de hierro ardiente que me cubriera desde la cabeza hasta los pies. No puedo vivir, porque mi existencia sería un crimen. Haber dado al mundo un hijo enfermo, por culpa de mis propios placeres, es un delito que sólo la muerte puede perdonar.

Si no fuera tan altivo — es decir, si no fuera tan cobarde — antes de matarme, mataría, también a ese hijo, a ese hijo que es como una acusación de mi pasado... Lo estrangularía, en beneficio de la moral, para que no se prolongara y se expandiera de él la horrible desventura de mi mal... Pero ¿cómo borrar un crimen con un asesinato? Yo no tuve derecho a darle vida a mi hijo, pero ¿tendré, acaso, derecho a arrebatársela? Esta idea me quema, me tritura, me estrangula... ¡Adiós, Alba divina, amor mía mío!..."

XVII

La carta concluía en un borrón, como todas las vidas...

FIN


2


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 07 07 010 5